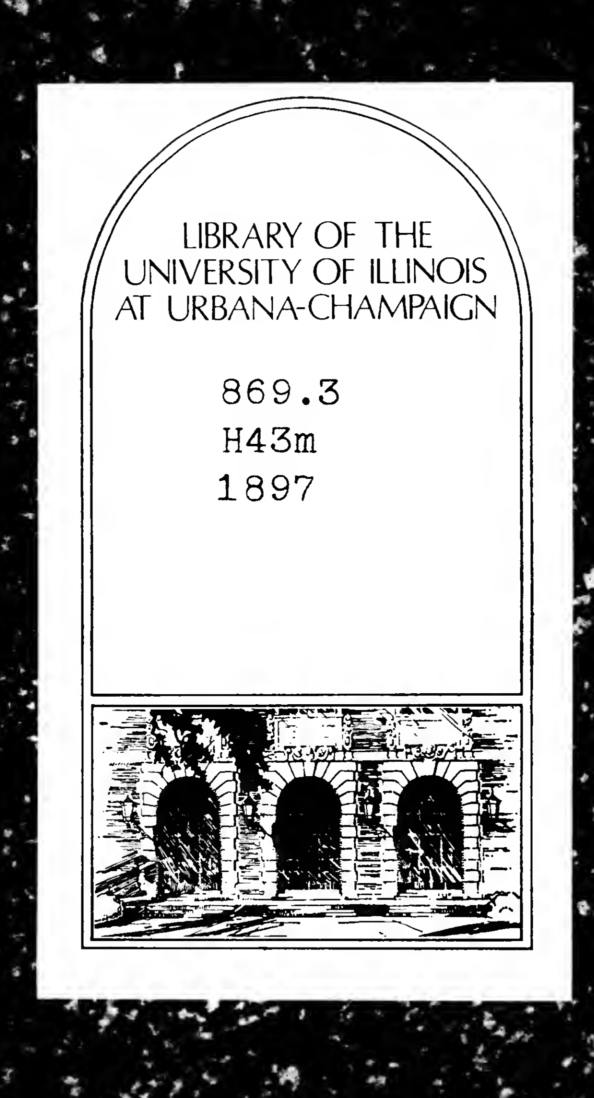

LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF ILLINOIS
AT URBANA-CHAMPAIGN
869.3
H43m
1897

EL GAUCHO

MARTIN FIERRO

POR

JOSÉ HERNANDEZ

DÉCIMA CUARTA EDICIÓN

CON UN TOTAL DE 62,000 EJEMPLARES, EQUIVALENTE Á 62 EDICIONES DE 1,000 NÚMEROS CADA UNA
DESDE 1872 HASTA 1894

PRECEDIDA DE VARIOS JUICIOS CRÍTICOS EMITIDOS Á PROPÓSITO DE LA PRIMERA
Y ADORNADA CON CINCO LÁMINAS Y EL RETRATO DEL AUTOR



CASA EDITORA Y DEPÓSITO GENERAL
LIBRERIA «MARTIN FIERRO» — 147 BOLIVAR 147

BUENOS AIRES — IMPRENTA DE MARTIN BIEDMA BOLIVAR 535



JOSÉ HERNANDEZ

ADVERTENCIA EDITORIAL

Al ofrecer al público, esta vez, la décima cuarta edicion de la «Ida y Vuelta de *Martin Fierro*», creemos de estricta justicia consagrar algunas palabras, al más extraordinario triunfo de publicidad que registran nuestros anales bibliográficos.

La presente edición de *dos mil* ejemplares, viene á integrar la asombrosa cifra de SESENTA Y DOS MIL: hecho sin precedente en estos países americanos, y muy raro tambien en los Estados Europeos de orígen latino.

Aquí, en Buenos Aires, la ciudad de más movimiento intelectual del Nuevo Mundo, no conocemos resultado semejante, ni aun tratándose de aquellas obras políticas, literarias ó económicas, que lograron alcanzar gran boga.

La vasta circulacion de *Martin Fierro*, ha sido un verdadero acontecimiento para el comerciante de libros, para el crítico moralista y sobre todo para esa clase social más directamente interesada en la obra de nuestro popular poeta.

Millares tras millares ha colocado sin dificultad el Editor de cada Edicion, en medio de la sorpresa que experimentaba, al recibir, hasta por telégrafo, pedidos que le hacian de diversos puntos de la campaña.

La crítica nacional y extranjera, se ha ocupado extensamente del análisis de esta produccion rigurosamente americana, apreciándola en altos conceptos, como uno de los trabajos que mas honor hacen á la literatura de este Continente.

Pero, en la campaña del Rio de la Plata, es donde ha hallado *Martin Fierro* su mas entusiasta acogida.

Desde el mas humilde hasta el mas encumbrado de sus habitantes, lo saludaron y recibieron como al redentor que asoma despues de largo tiempo de sufrimientos.

En efecto, cualquier observador dotado siquiera de sentido comun, advierte que el Sr. Hernandez, sirviéndose de una forma literaria, al parecer trivial, hace, en *Martin Fierro*, la historia de los infortunios de nuestro gaucho, penetrando con pensamiento de filósofo, hasta en lo mas íntimo de la azarosa vida de una clase, que, bajo la dominacion colonial, como bajo la dominacion republicana, solo ha vivido víctima obligada de todo género de abominaciones.

De ahí la inmensa popularidad de que goza en las comarcas rurales el libro del señor Hernandez, porque no es como las obras de Ascasubi ó de Del Campo, simples obras de entretenimiento, sino el estudio social mas completo, mas exacto y mas bien intencionado que se ha llevado á cabo entre nosotros.

Hasta qué punto habrá influido la aparición de *Martin Fierro* en el mejoramiento de aquella clase, sería interesante saberlo.

Desde el centro semi-civilizado de la poblacion rural, pasando por el rancho, hasta los confines pampeanos donde se encuentra el fortin, en todos los medios en que se encuentra nuestro asendereado *gaucho*, se ha de sentir, estamos seguros, la mas ó ménos influencia de esa aplaudida produccion.

Y esto se comprende sin esfuerzo.

Cuarenta mil ejemplares desparramados por todos los ámbitos de la campaña, han

constituido la lectura favorita del hogar, de la pulpería, del soldado y de todos los que tenian á la mano un ejemplar de *Martin Fierro*.

Más aún: en algunos lugares de reunion, se creó el tipo del *lector*, en torno del cual se congregaban gentes de ambos sexos, para escuchar con oido atento esa genuina relacion de la vida gauchesca.

Por todo esto, creemos, pues, en el éxito constante y fecundo de las sucesivas ediciones de *Martin Fierro*, porque apartándose completamente de la tradición literaria que dejaron Ascasubi y Del Campo, siguió solo nociones propias, vias mas rectas é inspiraciones que tenían su base en el sentimiento popular. La musa de *Martin Fierro* no ha sido vengadora, ni se ha preocupado solamente del prestijio urbano, á costa de la semplicidad de nuestros compatriotas de chiripá y bota de potro.

*
* *

Careciendo de espacio suficiente para recapitular hoy cuanto se ha dicho acerca de la presente obra y del autor, debemos limitarnos á hacer una breve mencion de los juicios emitidos últimamente, felicitándonos, en nuestra condicion de Editores, de poder inscribir en estas pájinas preliminares, nombres que son un timbre de la inteligencia argentina.

El señor don José Manuel Estrada, en un brillante estudio que hace del pueblo argentino, bajo el título de « Defectos de la vida social » en las pájinas de la *Revista Argentina*, dedica al Sr. Hernandez las lineas que vamos á copiar; sin embargo de que diferimos respecto al cargo, comparativamente de incorrecto, que formula contra nuestro poeta.

Dice así aquel distinguido escritor:

« No es de maravillarse. Ni Higalgo, ni Ascasubi, ni mucho ménos Del Campo, han llegado, entre nuestros poetas populares y gauchescos, á la altura filosófica en que toca el versificador mas incorrecto de todos, D. José Hernandez. — *Martin Fierro* es el tipo culminante del gaucho, es decir, el producto mas completo de una sociabilidad injusta, operando sobre una naturaleza ingénitamente poderosa y activa. Pero precisamente por ser extraordinario como la poesía lo requiere, no puede guiarnos en los estudios sociales sino subjetiva y elementalmente. »

Sin pretender iniciar disputa alguna, sobre las razones que tenga el Sr. Estrada, para encontrar solo gran *altura filosofica* y poca *correccion* (literariamente hablando) en la obra de que nos venimos ocupando, séanos permitido recordarle que la obra del Sr. Hernandez, es la pintura al natural de cierta comunión social, no bien estudiada todavia, que vive, siente y se expresa en un lenguaje peculiar, en el cual no deben prevalecer ciertamente las reglas gramaticales, sino el pensamiento que la anima. En nuestra humilde opinion, mucho perdería en este caso la personalidad del *gaucho*, si las filosóficas inspiraciones del autor de *Martin Fierro*, hubieran tenido que ajustarse á los preceptos de Bello de Salvá y de la Academia. No; el estilo original que campea en esa obra, es el que se ha debido emplear, para que así pueda revelarse toda entera, *intus et in ente*, la gráfica figura del gaucho cisplatino.

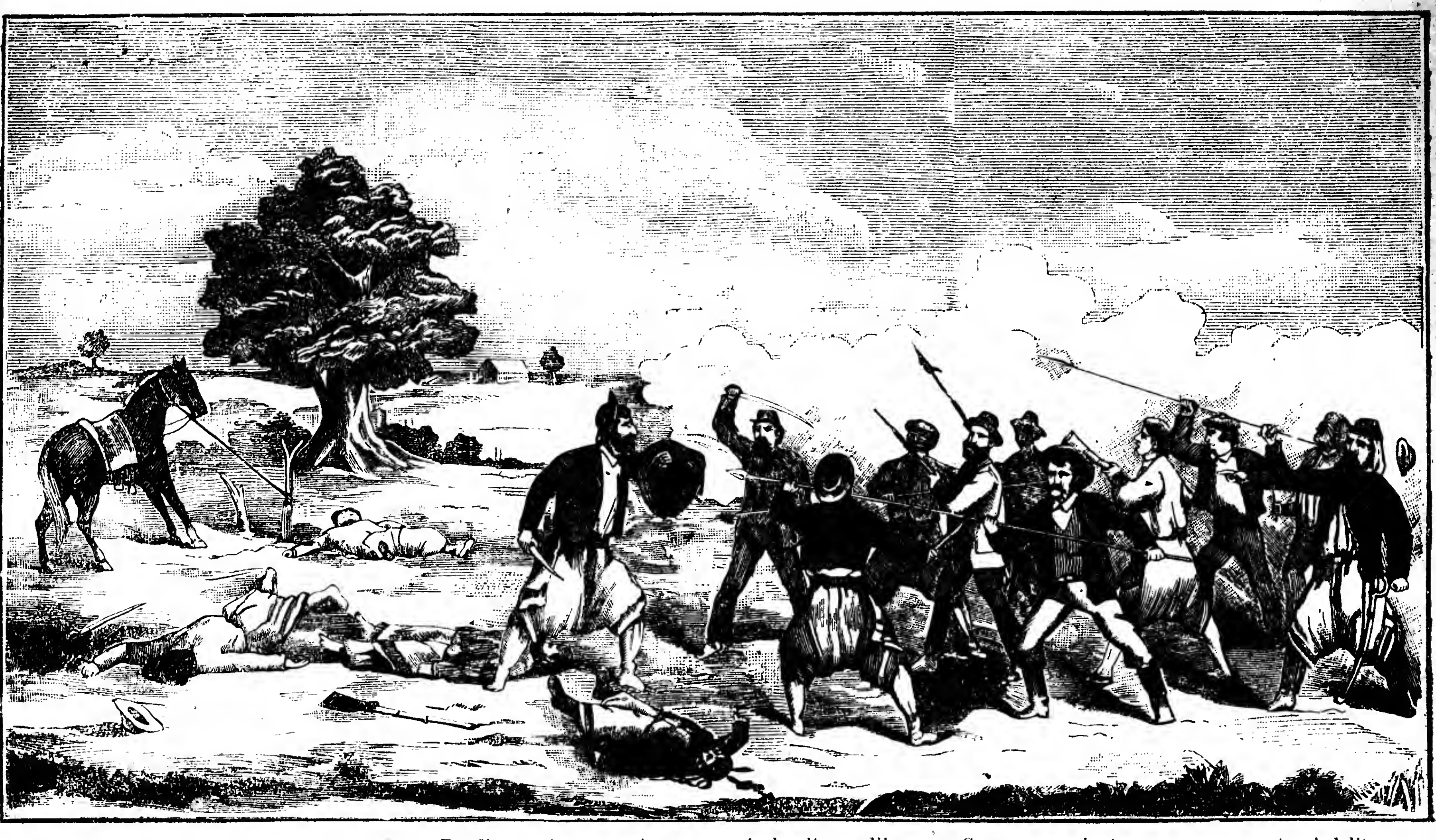
El Dr. D. Nicolás Avellaneda, acreditando siempre sus inclinaciones y sus altas dotes literarias, encontró tambien oportunidad de manifestar las impresiones que dejara en su espíritu *Martin Fierro*, y en una carta literaria que vió la luz pública, dice así á su interlocutor:

« Siga escribiendo, soltando con espontaneidad su vena, matizando la observacion propia, ingénuamente reproducida con *recuerdos* comunes á todos, y no tendrá pronto en cuanto á la difusión de su palabra escrita, sino un rival, tal vez invencible: Martin Fierro.

En lo que toca á este, es casi imposible alcanzarle. Uno de mis clientes, almacenero, por mayor, me mostraba ayer en sus libros los encargos de los pulperos de la campaña: — « 12 gruesas de fósforos — Una barrica de cerveza — 12 *Vueltas de Martin Fierro* — 100 cajas de sardinas »

Pero nada se hace sin trabajo, y se lo digo por via de ejemplo, *aunque* se trate de los escritos mas espontáneos y populares.

La difícil facilitad de que todos hablan, debe encerrar una verdad constante y general, cuando tanto se ha vulgarizado, á pesar de ser esta frase extraida de un arte poético y de pertenecer á Boileau. Mas de un renombre de cabildo quedaría sorprendido si se dijera que hay á veces mayor estudio en una pájina de *Martin Fierro*, que en uno de sus alegatos forenses.



Tal vez en el corazon — lo tocó un Santo Bendito — á un gaucho que pegó el grito, y dijo: — « Cruz no consiente — que se cometa el delito de matar ansi un valiente . . .

¿Qué ha estudiado Martin Fierro? Antes de conocer sus habitudes literarias y de revisar su biblioteca, ya lo sospechaba, y lo he confirmado despues por su propia confesion y por la inspeccion de sus libros. Ha estudiado, como Cervantes, los *proverbios* de todos los pueblos y de todos los idiomas, de todas las civilizaciones, es decir, la voz misma de la sabiduría, como los llamaba Salomon. Ha recojido la médula del cerebro humano.

¿Cómo dejarían de ser populares, cómo dejarían de circular como la luz y el aire, las sentencias ó los *dichos* que no son sino gauchescos en sus formas, pero que pertenecen al habla de todos los hombres, despues de miles de años?

Hé ahí explicado el secreto de la popularidad de *Martin Fierro*; hé ahí por qué hoy sus dos libros han recorrido por la América que habla nuestro idioma, de tal manera, que lo habrían enriquecido si hubiera podido preverse este caso único, estipulando la reciprocidad de la propiedad literaria que hoy no existe.

No puedo ponerme al *habla* con mi amigo el doctor Larsen, que se ha ausentado á otras regiones, estudiando el árabe; pero apénas sea posible comunicar con él, he de pedirle que estudie los diálogos de Martin Fierro y que despojando los *dichos* de sus expresiones locales, los restituya á sus verdaderos autores, es decir, al Coran, al antiguo Testamento, al Evangelio, á Confusius ó á Epicteto. Estos dos últimos son, sobre todo, los autores predilectos de Martin Fierro, y sus *dicharachos* gauchos, no vienen á ser en el fondo, sino *proverbios* chinos ó griegos.

Así, se ha descubierto últimamente, por la comprobacion de los estudios filológicos, que la fábula de La Fontaine no es de Fedro ó de Esopo, es decir, ni latina ó griega, sino que fué contada ahora miles y miles de años, á las primeras generaciones índicas que crecían al pié del Himalaya.

Tiene Vd., como nuestro amigo Hernandez, este don supremo de recojer lo que es popular, depurándolo y trasmitiéndole bajo nuevas formas, para que lo sea aun mas. Sabe Vd. como él, sermones, cuentos, máximas, proverbios y solo le falta entregarse naturalmente á la corriente, para sobrenadar sobre la onda» . . . .

Muchas y muchas otras trascripciones, altamente favorables, podriamos seguir haciendo; pero basta á nuestro propósito las anteriores, agradeciendo en la parte que nos corresponde, el aliento que nos comunican los que juzgan digna de todos los afanes, esta obra que entregamos hoy al público, y que esperamos ha de continuar recorriendo el itinerario que comienza en nuestra bulliciosa Metrópoli y termina allá en el espacio de las gramíneas, de los arroyos, del caballo y del *gaucho*, señor de la region.

Los Editores

Señor D. José Zoilo Miguens.

Querido amigo,

Al fin me he decidido á que mi pobre MARTIN FIERRO, *que me ha ayudado algunos momentos á alejar el fastidio de la vida del Hotel, salga á conocer el mundo, y allá vá acogido al amparo de su nombre.*

No le niegue su protección, Vd. que conoce bien todos los abusos y todas las desgracias de que es víctima esa clase desheredada de nuestro país.

Es un pobre gaucho, con todas las imperfecciones de forma que el arte tiene todavía en ellos, y con toda la falta de enlace en sus ideas, en las que no existe siempre una sucesión lógica, descubriéndose frecuentemente entre ellas, apenas una relación oculta y remota.

Me he esforzado, sin presumir haberlo conseguido, en presentar un tipo que personificara el carácter de nuestros gauchos, concentrando el modo de ser, de sentir, de pensar y de expresarse que le es peculiar; dotándolo con todos los juegos de su imaginación llena de imágenes y de colorido, con todos los arranques de su altivez, inmoderados hasta el crímen, y con todos los impulsos y los arrebatos, hijos de una naturaleza que la educación no ha pulido y suavizado.

Cuantos conozcan con propiedad el original, podrán juzgar si hay ó no semejanza en la cópia.

Quizá la empresa habría sido para mí mas fácil y de mejor éxito, si solo me hubiera propuesto hacer reir á costa de su ignorancia, como se halla autorizado por el uso, en este género de composiciones; pero mi objeto ha sido dibujar á grandes rasgos, aunque fielmente, sus costumbres, sus trabajos, sus hábitos de vida, su índole, sus vicios y sus virtudes; ese conjunto que constituye el cuadro de su fisonomía moral, y los accidentes de su existencia llena de peligros, de inquietudes, de inseguridad, de aventuras y de agitaciones constantes.

Y he deseado todo esto, empeñándome en imitar ese estilo abundante en metáforas, que el gaucho usa sin conocer y sin valorar, y su empleo constante de comparaciones tan extrañas como frecuentes; en copiar sus reflexiones con el sello de la originalidad que las distingue y el tinte sombrío de que jamás carecen, revelándose en ellas esa especie de filosofía propia, que sin estudiar, aprende en la misma naturaleza; en respetar la superstición y sus preocupaciones, nacidas y fomentadas por su misma ignorancia; en dibujar el órden de sus impresiones, y de sus afectos, que él encubre y disimula estudiosamente; sus desencantos, producidos por su misma condición social, y esa indolencia que le es habitual, hasta llegar á constituir una de las condiciones de su espíritu; en retratar, en fin, lo mas fielmente que me fuera posible, con todas sus especialidades propias, ese tipo original de nuestras Pampas, tan poco conocido por lo mismo que es difícil estudiarlo, tan erróneamente juzgado muchas veces, y que al paso que avanzan las conquistas de la civilización, vá perdiéndose casi por completo.

Sin duda que todo esto ha sido demasiado desear para tan pocas páginas, pero no se me puede hacer un cargo por el deseo, sino por no haberlo conseguido.

Una palabra mas, destinada á disculpar sus defectos. Páselos Vd. dor alto, porque quizá no lo sean todos los que, á primera vista puedan parecerlo, pues no pocos se encuentran allí como cópia ó imitación de los que lo son realmente.

Por lo demás, espero, mi amigo, que Vd. lo juzgará con benignidad, siquiera sea porque MARTIN FIERRO *no vá de la ciudad á referir á sus compañeros lo que ha visto y admirado en un 25 de Mayo ú otra función semejante, referencias algunas de las cuales, como el* FAUSTO *y varias otras, son de mucho mérito ciertamente, sino que cuenta sus trabajos, sus desgracias, los azares de su vida de gaucho, y Vd. no desconoce que el asunto es mas difícil de lo que muchos se lo imaginarán.*

Y con lo dicho basta para preámbulo, pues ni MARTIN FIERRO *exije más, ni Vd. gusta mucho de ellos, ni son de la predilección del público, ni se avienen con el carácter de*

Su verdadero amigo—

JOSÈ HERNANDEZ.

Buenos Aires, Diciembre de 1872.

JUICIOS CRITICOS

SOBRE

Martin Fierro

Sr. D. José Hernandez.

Estimado señor:

Hace algun tiempo, bajo el peso de un rudo golpe para mi corazon, recibí un libro suyo. Me fué imposible entonces agradecerle su atención, y estaba con el pesar de esa deuda, cuando me he encontrado con « La vuelta de Martin Fierro ».

Si tuviera el ánimo predispuesto á escribir esas cosas que solo nacen espontáneamente, sin que la voluntad mas decidida pueda engendrarlas, habría arrojado sobre el papel mas de un reflejo de las impresiones que sus estrofas han despertado en mi alma.

He ensayado y no puedo; quiero por lo ménos en esta desaliñada carta, decirle que he leído su libro, de un aliento, sin un momento de cansancio, deteniéndome solo en algunas coplas, iluminadas por un bello pensamiento, casi siempre negligentemente envuelto en incorrecta forma.

Algo que me ha encantado en su estilo, Hernandez, es la ausencia absoluta de pretensión por su parte. Hay cierta lealtad delicada en el espíritu del poeta que se impone una forma humilde y que no sale de ella jamás, por mas que lo aguijoneen las galanuras del estilo. — Usted ha hecho versos gauchezcos, no como Ascasubi, para hacer reir al hombre culto del lenguaje del gaucho, sino para reflejar en el idioma de éste, su índole, sus pasiones, sus sufrimientos y sus esperanzas, tanto mas intensas y sagradas, cuanto mas cerca están de la naturaleza.

¡Que se han vendido más de 30 mil ejemplares de su libro, me dice alguien asombrado! — Es que los versos de « Martin Fierro » tienen un objeto, un fin, casi he dicho una mision.

No hay allí la eterna personalidad del poeta, sobreponiéndose en su egoismo á la palpitación de ese corazon colectivo que se llama humanidad.

Donde hay una masa de hombres, el drama humano es idéntico.—En su « Martin Fierro » se encuentra la misma tristísima poesia, la misma filosofía desolada que en los versos de Caika Mouni, cantados en los albores de la historia humana; ó en las estrofas de Leopardi, elevándose en el dintel de nuestro siglo como un presagio funesto para los hombres del porvenir.

Reúnase en una noche tranquila un grupo de gauchos alrededor de un fogon y léaseles, traducido por Vd. y en versos propios del alcance intelectual de esos hombres, el Otello de Shakespeare. Tengo la profunda convinción que el espantoso estrago que los celos causan en el alma del Moro, despertará una emoción

mas grave en el corazon del gaucho, que en el del inglés que oye silencioso la soberbia trajedia; cómodamente arrellenado en su butaca de Queen's-Theátre.

Hace bien en cantar para esos desheredados; el goce intelectual no solo es una necesidad positiva de la vida, para los espíritus cultivados, sino tambien para los hombres que están cerca del estado de naturaleza. Un gaucho debe gozar, al oir recitar las tristes aventuras de « Martin Fierro », con igual intensidad que Vd. ó yo con el último canto del Giaour ó con las « Noches » de Musset. Y esta secreta adoración que sentimos por esos altísimos poetas, el gaucho la sentirá por Vd., que lo ha comprendido, que lo ha amado, que lo ha hecho llorar ante los nobles arranques de su propia naturaleza, tan desconocida para él. No se puede aspirar á una recompensa mas dulce.

Lo he dicho al principio y se lo repito: su forma es incorrecta. Pero Vd. me contesterá y con razon, á mi juicio, que esa incorrección está en la naturaleza del estilo adoptado. La correción no es la belleza, aunque generalmente lo bello es correcto.

En esta estrofa por ejemplo. Habla Vd. de la mujer, de su alma siempre abierta á la caridad y agrega;

. . . .

Yo alabo al Eterno Padre
No porque las hizo bellas,
Sino porque á todas ellas
Les dió corazón de madre!

Ese verso es de estirpe real, mi amigo. — Aunque la estrofa que lo precede y los dos primeros versos de aquella á la que esa cuarteta pertenece, harían la desesperacion de un retórico, la idea salva aquí todo.

Por ahí, al final en el precioso canto de contrapunto, entre Martin Fierro y un negro, encuentro otra perla, que se la trascribo de memoria. Es uno de esos versos, que una vez leidos, se instalan en el recuerdo, al lado de los huéspedes mas queridos.

Habla el negro:

Bajo la frente mas negra
Hay pensamiento y hay vida.
La gente escuche tranquila
No me hagan ningun reproche
Tambien es negra la noche
Y tiene estrellas que brillan.

. . . .

—¿Cuál es el canto de la noche?

La noche por cantos tiene
Esos ruidos que uno siente
Sin saber de donde vienen.

Y esta estrofa que califico de admirable, que bastaría para reconocer un poeta con aquel que la ha escrito, y que al mismo tiempo es una completa sinfonía, imitativa de los vagos rumores de la noche en nuestros campos desiertos.

Son los secretos misterios
Que las tineblas esconden—
Son los ecos que responden
A la voz del que dá un grito,—
Como un lamento infinito
Que viene no sé de donde!

Y aquí, ante esa belleza, me acuerdo de Estanislao del Campo, que tiene en su Fausto más de una nota arrancada á la misma fibra.

No acabaría de citar mi amigo; pero basta para manifestarle mi impresión.

Tengo curiosidad de saber qué vida habrá llevado Vd. para escribir esas cosas tan lindas y tan verdaderas, que no se trazan al resplandor de la pura y abstracta especulación, pero que se aprenden dejando en el camino de la vida algo de si mismo: los débiles, la lana, como el carnero; los fuertes, sus entrañas, como el Pelícano...

No le digo ni la mitad de lo que quisiera; pero no he de concluir sin apretarle fuerte la mano y pedirle crea en la verdadera estimación que siente por su talento. —

Su affmo. S. y amigo:

Miguel Canè.

Marzo 12 de 1879.

« El Nacional» Buenos Aires, Marzo 22 de 1876

Señor José Hernandez.

«Martin Fierro» es una obra y un tipo que ha conquistado un título de ciudadanía en la literatura y en la sociabilidad argentina.

Ese libro faltaba á mi biblioteca americana, y el autógrafo de su autor, de que viene acompañado, le dá doble mérito.

Agradezco las palabras benévolas de que viene acompañado, prescindiendo de otras que no tienen certificado en la república platónica de las letras.

Su libro es un verdadero poema espontáneo, cortado en la masa de la vida real.

Hay en él, intención, filosofía, vuelos poéticos y bellezas descriptivas,que señalan la tercera ó cuarta forma que este género de literatura ha revestido entre nosotros.

Hidalgo será siempre su Homero, porque fué el primero, y como Vd. se inspiró en su poética que ha condensado Vd. en estos dos versos:

«Porque yo canto opinando
«Que es mi modo de cantar».

Ascasubi marchando tras sus huellas, poniendo al gaucho en presencia de la civilización, exaltando su amor patrio; y Estanislao del Campo haciéndolo juzgar las obras del arte y la sociedad con su criterio propio, marcan las formas intermediarias.

Respecto de mi modo de juzgar y de interpretar este género de poesia, no encontrará el ejemplo y la teoría en las composiciones y en la *nota* complementaria que Vd. encontrará en el libro que le remíto en retribución del suyo.

Despues que Vd. lea mi nota crítica, no extrañará que le manifieste con franqueza, que creo que Vd. ha abusado un poco del naturalismo, y que ha exajerado el colorido local, en los versos sin medida de que ha sembrado intencionalmente sus páginas, así como con ciertos barbarismos que no eran indispensables para poner el libro al alcance de todo el mundo, levantando la inteligencia vulgar al nivel del lenguaje en que se expresan las ideas y los sentimientos comunes al hombre.

No estoy del todo conforme con su filosofía social, que deja en el fondo del alma una precipitada amargura sin el correctivo de la solidariedad social. Mejor es reconciliar los antagonismos por el amor y por la necesidad de vivir juntos y unidos, que hacer fermentar los odios, que tienen su causa, mas que en las intenciones de los hombres, en las imperfecciones de nuestro modo de ser social y político. Sin embargo, tal como es, creo «que no se ha de llover el rancho» en que su libro se lea.

Felicitando á Vd. por el singular éxito que ha alcanzado su libro, y que atestiguan sus numerosas y copiosas ediciones, me es grato suscribirme de usted.

Su compatriota—

Bartolomé Mitre.

Buenos Aires, Abril 14 de 1879.

Señor D. José Hernandez.

Estimado Señor:

Despues de haber recibido su libro, he aguardado un dia exento de cuidados, y en el que pudiera disponer algunas horas para escriberle con detención. Veo que ese dia no llega, y no quiero quedar á descubierto por mas tiempo con Vd.

Le pido así que acepte la expresión de mi agradecimiento por el envío de su libro, que ha recorrido ya toda la América Española, y que ha sobrepasado en difusión, á cualquier otro libro publicado entre nosotros.

Es inútil agregar otro comentario á este comentario espléndido de un éxito sin rival.

Soy su affmo. servidor y compatriota.

N. Avellaneda.

Mayo 9 de 1879.

Lima, Mayo 5 de 1879.

Señor D. José Hernandez.

Buenos Aires.

Muy Señor mio:

Hace años que mi difunto y excelente amigo D. Juan Maria Gutierrez me remitió la primera parte de su bellísimo «Martin Fierro» que leí con mucho agrado. Mis poetas predilectos han sido siempre los que como Vd. hacen gala de sencillez y no andan rebuscando conceptos.

Hoy he recibido, con una amable dedicatoria de Vd. las partes primera y segunda de su libro, que enriquecerá mi modesta biblioteca americana. Doy á Vd. las gracias por el obsequio y por los benévolos elojios con que me favorece.

El delicadísimo Antonio de Trueba envidiaría á Vd. las páginas 49 y siguientes de la 2ª parte. El contrapunto entre el payador negro y «Martin», es magnífico. Igual aplauso tributo al capítulo 32 en que «Martin» aconseja á sus hijos—Allí hay filosofia sin relumbron y verdadero sentimiento poético—Son dos cuadros de pluma de maestro.

La poesia popular que cultivaron Hidalgo y Ascasubi, está llamada á ejercer positiva influencia sobre la moralidad del pueblo. Consagrarse á ella como Vd. lo hace, es ejercer un sacerdocio. No desmaye Vd.

Hace años que he dejado de rendir culto á las musas, por consagrarme á registrar apolillados infolios históricos. Pero siempre leo con gusto versos, cuando ellos campean el espíritu que en los de Vd, me encanta.

Reiterando á Vd. mis felicitaciones por el buen desempeño de su «Martin», me es grato ofrecérmele muy de corazon, como su amigo afectísimo.

Ricardo Palma

Por conducto de la Legación Peruana, en Buenos Aires, podría Vd. mandar un ejemplar de su obra á la biblioteca de Lima, donde hay un salon destinado solo á libros americanos. La República Argentina apenas figura con 300 volúmenes entre cerca de 4000 correspondientes á las demas secciones.

El «Nacional»—Buenos Aires, Julio 7 de 1879

Señor D. José Hernandez.

Lima, Abril de 1880.

Primo mio y querido amigo:

Por mi hijo Julio he sabido con pena que Vd. no recibió la carta en que le daba un millon de gracias y felicitaciones, anunciándole haber llegado á mis manos el precioso obsequio con que Vd. me favoreció: la segunda parte de su bellísimo poema, «Martin Fierro.

En Lima ha tenido entusiasta acogida esta publicación, cuyas bellezas poéticas deleitarán á los lectores de todas latitudes; pero solo á nosotros, hijos de ese país mágico del fantasista lenguaje, nos será dado gustar con su deliciosísimo sabor, el colorido local de esas gráficas imágenes que hacen de este libro una serie de cuadros plásticos de sorprendente verdad.

—Estoy encantado con el «Martin Fierro» de Hernandez— díjome uno de los primeros literatos de Lima.

—Y sin embargo—respondí—para ustedes; ese hermoso poema es *Rosario en Berberie.*

—¿Por qué?

—Porque la mitad de sus bellezas son para ustedes sanscrito: no las comprenderán.

—Pues yo las percibo muy bien.

—¡Error! O sino expliqueme Vd. esta:

Nos retiramos con Cruz
A la orilla de un pajal,
Por no pasarlo tan mal
En el desierto infinito,
Hicimos como un bendito
Con dos cueros de bagual.

—Pues claro: en lo del bendito expresa la prontitud con que arreglaron las pieles de ese animal.

Y cuando le hube explicado el problema

de la frase picóse enormemente y no me ha perdonado aquella explicación.

Espero que á estas horas, estará V. escribiendo otro libro como este, que es como una golosina: una vez gustado, se anhela otro semejante.

Saludamos á V., Julio y yo, y le estrechamos cordialmente la mano.

De Vd. prima y afectísima amiga.

Juana M. Gorriti.

Señor D. José Hernandez.

Estimado compatriota:

Me pide Vd. un lugar en mi biblioteca para su «Martin Fierro», que ha llegado tan suavemente á su edición undécima.

Quiero antes de colocarlo con el honor debido á su bizarría, expresar á Vd. los motivos del placer que me ha causado su héroe.

En primer lugar es hijo lejítimo de Vd. á quien profeso aprecio antiguo. Luego, él se me presenta con su garbo de jinete criollo, con la originalidad de su pintoresco lenguaje,y con el odio mas franco á la opresión.

A mí me encantan esos tipo modelados por la naturaleza, cuando sus facultades nativas no han sido alteradas aún por una civilización que suele ser funesta.

Compare Vd. las calidades de los gauchos con las de los campesinos de otros países, ó con su clase proletaria y verá. Vd. que toda la ventaja está del lado de nuestra raza genuina que lleva grabado en su pecho varonil el sello de la América.

Hay en ese representante primitivo de nuestra nacionalidad, una mezcla singular de astucia y de candor. Pero domina entre los afectos de su alma la idolatría de su independencia.

La Pampa convida á la libertad. Su extensión inmensa, su aire puro, no han sido creados aisladamente para los esclavos.

Pero el desierto incita tambien á la melancolía, y cuando el payador canta en la guitarra, no es extraño que sus endechas sean tristes, no solo por los males amargos de su condición, sino porque cede á la influencia del espectáculo que le rodea. El aislamiento aumenta esta propensión, y se comprende que al caer de la tarde, aquel soltaría tal vez sus lágrimas al arroyo, cuyas aguas se deslizan como las horas de su humilde existencia.

Si no hubiese en sus costumbres y en su suerte, elementos de interés dramático, Vd. los habría hallado en sus inspiraciones frescas como las florecillas silvestres que matizan nuestra llanura.

Pero otra consideración más trascendente resalta de los versos de «Martin Fierro». Ella se liga con uno de los problemas fundamentales de la sociabilidad en el Rio de la Plata.

Las promesas de la revolución no se han cumplido todavía para los hijos del Pampero. El rancho de paja no basta á protejer á quien lo habita. ¿Quién tendrá derecho de asombrarse que un ser privado de los goces mas puros de la vida, y de cultivo intelectual, apele á su acero para defenderse, ó vengarse, y á su ajil caballo para huir?.

Pero me aparto de la peligrosa corriente de tales recuerdos, para felicitar á Vd. por la pintura fiel de esa porción poco estudiada del pueblo argentino.

Cuando Vd. describe algunas escenas, de esas que no tienen nunca mas testigos que las estrellas, ni mas coro que las aves salvajes, se sentirá uno tentado á las correrías agrestes, para sorprender acaso en el fondo del llano el misterio del destino de una parte no menos olvidada, que noble de la humanidad. La simpatía que despierta se aviva cuando se piensa que asistimos á su rápida extimación y cuando su asimilación con razas exóticas cambia esa fisonomía que solo á la poesía es dado perpetuar.

Así el empeño de Vd. será saludado por la sensibilidad y por el patriotismo. Casi todos invocan los númenes más propicios al genio en sus vuelos mas atrevidos.

Pero Vd. se ha contentado con improvisar despues del mate, dulces trovas á la

sombra del amoroso ombú, ó allá en la cresta de una loma. Yo envidio la fortuna con que Vd. embellece tradiciones que se perderían en medio de las perturbaciones de nuestra época, sin el talento y el corazon que les dá vida, y las graba profundamente en la literatura y en la historia.

José Tomás Guido

Buenos Aires, Noviembre 16 de 1878.

I

Señor D. José Hernandez.

Mi amigo: Le prometí á Vd. últimamente manifestarle mis impresiones sobre su «Martin Fierro», y paso á hacerlo.

Está demás anticiparle que yo no puedo, ni debo emitir un juicio crítico acerca de ese libro con que Vd. ha enriquecido nuestra literatura Nacional.

Imáginese Vd. que á cualquiera, á H... á mi, se le ocurriera hacer algunas de esas indicaciones que se suelen dejar caer sobre un autor con todo el peso del sentimiento paternal que las inspira, (el sentimiento paternal (sic) suele traducirse en palos aplicados sin ninguna ceremonia) analizar el bagaje literario de su libro; apuntar incorreciones; someter al bueno de «Martin Fierro» al tormento de esas mil reglas y preceptos que los críticos nunca acaban de inventar, porque esto les da eterno pretesto para disertar sobre el modo cómo se han desnaturalizado las unas ó violado las otras.

Todo esto sería música celeste. Cualquier criollo estaria tentado á responder lo que respondió uno de ellos al caballero inglés que le preguntaba: ¿*Do ya know where is Cochabamba street?* — si no dijera demasiado con estas palabras: amigo es matarse; nosotros hemos leido á «Martin Fierro» *en once letras* diferentes.

Hé aquí mi amigo Hernandez, el mejor juicio acerca de su libro. Once ediciones de un libro son como para llenar de orgullo un autor en Buenos Aires. Vd. solo puede blasonar de ello. Ni la Constitución Argentina ha merecido este honor. Se ensayó dos veces en 1811, se varió en 1815, en 1817, 1819, en 1826 y en 1853-60: ocho publicaciones mi amigo. Su «Martin Fierro» le lleva tres todavía; y recorre á caballo la llanura, las pulperías y los ranchos, haciendo por la vida, esto es, por otras tantas ediciones.

II

Y se va lejos, se hunde en el Sud— en ese Sud de tiernos y dolorosos recuerdos para el gaucho, donde este se deja ver todavía arrogante y hermoso como ahora cincuenta años, cuando imponía su voluntad y su ley á todos aquellos á quienes en vano clamó, durante otros tantos años, para que lo sacaran del misero desamparo en que vivía.

Porque el gaucho,—y esto es lo que hace buscar con cierto amor todo libro que á él se refiere,—tiene su noche en nuestra historia; noche larga, sin otra luz que la de las cuatro estrellas que indican ese Sud en nuestra Pampa. Su huella ha sido la del martirio abnegado,—su vida la del combate con la adversidad, su destino, el de los eternamente desheredados, su único consuelo el desierto inmenso, que siempre revivió bajo sus plantas, prodigando á su rey desventurado sus flores, sus brisas y sus aguas para que recuperara sus fuerzas, allí, á la sombra del ombú, bajo el cual se levantó alguna vez su rancho de paja en que desapareció con su mujer y con su hijos! . . . . . .

Es un poema de lágrimas que solo el Pampero ha recojido.... flores silvestres de rara fragancia que sepultó el *progreso* que pretendemos cimentar con remedios de civilizaciones agenas, y que amenaza privar el gaucho hasta del consuelo de ver en un día no lejano, el espectáculo de nuestras libertades arraigadas, de nuestros derechos dignificados, de nuestra prosperidad asegurada por las que el gaucho luchó durante cincuenta años con su lanza y á caballo.

III

Sigamos al gaucho, mi amigo, sigamoslo en esa noche tristísima para él y vergonzosa para nosotros..... Encierran misterios tan íntimos y tan mal comprendidos los senos generosos de esa Pampa, donde el gaucho nació como rey y donde apénas vivió como cuervo!... Tanta melancolía mezclada con cierto amor á la patria que conquistamos con ellos, cae al fondo del alma al evocar el recuerdo de esa noche!.....

A principio de este siglo el gaucho, con ser que ya había guerreado en nombre de su patria contra los ingleses, era el mas desamparado de la suerte y de los hombres.—Despues del esfuerzo de su patriotismo, solo le quedaba la inclemencia del desierto, al cual no dejaban los bienes relativos de que gozaban los hombres de las ciudades.

Requerido constantemente para el servicio militar que demandaba nuestra guerra de la Independencia ¿dónde se dió una batalla en la que el gaucho no lanceó, acuchilló, baleó y venció á los españoles, haciendo gala de ese heroismo temerario que es aliento poderoso de su alma, algo como carne de su carne? ¿Dónde no estuvieron Güemes y Lavalle, Necochea, Balcarce, Pringles, Lamadrid, Suarez, Olavarría y tantos otros brazos armados constantemente en defensa de la República?

La Independencia se iba logrando, el bienestar se acariciaba, se comenzaba á gozar algunos bienes, y entre tanto ¿que partecipación tenía el gaucho en este nuevo teatro de la democracía, que él había contribuido á cimentar?

Ninguna: seguía siendo soldado, ni hogar, ni familia que lo ligára á la patria ingrata que lo había engendrado para sacrificarlo, especie de Saturno que bebía sin saciarse la sangre de sus hijos.

La desgracia suele tener sus paroxismos. El alma estalla frenética desgarrando con salvaje complaciencia los sentimientos que algun día le sirvieron de consuelo para borrar de sí, hasta el recuerdo de la esperanza maldita, que agotó las lágrimas y las fibras marchitó.

El infortunio del gaucho lo tuvo tambien. La ocasión le fué propicia y él la aprovechó para dar rienda suelta á sus instintos y á sus furias.

Al espuntar el año 20, los gauchos recorrían el desierto en todas direcciones, para aproximarse en medio á su desventura, y librar juntos ese combate tremendo que debía perpetuarse en nuestro país hasta que triunfara la idea que ellos estamparon, sin conocerla, en las banderolas rojas de sus lanzas húmedas con sangre.

La representación que asumían Ramirez, Lopez, Bustos y despues Facundo y Aldao en otras Provincias, la asumió Rosas en la de Buenos Aires.

Radicado en la campaña «sacrificando «comodidades y dinero, haciéndose gau«cho, hablando como tal, haciendo lo «que los gauchos hacían, protejiéndolos, «haciéndose su apoderado, cuidando de sus intereses, etc. etc. », segun el mismo Rosas lo ha expresado en una confidencia —el descendiente de los Condes de Poblaciones fué como una Providencia que surjió de las entrañas de la Pampa en favor de los gauchos, que miraban con indecible asombro ese hombre para ellos extraordinario, y que era su proprio engendro y que ya los había hecho brillar sobre todos, conduciéndolos á ahogar la anarquía en esa ciudad de Buenos Aires, que nunca había tenido un eco de consuelo para ellos.

Rosas llegó á ser el gran señor de la campaña. El teatro era muy vasto; pero la admiración y el cariño hacia su persona era llevado en alas, por los gauchos, de pulpería en pulpería, donde templaban sus guitarras para cantar sus alabanzas á ese gaucho hermoso y arrogante que protegía sus hogares y los hacía felices dejándolos vivir de su trabajo al lado de su hijos ¿Cómo pues el corazón de la campaña no había de abrirse con la espontaneidad de la flor del aire para elevar á Rosas al Gobierno?

Rosas adoptó en provecho de su Gobierno fuerte, la idea en nombre de la

cual los gauchos y sus jefes vinieron á atar sus potros al pié de la Pirámide de Mayo en 1820. La federación que une á todos los argentinos bajo el glorioso pabellon de Mayo, ha sido pues la venganza que tomaron nuestros gauchos. La devastación y los males que esto ha causado antes de asentarse para siempre, están compensados con ese infortunio cruento del gaucho que tambien es hijo de esta tierra, y con el provenir venturoso que esa federación nos depara si sabemos perseverar en los propósitos que desde 1862, quedaron librados al patriotismo de los pueblos argentinos.

IV

Tal es el tipo histórico y social de su «Martin Fierro».

El ha ido desapareciendo á medida que se han ido extendiendo y perfeccionando los principios que el gaucho proclamó y sostuvo durante nuestras peregrinaciones y contiendas.

Pero su condición no ha mejorado en razon de esos progresos. Todavía lo abate su infortunio, porque todavía tenemos mucho desierto desamparado y todavía tenemos alguna barbarie enmascarada en la República.

Todavía el gaucho llora la triste suerte que le cabe en la campaña, donde subsisten para él los rigores que han desaparecido para los demas.

Estos rigores de su suerte mezquina, esta desgracia, es lo que canta Vd., tomando á la Pampa como teatro y á un payador valiente y generoso como protagonista.

¿Como lo ha hecho Vd?... (Aquí debía empezar el juicio crítico). Ya queda dicho al principio, ya lo han dicho las once ediciones de su libro.

Permítame Vd., pues, que no añada mas á lo que, sobre el particular han dicho las personas competentes que han leído su libro, tributándole á Vd. los elogios que merece su bien cortada pluma para esta clase de literatura tan poco explotada entre nosotros, á pesar de haber tenido precursores como Hidalgo, Lavardén y Ascasubi. Del Campo, el famoso Anastasio el Pollo y Vd., son los únicos que la han cultivado en nuestros dias. Ambos han obtenido lauros que mañana figurarán en nuestros fastos literarios como frutos ópimos de esfuerzo nobilísimo que tiende á perpetuar en nuestra historia el tipo original y esforzado del rey de los desiertos argentinos.

Son los votos de su amigo

Adolfo Saldias.

S|C Noviembre 16 de 1878.

MARTIN FIERRO

PRIMER ARTICULO

No es el poeta agorero, ave en callada noche, no es canoro pajarillo en desierto bosque; sus cantos no han de ser notas perdidas de laud gimiente.

No, la chispa del genio y de la inspiración no se ha encendido en el foco del cerebro para irradiar su luz, como la iluminación fosfórica del cementerio.

El poeta es un ser fecundo, una potencia social, un profeta, un filósofo, un moralista, un maestro; por eso son muy pocos los que merecen ese título.

Si alguien preguntase cuántos poetas hay en la República Argentina, yo diría Andrade y José Hernandez.

Cuando esa numerosa falange de versificadores rebuscadores de imágenes, acomodadores de frases sonoras, haya cantado las glorias de la patria, modificado una costumbre, desarraigado una preocúpación, depositado una chispa de verdad en la conciencia del pueblo, engendrado un sentimiento de bondad, sublevado una noble pasión, puede aspirar al honroso calificativo, que tan pocos lo han merecido en la historia.

¿Por qué Byron, se nos dirá, es reputado entónces como el mas grande poeta, cuando no ha hecho sino cantar sus propios dolores? Porque ha tenido el triste poder de envenenar el corazon de la humanidad por la desilusion, por la herida con veneno deletéreo; herida cancerosa que Lamartine ha curado con el bálsamo de la piedad.

Sin embargo, Byron morirá en la memoria de las generaciones futuras y Shakespeare no morirá, no morirán: L'Isle, Riego, Lopez Planes, Andrade y Hernandez; porque aquellos son poetas subjetivos de influencia efímera en la imaginación, miéntras estos son poetas heróicos, socialistas y filósofos que afectan necesidades permanentes del espíritu, proyectan revoluciones súbitas ó lentas, que han de trasformar la faz de la sociedad, hieren la cuerda esencial del sonoro istrumento, eternamente templado para las grandes y elevadas armonías.

En poesía pasa lo que en la música, los wals de Asker y Ketterer morirán en la memoria, como las melodías de Gounod y la fantasía de Wagner; péro non morirán le concepciones gigantescas de Meyerber, Bethoven; porque aquellos son individualistas y simplemente estéticos, y estos son creadores intérpretes de la armonía universal y absoluta.

La República Argentina cuenta con centenares de inteligencias en tres generaciones, que han ensayado y aun hecho profesión de la poesía en sus diversos géneros, pero que ninguno de ellos, ni todos en conjunto, han constituido ni podido formar lo que propriamente podría llamarse: *literatura argentina.*

Es á los dos poetas que hemos citado que cabe la gloria de haber fundado la poesía clásica argentina.

El libro del Sr. Hernandez, del que nos venimos ocupando bajo sus diversas faces, tiene, sobre todo, tres cualidades: verdad, utilidad y armonía.

***

La verdad es absoluta ó relativa, filosófica ó literaria. En «Martin Fierro» se refleja la verdad plena en todas sus faces, en todas sus aplicaciones.

La verdad filosófica se encierra en la concepción, porque responde á las mas sentidas necesidades de una gran clase social, á los principios mas austeros de la moral y á la realidad de los hechos históricos; la verdad literaria resplandece en la forma en que hay exactitud y relieves en la descripciones etnográficas, viveza, precisión y aun concordancia frenológicas en retrato típico de los personages, naturalidad en la narración de los hechos, en el desarrollo dramático y sobre todo en las máximas, en los giros del lenguaje y aun en los vicios de la pronunciación y escritura.

«Martin Fierro» es el libro mas útil que se ha escrito en versos en la América porque es el espejo mas fiel, el cuadro mas acabado de le vida del gaucho, la lección mas magistral de moral, el catecismo mas sencillo de política y filosofía, el aliciente mas poderoso para aprender á leer y la revelación mas elocuente de la revolución, que principia á incubarse en el espíritu del campesinoy que á ella se lanzó inconscientemente y como instrumento de pasiones de caudillos ambiciosos; es el libro que suple á la Biblia, á la novela, á la Constitución y á los volúmenes de ciencia; es la leyenda mas popular que aprende de memoria el niño, que la canta el payador, que la murmura el carrero y la lée con déleite la candida doncella.

Es la poesía mas armoniosa, porque en el lirismo debe imperar la sinfonía.

Los versos de «Martin Fierro» son los mas perfectamente cantables, porque están expresamente escritos para esa música popular, medio recitativa, medio cantada, al compás de la guitarra; poemas sencillos, espirituales, descriptivos llenos de ese sabor criollo, que hace estremecer con fruiciones tan especiales el corazón argentino.

El octosílabo como metro es sin duda el mas armonioso, pues aunque carece de la magestad del endecasílabo y alejandrino, es mas flexible y se presta como ninguno á la sentencia, á la máxima y á la sátira.

Las estrofas en seis versos se prestan igualmente al canto rítmico, á la rotundez de los pensamientos y la variedad de tonos; por eso el gaucho canta esas rapsodias argentinas con interés, entusiasmo, deleite y con pasión, como la expresión legítima de sus creencias, de sus necesidades, esperanzas é ilusiones.

«Martin Fierro» vive en la memoria de

todos, y vivirá en las futuras generaciones, por que es el poema mas argentino.

SEGUNDO ARTICULO

¿Tiene la América latina una literatura propria?

Si hemos de aceptar la palabra literatura bajo su acepción legítima y genuina estamos obligados á declarar que no.

Nuestra ideas, nuestro idioma, nuestras costumbres, nuestro gusto estético y hasta los elementos mas simples de nuestra cultura social, son europeos y principalmente franceses, ingleses y españoles.

Al leer nuestros libros de poesía, nadie creería que han sido escritos en América.

Los poetas colombianos, peruanos, bolivianos, chilenos, argentinos y brasileros, no reflejan ni un solo rayo de la luz propia de su nacionalidad, ni un solo rasgo de su fisonomía característico, ni un paisage de su naturaleza, ni un hecho de su historia, ni un incidente de su vida ordinaria.

Podría citarse algun canto excepcional, alguna rara producción, mal apreciada, desterrada de la «high-life» de las letras, que con el trascurso de los tiempos y el progreso de nuestra educación intelectual, encontrarán sin duda su asiento magistral en la corte aristocrática de las letras americanas; pero que hoy no bastan á definir nuestro prototipo como naturalezza, ciencia, arte, política, religión ó costumbres.

Los americanos creemos que solo en Paris ó Londres hay ideas, sentimiento, génio, costumbres, pasiones, virtudes, crímenes, belleza natural y artistica.

No nos hemos tomado la molestia de averiguar si hay sirenas entre las murmurantes ondas de nuestros arroyos, si el soplo del infierno impele los huracanes de nuestras Pampas, si gigantes de immesurable talla sostienen sobre sus hombros nuestras moles graníticas, si misteriosas divinidades vagan en el fondo ignoto de nuestros bosques, si nuestra raza autóctona es de orígen celestial; ni siquiera hemos preguntado si el salvage impetuoso de los llanos trae algo de la sangre de los Titanes, de los Pandos, ó de los Runas; que ni siquiera sabemos si el pastor de nuestros valles y montañas tiene alma: si ama, si piensa, si tiene su filosofía y su estética originales.

Y sin embargo, ahí está abierto ante nuestros indiferentes ojos el gran libro de nuestra espléndida naturaleza: ahí está torturante el misterio de nuestro orígen; ahí están las tradiciones de nuestra primitiva vida civil,y las largas y terribles horas de la esclavitud y las hazañas épica de nuestra emancipación política.

Tenemos el gaucho, el indio de la Pampa, de las montañas, de los bosques, con costumbres, ideas, idiomas y hasta instituciones propias, que no solo no cantamos, que ni estudiamos, ni inquirimos.

La poesía de todos los pueblos ha tenido su cuna en su propia naturaleza, en su mismo corazon, en su convicciones, íntimas,en su goces familiares, en sus dolores secretos, en sus glorias nacionales.

Desde Valmiqui, el épico Indio, desde el salmista hebreo hasta Fenimore Kooper, el novelista yankée, todos han buscado la inspiración en el espejo luciente que refleja ante sus ojos la imágen de lo infinito, en las reminiscencias queridas de su memoria ó en las tradiciones venerables de sus abuelos; solo los Americanos del Sud hemos apartado los ojos de ese espejo, los labios de esa fuente, y el corazon de ese santo objetivo: la patria y el hogar.

Se han intentado algunos ensayos descriptivos de la naturaleza americana, rasgos históricos de nuestro orígen prehistórico, algunas odas ensalzando los episodios de nuestras guerras nacionales ó civiles; pero esto no es literatura americana, ni en su espíritu ni en su forma, ni en su volúmen.

Conocemos la biblioteca del señor Andrés Lamas, constante de 7,000 volúmenes, escritos todos en América ó sobre América: será sin duda la primera biblioteca en su género, en su rara especialidad, pero no está allí la literatura americana.

Necesitamos un Dante, un Gœthe, un Cervantes que dé forma al pensamiento, al espíritu original de América, que refleje en su estilo, en su filosofía, en sus cuadros, nuestras costumbres, nuestras creencias, en fin, nuestra vida tal como es.

Preguntando Shakespeare sobre la primacia de sus dramas, contestó: «Ricardo tercero es la mejor de mis obras, porque es la mas inglesa».

Así debemos pensar los americanos y decir: la obra mas eminentemente literaria, debe ser para nosotros, no la mas voluminosa, la de mas grande concepción, sino la mas americana.

La República Argentina en sin duda la que en todos los géneros literarios ha contribuido mejor y con mas contingente á formar ese retrato de tan difícil delineamento, de tan complicados matices, y que sin embargo encierra en su fondo una asombrosa sencillez, la expresión estereotípica del espíritu de un pueblo por su poesía.

No conocemos ningun poeta Americano que revele con mas verdad, mas grandeza, mas naturalidad el espíritu de su patria, que estos tres argentinos:

Echeverría, José Hernandez y Olegario Andrade.

Martin Fierro es la obra magistral de Hernandez, poema sencillo en su concepción y desarrollo dramático, pero espejo pulidísimo de las costumbres, instituciones é ideas verdaderamente argentinas, filosofía misantrópica que hace olvidar la sangre fria de Larrochefoucauld ó de Voltaire, crítica amarga como la de Juvenal ó Rabelais, gracia como la de Cervantes, escepticismo venenoso bebido en Gœthe, y sobre todo, verdad, naturalidad, sencillez, aprendidas en el único libro que leen y deben leer filósofos y poetas como Hernandez: *la naturaleza*.

Tales son los caracteres prominentes de ese libro original, del que nos vamos á ocupar y cuya apología puede sintetizarse en esta sola verdad: «es el único libro «argentino del que vá á hacerse la duo«décima edición con utilidad para el au«tor, para el editor y para el pueblo».

TERCER ARTICULO

Para apreciar el libro del señor Hernandez, que lleva el mismo título que este artículo, es necesario conocer intimamente el tipo original del *gaucho*.

El gaucho no es el indio primitivo de las pampas y selvas americanas, no es el español conquistador de nuestro suelo, ni es el cuarteron que lleva en sus venas la sangre mal confundida de ambas razas.

Es indubable que en su constitución fisiológica es necesario reconocer esos elementos, ese orígen orgánico; pero no en su tipo social.

Hay dos elementos psicológicos que definen al gaucho: la conciencia de su fuerza corporal, y el atrevimiento de su fantasía.

El gaucho se cree invencible, y de ahi proviene la seguridad en sus empresas, la confianza en el éxito y la serenidad en el peligro.

El caballo con su vigor y ligereza, la pampa con su inmensidad, han acentuado ese rasgo gráfico de su fisonomía moral.

Y es sin duda á la misma causa á la que obedece ese poder extraordinario de imaginación, que absorbe en sus vastos pliegues las otras facultades de su ser.

El valor en el gaucho no es una impulsión organica, no es un arrebato sanguíneo, no es un estremecimiento nervioso, no es un deber moral, no es una virtud cívica; es un vuelo de su fantasía, la realidad de un sueño, un halago de su orgullo, una necesidad de su espíritu, en que domina esa inclinación instintiva á lo grande, á lo infinito.

Asi han sido los Galos, los Normandos, y todas las razas viriles, á las que la vida sedentaria y los vicios sociales han raquitecido, y que en los albores de su vida civil, estaban familiarizadas con la avidez é inmensidad de los desiertos, con el ímpetu de los huracanes, la soberbia de las tempestades y la voracidad de las fieras.

El gaucho es natural, ingénita y fatalmente poeta y filósofo.

Pero su poesía y su filoso... no son aprendidas en los libros, en los centros sociales, en las revoluciones históricas, sino en el gran libro de la naturaleza, perpetuamente docente para el ojo ávido que le consulta sin cesar.

No hay en el horizonte que le rodea un solo objeto que no le hable: el relincho del caballo, el bramido del toro, el canto del ave, el chirrido del insecto, el murmurio del arroyo, el sabor del pasto, hasta el rayo ténue de la luz de una estrella, todo es para él un consejo, una lección, un precepto, una ley, una súplica. La naturaleza es su cátedra y su altar. Mas sacerdote que los augures, mas poeta que los rapsodas, va pensando, leyendo y cantando siempre; la eterna sibila, la sabia pitonisa, ante su imaginación, vá amontonando en la hoguera de su espíritu, chispa á chispa, y en ráfagas sin intermitencia, el fuego sagrado de la inspiración y la llama que alimenta la tranquila meditación.

Esta perpetua contemplación de la naturaleza bajo sus formas desde la tempestad destructora, blasfemia de la naturaleza, hasta el rocío, lágrima de amor, que la noche llora; han hecho del gaucho un filósofo y un poeta, bajo todas las formas que abarca el pensamiento y con todos los matices que puede colocar el genio.

El gaucho es místico, escéptico, espiritualista, materialista; en moral es egoista ó filántropo; en política casi siempre demagogo.

El predominio de la fantasía y el sentimiento de lo infinito, lo inclinan á la epopeya; la lucha contra las constituciones civiles lo obliga al drama, y el orgullo de la conciencia de su poder lo hace lírico.

El amor es el elemento de su vida social, pero para él casi nunca es un sentimiento, ni un hecho capital de su vida; es un capricho de su fantasía, una aventura de un día.

El gaucho tiene su hogar que exhala ese perfume que hace sentir la poesía y filosofía propias de su carácter; el imperio que ejerce sobre la mujer, la educación especial que dá á su hijo: ese dominio absoluto del déspota, mezclado con la dulce mansedumbre del amante, hace de su rancho, palacio, cátedra, taller, teatro y club; allí manda, enseña, trabaja y se recrea.

Hay indudablemente en la vida familiar un gran fondo de virtud, de poesía y en su natural simplicidad la forma mas perfecta de Gobierno.

El rancho del gaucho no es la choza triste del patriarca bíblico. Medio ciudadano, medio salvaje, tiene que luchar contra la naturaleza, contra sus pasiones, las instituciones, la opresión tenaz de las clases superiores.

Ese combate tan múltiple en sus formas, cuanto tenaz en su acción, hace de su vida un drama interesante que ha encontrado escenas hasta en las esferas del Gobierno, en las cátedras universitarias y finalmente en las páginas de nuestros libros de alta literatura.

El libro del señor Hernandez, es la expresión mas acabada de la vida psicológica y social del gaucho.

« Martin Fierro » es la personificación de sus instintos, de sus pasiones, de sus gustos, de sus aspiraciones, de las fruiciones de su alma, de los sueños de su fantasía, de los calculos de su mente, de su filosofía racional, de su experiencia cuotidiana.

La payada del gaucho es el *elemento, el miserere y el reverie*, el sursum corda de su vida tan digna de estudio, que representa al patriarca y al guerrero, de ese tipo tan interesante, que confunde en bellisima sintesis al caballero, al héroe, al ciudadano, al aventurero, el poeta, al filósofo y al sacerdote.

Mañana nos ocuparemos del libro.

CUARTO ARTICULO

Son innumerables los libros que la inteligencia del hombre, en sus diversas aplicaciones, ha producido en los ultimos tiempos.

El movimiento intelectual, en algunos paises como Alemania y Francia, presenta los síntomas del delirio febriciente, el magestuoso y sublime desórden de la tempestad.

Pero en ese desborde del génio, en esa loca monumentalización del pensamiento,

en esa consagración lapidaria de la labor paciente del cálculo, son muy pocas las piedras sólidas, que puedan servir de sillares al edificio del progreso y de muro de defensa á la convicción filosófica.

Muy escasos son los libros que han tenido el privilegio de realizar una revolución en las ideas, en las costumbres ó en las instituciones.

No basta escribir, es necesario escribir según la epoca en que se vive, el país que se abita, los vicios que se combaten, los principios que se defienden, los dogmas que se profesan.

La palabra es pan, pero no siempre aprovecha al organismo.

El consejo, la máxima, la doctrina, la sátira, hasta el insulto, son eficaces en oportunidad de tiempo y lugar.

Cuántos poemas, cuántos historias, cuántas novelas se han escrito sin que arrojen un rayo de luz sobre la conciencia, sin que remuevan un guijarro de la senda áspera de la vida, sin que hagan estremecer el corazón con la mas ténue fruición, sin que hayan modificado una letra de las leyes tiránicas de las sociedades decrépitas, sin que hayan hecho siquiera contraer los labios del mas alegre lector!

Páginas sencillas, lacónicas, inspiraciones súbitas, doctrinas vulgares, pero mal comprendidas, no estudiadas, ligeramente despreciadas, han cambiado la ley de las sociedades, las costumbres tradicionales, los principios científicos y los dogmas de la fé.

Ya lo hemos dicho: pocas, muy pocas son esas obras de cualquier carácter que sean, que hayan conseguido remover esas piedras, que entorpecen el camino que recorre trabajosamente la peregrina humanidad.

Y ya que no es posible operar una revolución cada día, es necesario que cada palpitación del cerebro de los grandes pensadores, cada palabra de sus labios píticos enjugue una lágrima, evite un suspiro, destile una gota de bálsamo sobre las heridas del alma, que sea una ráfaga de luz que alumbre, un soplo de brisa que perfume, una gota de rocío que refresque una nota melodiosa que deléite.

Cada época de la historia, cada región del globo, ha tenido sus redentores, sus profetas revolucionarios, que se han servido de la letra para consumar sus grandes propósitos; las obras de esos génios son las verdaderas obras clásicas de la literatura.

Si Italia tiene su Divina Comedia, España su Quijote, Alemania su Fausto, la Republica Argentina tiene su Martin Fierro.

«Martin Fierro», mas que una colección de cantos populares, mas que un cuadro de costumbres, mas que una obra literaria, es un estudio profundo de filosofía moral y social.

«Martin Fierro» no es un hombre, es una clase, una raza, casi un pueblo, es una época de nuestra vida, es la encarnación de nuestras costumbres, instituciones, creencias, vicios y virtudes, es el gaucho luchando contra las capas superiores de la sociedad que lo oprimen, es la protesta contra la injusticia, es el reto satírico contra los que pretendemos legislar y gobernar, sin conocer las necesidades del pueblo, es el cuadro vivo, palpitante, natural, estereotípico, de la vida de la campaña, desde los suburbios de una gran Capital, hasta las tolderías del salvaje.

Todos los hechos de la vida se encadenan, todas las esferas de acción son círculos concéntricos que parten de un centro y se extienden hasta lo infinito.

Dante llevó su imaginación hasta el cielo y el infierno, partiendo da un latido de su corazón, hizo un poema universal de su afección subjetiva, y en Beatrice de Portinari encontró el objetivo de su infinita peregrinación.

José Hernandez ha tomado como el épico italiano, un hecho familiar, como la causa y el punto inicial de su espléndida concepción, para plantear problemas sociales de la mayor trascendencia, profetizar revoluciones futuras que han de operarse fatalmente, ha encontrado el pretexto para rasgar con mano airada, los encajes diáfanos de nuestro traje democrático, con que descubrimos llagas terribles, que corroen nuestro organismo, para enseñar máximas de moral purísima, para justificar todo los sistemas filosófi-

cos, desde el estático misticismo hasta la amarga decepción, desde la credulidad del niño, hasta esa ciencia tristísima de la ancianidad desencantada de la sociedad que desprecia.

«Martin Fierro» es el tipo ingénuo, noble, valeroso, víctima de los defectos de nuestras instituciones políticas, judiciales y municipales, guarda en su alma el depósito sagrado de la institución del bien, al través de todas las peripecias de su vida fatalmente aventurera.

El viejo Viscacha es el Mefistófeles de ese Fausto mas natural, mas filosófico, mas moral que el de Goethe.

Anciano consumido económicamente por los vicios, hasta dormir entre los perros, físicamente, hasta no poder hablar, y moralmente hasta profesar las ideas mas egoistas, antisociales y eminentemente sensuales, espíritu descreido, práctico en la vida material, enemigo de clases urbanas, pero profundamente sabio en los resortes secretos de la vida real

Ambos tipos son naturales, de importancia suprema en la acción y desarrollo del drama sencillo, pero interesante de la vida del gaucho.

A las magníficas descripciones de la campaña, de la frontera, de los ataques del salvaje y cien otras que forman el fondo del paisaje, el cuadro etnográfico, es necesario sobreponer la magistral descripción de la Penitenciaria, lección sublime de moral, rasgo de inimitable poesía de efecto extraordinario y de aplicación tan prática en las costumbres, que solo ese canto equivale en efecto á todos los sermones, á todas las conferencias y á todos los castigos.

La Penitenciaria tiene, en efecto, por destino, no solo servir de lugar de castigo y de seguridad, sino también de ejemplo.

Esa casa aislada en los confines de la ciudad, que tantos dolores guarda, bajo cuyas fatdicas bóvedas tantos Macbeths se estremecían entre las torturas del remordimiento, no habría cumplido su alta misión moral, si Hernandez no la hubiese hecho conocer en el ritmo de sus versos, en las cuerdas de la guitarra de la pulpería, en la leyenda familiar del rancho.

Nadie sabe lo terrible que es la cárcel, miéntras no entra en ella, pero el lúgubre edificio tiene una voz solemne, cuyo éco elocuente es «Martin Fierro».

Las últimas máximas de «Martin Fierro», son máximas tan magníficas como las del Evangelio, es por eso que el libro de Hernandez suple á la Biblia y á la doctrina sacerdotal en los ranchos, estancias y aldeas, y no exageramos al asegurar que tambien desempeña ese noble papel en las ciudades.

No podemos acabar de definir á Hernandez como filósofo, pero aquí nos detenemos por respeto á la atención del lector.

Mañana nos ocuparemos de Hernandez político y literato.

QUINTO ARTICULO

Sué y Hugo son los primeros en nuestro siglo, que bajo la forma amena y vulgar del romance ó el verso, han planteado los grandes problemas sociales, y han llevado á la conciencia del pueblo las graves cuestiones que comprometen su destino.

La mayor parte de los novelistas y poetas son simplemente descriptivos, estrechamente estéticos y egoistamente subjetivos.

Creen sin duda que la humanidad entera está comprometida á contar los latidos de su corazón angustiado, y á seguir las ráfagas caprichosas de su imaginación delirante.

La poesía tiene, sin duda, una misión mas elevada, mas amplia, mas social, mas eficaz.

No ha de ser el sueño loco de una noche de delirio, como la creación insensata de San Juan ó Dante, ni la máxima sensualista de Anacreonte, de Ovidio, de Pirron; el amargo escepticismo, el canto elegiaco de Young, de Byron, Leopardi y Pestel, no son tampoco su última y mas elevada expresión.

No son la risa, ni las lágrimas, los atributos mas sublimes del hombre, como el sensualismo ó la utilidad, no son la última esfera de su indefinida actividad.

No es el poeta la hoja del arbol que arrastra el viento y se queja en su roce con el polvo, no es la arista que devora el fuego y gime en el suplicio de la calcinación; no es la poesía el pólen de la flor que halaga los sentidos de la coqueta, la nota armoniosa que deléita el oído del soñador fantástico.

Dios no ha encendido la chispa de la inspiración en el fondo del cerebro, para que alumbre sin calor como el fósforo; el génio ha de ser productor, su nombre dice que ha de ser productor, creador, revolucionario; por eso ha dicho muy bien Isaias, que se sintió herido por el rayo de Dios, para irradiar su luz y su fuego sobre el pueblo ciego y entumecido, que se había sentado sobre la piedra helada del error.

Andrade, el ilustre lírico argentino, ha hecho la semblanza mas digna del poeta, haciéndolo precursor, profeta, sacerdote, maestro y tribuno.

Así es José Hernandez. No ha templado su lira sonora para deleitar un momento, para recrear las horas largas de una velada campestre.

Martin Fierro es mas que un payador de pulpería, es el filósofo, el revolucionario, el gran político, el moralista, el Prometeo de la campaña, la encarnación palpitante del gran problema social.

En el fondo de ese poema sencillo, lacónico y armonioso, se encuentra la verdad desnuda, clara y elocuente; al través de las diáfanas y elegantes vestiduras de nuestra toilette social, se descubre la llaga cancerosa que corroe las entrañas del organismo.

Es necesario tener toda la sagacidad de ispirítu, toda la paciente observación todo el sentimiento de justicia, todo el aplomo de convicciones de Hernandez, para haber penetrado y arrostrado tan decididamente la grave cuestión social que agita nuestro seno, casi con tanta vehemencia como el nihilismo, el internacionalismo, el fenianismo, el comunismo ó el carbonarismo.

«Martin Fierro» ha iluminado la conciencia del gaucho, ha exitado las fibras de su sensibilidad, le ha dado la noción de ciudadanía, la intención de su dignidad personal y ha iniciado en su espíritu el deseo del progreso, para llegar al ideal de la nivelación social.

En verdad, estamos muy léjos de ser una democracia, de gozar del beneficio práctico de nuestras instituciones, muy liberales en la letra, pero sin efecto en la vida real; la Constitución es un astro muy raquítico, porque no irradia su calor y su luz, sino hasta los muros de la ciudad. El gaucho, como los condenados de Klopstoh, vive en las tinieblas y en la frigidez extra-solares.

La Policía Rural, la Administración de Justicia, el sistema orgánico del Ejército, la educación popular, todo ha sido herido con el punal afilado de la sátira, con la masa poderosa de la máxima evidente, con la luz refulgente del ejemplo.

José Hernandez ha asimilado con la delicadeza, del arte sintético de Seuxis, la sátira de Juvenal, el escepticismo de Montaigne, la dulce elocuencia de Fenelon y la lección magistral de Montesquieu, todo bajo la forma amena, graciosa, pero gravemente sentenciosa de Cervantes.

¿Qué libro se ha escrito hasta hoy que haya instruido, distraido, deleitado y conmovido al pueblo con mas verdad, arte, elocuencia y magistral autoridad?

¡Biblia, catecismo político, teoría filosófica, consejo moral, incitación entusiasta, proclama revolucionaria! ¿Qué no hay en esas noventa páginas rimadas sin esfuerzo, enfóricamente acondicionadas á los arpegios de la guitarra y á la entonación del campesino?

«Martin Fierro» encierra estas grandes verdades políticas arrancadas natural y lógicamente de nuestra vida ordinaria: falta de educación, pésima organización judicial y militar, deficiencia en la Policía Rural, y sobretodo, profundo risentimiento en el pueblo de la campaña contra las clases urbanas, por abuso de fortuna, de autoridad é ilustración.

Tal es el carácter político ó sociólogico del libro que nos ocupa, y tal es la enseñanza filosófica y poética que puede servir de esplicación á la ley de nuestra

historia y de objetiva á nuestros legisladores y Gobierno.

P. Subieta.

El Gaucho Martin Fierro.--La vuelta de Martin Fierro.--Poemas campesinos por José Hernandez.

A pesar de nuestra afición por la lectura, no conocíamos el primero de estos poemas, hasta hace pocos dias, en que su autor tuvo la bondad de enviarnoslo, despertando tal interés en nuestro corazón, que inmediatamente buscamos el segundo cuyo mérito, como obra de observación, corre parejas con el del anterior, aun cuando no suscite la misma curiosidad, por la reproduccion de escenas análogas.

El *Gaucho Martin Fierro* ha producido un fenómeno de publicidad en la República Argentina, pues sus once ediciones han alcanzado á la cifra extraordinaria de 50,000 ejemplares.

Un libro que despierta tan vivo anhelo, debo tener algun mérito excepcional, porque, de otra manera, no habría salido, como muchos que conocemos, de los anaqueles de las librerías.

El señor Hernandez ha explotado el venero inexhausto de las costumbres populares, poniendo en acción tipos nacionales, dsdeñados por la generalidad de nuestros escritores, haciéndolos vivir, obrar y sufrir en su medio social, y colocando al mismo tiempo, el dedo sobre las llagas gangrenadas que consumen á una gran parte de la familia argentina.

Martin Fierro es la personificación verdadera del gaucho de la pampa, condenado al servicio forzoso de las armas, desheredado de todos sus derechos de ciudadano, perseguido por la autoridad civil, oprimido por la autoridad militar, explotado por los negociantes aventureros, aflijdo por el hambre y la desnudez en los campamentos de la frontera.

Diferénciase «Martin Fierro» de otros gauchos creados por nuestra literatura, en que él no es un personaje puramente cómico, sinó un héroe dramático, en el que aparecen de tiempo en tiempo, los reflejos de la gracia andaluza, manifestados por medio de un estilo pintoresco, salpicado de imájenes y de comparaciones originales en las cuales asoma un ingenio nativo, una suspicacia propia de quien está acostumbrado á desconfiar, y una inspiracion silvestre, pero poética, que lo inclina á cantar alegrias y dolores.

El señor Hernandez ha querido conservar intencionalmente los defectos del lenguaje, de construcción y de métrica en los sentidos versos de su poema.

No estamos de acuerdo con su manera de entender el arte, porque creemos que la verdad no está reñida con la belleza, y que es posible conservar la originalidad de un tipo, sin herir el oído con las desafinaciones del verso incorrecto.

El ideal del arte consiste en imitar la naturaleza, mejorándola en la medida de nuestras facultades.

La obra que nos ocupa es el fruto de la observación de las costumbres campesinas, estudiadas en la estancia, en la pulpería, que es el club del gaucho, y á la luz del fogon, al rededor del cual improvisa todas las noches su hogar, aquel que no tiene un palmo de tierra propia, en la ilimitada extensión que riega con su sangre.

Por eso la expresión es rigorosa, original el giro de la frase, y nueva, y hasta sorprendente, la imágen, con que al parecer dá formas tangibles á sus pensamientos.

No se nos oculta que el libro del señor Hernandez contiene un peligro, que sería conveniente que él hiciera desaparecer, luego que se diera cuenta cabal de su importancia.

Aun cuando es verdad que la condición del gaucho es abominable, lo que hasta cierto punto explica sus excesos, la enumeración de sus hazañas, el elojio de su valor, ejercitado en riñas sangrientas, debiera contrapesarse, enseñandole á condenar los extravíos de su sensibilidad.

Está demostrado que las narraciones, rodeadas de circunstancias poéticas, de

toda clase de crímenes, desde el suicidio hasta el duelo, y desde el duelo hasta el asesinato vulgar, producen una especie de epidemia moral, que se traduce en otras tantas ofensas á las leyes divinas y humanas, si no las multiplican.

En hora buena que se condene los abusos, y se disculpe ante los jueces que la sociedad se ha dado, los extravios á que pueden conducir la falta de educación y las injusticias, de que un hombre puede ser objeto.

Pero la mision del escritor filosófico, del moralista que pone libros en manos del pueblo, consiste en condenar no solo á quien oprime, sino al oprimido que á su vez abusa de su fuerza, y huyendo de sus enemigos se convierte en enemigo de sus semejantes.

El señor Hernandez, que indudablemente posee las aptitudes necesarias, para hacerse escuchar, tiene una alta misión que desempeñar, ensanchando su esfera de cronista, haciéndose maestro de los gauchos que lo leen con avidez, inspirandoles aversión al puñal, repugnancia á la sangre, levantando, en una palabra, su nivel moral, abriéndoles horizontes que su vista, habituada á explorar la pampa, no ha descubierto todavía.

La tarea debe comenzar por enseñarles á conocer á Dios, mostrándoles que la compañía de una buena conciencia y la esperanza en el cielo, mitigan los sufrimientos y obligan á amar los hombres.

Su héroe, dotado de una resistencia física que supera á la de la mayor parte de los hijos de la naturaleza, sería doblemente amable y poderoso, si adquiriera esa fuerza moral que domina las pasiones y encadena la carne al espíritu.

La oportunidad nos parece propicia para llevar á cabo un empeño tan generoso.

El perseguido, en vez de buscar asilo en las tolderías hoy puede encontrarlo en las ciudades, en las colonias, en las tareas agrícolas que han venido á modificar las condiciones sociales de los campos dominados por el pastoreo, que convertía á los gauchos en beduinos, y á los beduinos en siervos, que ignoraban que existieran hombres buenos y compatriotas justos.

El señor Hernandez, que ha tenido el poder de hacernos derramar lágrimas con la descripción de la *tapera* del rancho de *Martin Fierro;* que ha sabido tocarnos la fibra mas delicada del sentimiento, con aquella tierna despedida del vagabundo á las últimas poblaciones cristianas, está llamado á combatir con éxito las preocupaciones del gaucho contra sus prójimos, blancos, negros, nacionales ó extranjeros, ahogando en su corazón el odio con las semillas del amor.

Mientras que el campesino errante, perseguido por sus delitos, asilado entre los indios, arrojado de las tolderías por otra ola de sangre, no manifieste al regresar á su pago, como Martin Fierro, el arrepentimiento fecundo del hombre religioso, no debe dar por terminada su labor el poeta á cuyos cantos consagramos estas lineas, hijas de la admiración é inspiradas por el deseo de verlo á la cabeza de una cruzada regeneradora.

«La America del Sur» Marzo 9 de 1879.

El Gaucho Martin Fierro, es tambien una lección, es decir, lo que debe ser la poesía: una moral además de un arte, so pena de ser inútil, ó peor aún, perversora. Ese poema es un pequeño curso de moral administrativa para el uso de los comandantes militares, comisarios pagadores, y cuantos tienes que hacer con el pobre gaucho. Allí están fotografiados, estigmatizados todos los malos patriotas, en imágenes verosímiles y verdaderas. Poner en la picota á los malvados, es tanto mas meritorio, cuanto de mas alto se les baja para hacer en ellos la justicia popular.

Muchas leyes y disposiciones hay tendentes á mejorar la suerte del paisano de nuestra campaña, pero dudo que ninguna sea mas eficaz que esos cuadros en que él abuso no dá contra una ley muerta sino contra una caricatura viva; porque como se ha dicho bien, «el ridículo es lo único que temen los que ya no tienen pudor ni remordimientos.» Y en este concepto estamos muy distantes de dar al autor de *Martin Fierro* el consejo que el

articulista de la *Tribuna* de Montevideo. « A Montero cuando concluyó su cuadro *Los Funerales de Atahualpa* le dijeron en Florencia y por labios muy autorizados, que no pintara mas. Nosotros sin ser mas que admiradores, diríamos a Hernandez, que se perpetúe solo con *Martin Fierro*.

Nosotros le diríamos por el contrario, que á imitacion de Mr. Laserre, aunque *Martin Fierro* fuese obligado á borrar su nombre como *El Diablo Rosado* de aquel, sigue su ejemplo publicando *El Hijo*, *El Nieto y El Biznieto* de este *Diablo Rosado* destinado á hacer que no roben al paisano, que no lo traten como á bestia de carga, que respeten en él al ciudadano y al hermano, ya que no al hombre de corazón y al valiente.

Esa es la gran misión de la poesía: la mejora moral. Y por fijarnos solo en el género de la poesía de «Martin Fierro», esa fué la regla de su fundador, que no lo es Ascasubi, como pretende el articulista de *La Tribuna* de Montevideo, sino Hidalgo, segun puede verse por sus bellos versos en la *Lira Argentina* impresa en Lóndres en 1824, si bien Ascasubi y Estanislao del Campo han cultivado con ventaja al género, lo mismo que hoy Hernandez.

Sí, siga haciendo cuadros como éste, que son la pura verdad en boca de *Martin Fierro*:

Y andábamos de mugrientos,
Que el mirarnos daba orror;
Les juro que era un dolor
Ver esos hombres, ¡por Cristo!
En mi perra vida he visto
Una miseria mayor.

Yo no tenía ni camisa
Ni cosa que se parezca;
Mis trapos solo pa yesca
Me podían servir al fin...
No hay plaga como un fortin
Para que el hombre padezca.

Poncho, jergas, el apero,
Las prenditas, los botones,
Todo, amigo, en los cantones
Fué quedando poco á poco:
Ya me tenían medio loco
La pobreza y los ratones.

Solo una manta peluda
Era cuanto me quedaba—
La había agenciao á la taba
Y ella me tapaba el bulto—
Yaguané que allí ganaba
No salía... ni con indulto.

Y pa mejor hasta el moro
Se me jué de entre las manos
No soy lerdo....pero hermano,
Vino el Comendante un día
Diciendo que lo quería
«Pa enseñarle á comer grano.»

. . . .

¿Qién es el gaucho? He aquí su retrato, por el que cualquiera lo reconoce al momento: he aquí el formidable cargo contra los que han podido y debido tratar á los hijos del país al menos como á los inmigrantes.

«El nada gana en la paz
Y es el primero en la guerra—
No le perdonan si yerra,
Que no saben perdonar,—
Porque el gaucho en esta tierra
Solo sirve pa votar.

Para él son los calabozos,
Para él las duras prisiones.
En su boca no hay razones
Aunque la razon le sobre;
Que son campanas de palo
Las razones de los pobres

Si uno aguanta, es gaucho bruto—
Si no aguanta, es gaucho malo—
Déle azote, déle palo!
Porque es lo que él necesita!!—
De todo el que nació gaucho
Esta es la suerte maldita.

Complementan el cuadro porción de pinceladas de mano maestra sobre la vida y los sentimientos del gaucho; por ejemplo, entre otras muchas para las que no hay ya espacio en estas páginas:

«Yo no tengo en el amor
Quien me venga con querellas;
Como esas aves tan bellas
Que saltan de rama en rama—
Yo hago en el trébol mi cama.
Y me cubren las estrellas.

. . . .

Ninguno me hable de penas
Porque yo penando vivo
Y naides se muestre altivo
Aunque en el estribo esté
Que suele quedarse á pié
El gaucho mas alvertido

Junta esperencia en la vida
Hasta pa dar y prestar,
Quien la tiene que pasar
Entre sufrimiento y llanto;
Porque nada enseña tanto
Como el sufrir y el llorar.

Viene el hombre ciego al mundo
Cuartiándolo la esperanza,
Y á poco andar ya lo alcanzan
Las desgracias á empujones;
¡Jué pucha! que trae liciones
El tiempo con sus mudanzas!

En resúmen: tal vez *Aniceto el Gallo* tiene mas verbosidad *gaucha; Anastasio el pollo* más estética *para nosotros* que entendemos su immortal *Fausto;* pero *Martin Fierro* piensa mas como el gaucho, y los gauchos encontrarán siempre, que si se ha hecho pueblero y á veces su fraseología podría dejar que desear algo, su corazón y su espíritu están saturados indeleblemente de los dolores y de las injusticias con que la civilización, por no ser todavía bastantemente cristiana, ha perseguido á la barbarie por ser demasiado débil.

«La Biblioteca Popular» de Buenos Aires, dirijida por el Dr. Miguel Navarro Viola.

MARTIN FIERRO

Jamás obra alguna ha alcanzado en nuestro país tan extraordinaria popularidad y no menor triunfo que el que ha alcanzado este poema del Sr. D. José Hernandez, su autor.

Los diarios de Buenos Aires, nos hacen saber que se ha publicado la *undécima edición*, enriquecida con los variados juicios criticos que se han escrito por personas competentes sobre esta obra, edición que viene ademas adornada con varias láminas y con el retrato de su autor, el Sr. Hernández.

Jamás tampoco, se habrá publicado un libro que á la vez que conquistaba tanta popularidad, consiguiese despertar tanto intéres y simpatía, al extremo de agotarse completamente la décima edición que se había hecho de esa obra, y de que la undécima que acaba de hacerse se haya solicitado y disputado con interés por algunas librerías de Buenos Aires.

Pero no es esto solo lo que prueba la gran popularidad é interés que ha despertado este poema.

«Martin Fierro», ha cruzado el Océano, con su inmensa fama y popularidad, y alcanzado otros triunfos en Europa, en donde se ha publicado en varios periódicos precedido de grandes elogios.

Allí como aquí tambien, notables críticos se han ocupado de este poema, en que el autor tan bien ha sabido copiar al hombre de nuestra campaña, contando sus dolores y desventuras, como sus alegrías con tanta exactitud y belleza, que es imposible dejar de leerlo mas de una vez.

No es pues de extrañar que, con tal popularidad, la nueva edición que acaba de hacerse por la librería «La Nueva Maravilla» de Buenos Ayres, alcance tambien el mismo resultado que las anteriores.

A lo dicho podríamos agregar, que el señor Hernandez, tiene ya concluida la segunda parte de este poema, es decir «La vuelta de Martin Fierro del Desierto» cuya publicación debe hacer en breve.

¿A qué decir el interes con que ha de ser leida y buscada esta segunda parte de «Martin Fierro»?

«La Capital»—Rosario, Octubre 11 de 1878.

Sr. D. José Hernandez.

Estimado señor y amigo:

He leido y releido con placer la original y preciosa historia de *Martin Fierro*, con que ha tenido la bondad de obsequiarme.

Es una bellísima obra, y lo mejor que he visto en su género.

Su lectura, interesante por la verdad de los cuadros, por la sencillez y naturalidad de la narración, por la ternura del sentimiento, por la propiedad del colorido, nada deja que desear al lector ilustrado, ó cuyo gusto no esté pervertido por la lectura de las novelas inmorales y absurdas de que está plagada nuestra sociedad.

Martin Fierro, es una creación verdadera, de que debe enorgullecerse la literatura de su país, y que acaso no será comprendida, ni estimada en lo que vale, porque no debe su existencia á un nombre inglés, francés ó yankée, á uno de esos nombres de celebridad acaso inmerecida, pero ruidosa, que atestan el mundo de necedades, y que el mundo recoje y aplaude como si fueran bellezas reales—¿Por qué esta fatalidad? porque nadie se crée ilustrado si no habla de lo que no entiende, si no aplaude lo que es desatinado y absurdo, pero que tiene el raro mérito de haber nacido muy lejos del país, y de autor estrepitoso y extranjero.

Los yankees nos dieron á este respecto un ejemplo digno de imitación, pero que por ser bueno no imitaremos.

Tuvieron un escritor nacional, Fenimore Copper, que con sus sencillas novelas, dió impulso á su naciente literatura. Esas novelas, puramente locales, y destituidas de la intriga del argumento y del brillante estilo que caracteriza á las francesas, entre nosotros, hubiesen muerto; entre los yankees vivieron!

Los yankees tuvieron el buen sentido de comprender su mérito, de mirarlas como parte de su genio y de su gloria, de honrarse y de enorgullecerse con ellas, y elevándolas á la categoría de bellas obras, las esparcieron por todo los países: y hoy, esas novelas al parecer tan simples y modestas ocupan un lugar distinguido en todas las bibliotecas públicas y particulares de los dos continentes.

¿Y de qué trataban esas novelas? precisamente de lo que trata *Martin Fierro;* de la naturaleza, de la vida, de esas costumbres de un pueblo nuevo—¿Y valen mas los cuadros de esa naturaleza, de esa vida, de esas costumbres que trazó la pluma educada de Fenimore Copper, en prosa que lo que la inculta de *Martin Fierro* trata con tan graciosos y sencillos versos? No! ¿Por que entonces esa diferencia? Porque Copper nació en un país donde se tiene orgullo en ser yankée, e en preferir lo propio á lo ageno; y *Martin Fierro* en otro, en donde casi es vergüenza haber nacido en él, y en donde se desdeña lo de casa por bueno que sea, para tomar y aplaudir lo ageno aunque no valga nada.

Este triste y doloroso paralelo entre la suerte de lo nuestro y de lo ageno, me indujo á leerlo de nuevo, temiendo que la sorpresa de la novedad en el primer momento hubiera exajerado mis apreciaciones, pero estas se robustecieron, y me lieron por resultado las siguientes, que someto al criterio de cuantas personas sensatas lo vean.

Martin Fierro no solo es un tipo caracteristico de la población semi-nómade de la República Argentina, ó sea da la base de su nacionalidad, puesto que es la mas numerosa, que con ella se obtuvo su indipendencia, con ella se cuenta para mantenerla, y con ella se guardan las fronteras contra los indios, motivo mas que suficiente para que tuviera las simpatías de todas las gentes ilustradas; sino que es tambien otra cosa mas elevada—Para el vulgo, para los que no comprenden lo que leen—y entre estos, hay mucha gente de pró — solo es una historieta gauchesca, buena cuando mas para ser can-

tada en las pulperías y fogones de campaña, pero indigna de ocupar por un momento los ócios de las altas y serias inteligencias, que con su vanidad y su ignorancia honran y dirijen el país.

Para estas gentes, que con decir: — «los gauchos no inventaron el vapor, ni el telégrafo (cosas que tempoco inventaron ellos), los gauchos se van»—creen haberlo dicho todo, *Martin Fierro* no tiene, ni puede tener importancia, pero para los que saben leer, para los que comprenden lo que leen, la tiene y grande.

Para estos es, primero antes que todo un gran pensamiento humanitario, una lección de Gobierno administrativo, que todo hombre verdaderamente serio é ilustrado, debe tomar.

Martin Fierro pertenece á esa clase desventurada que en la República Argentina ha sostituido á la negra, extinguida ya, en los trabajos y sacrificios de sangre y de vida, en beneficio exclusivo de las mas elevadas ó mas ambiciosas de la sociedad.

Cuando hubo que pelear por la independencia nacional, ella lo hizo, y con su sangre la conquistó! Ya obtenida, vinieron las guerras extranjeras y volvió á derramarla miéntras duraron. Terminadas éstas, y miéntras otras no vienen, es el guardian exclusivo de la fronteras, donde diaramente se halla á brazos con el hambre, la miseria y los indios; guardando las fortunas de los grandes hacendados, y la riqueza pùblica, y este es el mas penoso y terrible de los tributos que paga á una organización social, por la cual se sacrifica, y de la que no recibe por recompensa, mas que tropelías, insultos y desprecios.

¿Hay que reforzar la guarnición de la frontera? Se hace una arreada de estos desgraciados, ni mas ni menos que como en otro tiempo se hacían las correrìas de las yeguadas y ganados baguales. Se les acecha como á bestias, en las reuniones, en las carreras, en los bailes, y se cae repentinamente sobre ellos. Los mas diestros ó previsores, escapan; pero el mayor número queda. y sin atender á súplicas, ni á miramientos de razón ó de justicia, los arrancan á los brazos de sus mujeres, de sus hijos, á sus pocos bienes que quedan perdidos, y reuniéndolos á otros tomados del mismo modo, los llevan á las fronteras.,

Es preciosísima la descripción que hace de la cacería en que lo agarraron y de la que solo daremos como muestra la 1ª, 2ª y 6ª estrofas:

Cantando estaba una vez
En una gran diversión;
Y aprovechó la ocasión
Como quiso el Juez de Paz...
Se presentó, y ahi no mas
Hizo una arriada en montón

Juyeron los mas matreros
Y lograron escapar—
Yo no quise disparar—
Soy manso—y no había por qué—
Muy tranquilo me quedé
Y ansí me dejé agarrar.

Formaron un contingente
Con los que en el baile arriaron—
Con otros nos mesturaron
Que habían agarrao tambien
Las cosas que aquí se vén
Ni los diablos las pensaron.

¿Es razonable, es digno este modo de proceder?

¿Hay equidad, hay justicia en hacer pesar exclusivamente sobre estos desventurados, un servicio que debía pesar igualmente sobre todos los ciudadanos ó que mejor aun, debía ser hecho por tropas de línea?

¿Hay equidad, hay justicia en tenerlos indefinidamente en la frontera, donde cuando no mueren, ó huyen, se envejecen, mientras sus familías, se disuelven, y sus pocos bienes se pierden? ¿hay dignidad, hay justicia en tenerlos sin paga y hambrientos en desiertos inhospitalarios, donde el sol los abrasa, el frio los hiela y el indio los diezma?

Pero, ¿es solo esto lo que sufre el pobre paisano? ¡Nó! hay algo que es mucho peor, y es el trato bárbaro, inhumano que reciben de sus gefes, de los cuales son, no soldados, sino esclavos.

Y qué Indios—ni qué servicio
Si allí no había cuartel—
Nos mandaba el Coronel
A trabajar en sus chacras.
Y dejábamos las vacas
Que las llevara el Infiel.

Yo primero sembré trigo
Y despues hice un corral,
Corté adobe pa un tapial,
Hice un quincho, corté paja...
La pucha que se trabaja
Sin que le larguen ni un rial.

Y es lo pior de aquel enriedo
Que si uno anda hinchando el lomo
Se le apean como plomo...
¡Quién aguanta aquel infierno!

. . . .

Pero aun hay mas y es que ocupándolos en estos trabajos, ni los arman, ni los instruyen, ni los disciplinan, de modo que cuando los bárbaros llegan, se encuentran tan nulos y tan incapaces de medirse con ellos, como lo estaban al dejar sus familias, lo cual esplica esas continuas y sangrientas derrotas.

¿Es digno de un publo culto, es honroso para un gobierno que se dice ilustrado, que esto suceda?

Y no hay que decir que el puebló y el Gobierno lo ignoran, pues hasta los ciegos y sordos lo saben. ¿Por qué sucede, pues? porque el pueblo culto sumergido en la molicie y los goces, mira con apatía, con culpable indiferencia las lágrimas y los sufrimientos que corren y se padecen en lo que llaman fango de la sociedad; y á los que gobiernan, les es corto el tiempo para las exigencias de la fortuna y de la vanidad. ¡Los Presidentes, los Ministros, ocuparse de los dolores, de los infortunios de tales gentes! sería asqueroso; indigno de su caracter y de su ilustración!

Martin Fierro al contar sus desdichas, las tropelías é injusticias de que es víctima, y que lo arrojan á la vagancia y al crimen, cuenta las de toda su raza, y las cuenta de un modo que las hace ver y palpar.

Tuve en mi pago en un tiempo
Hijos, hacienda y mujer,
Pero empecé á padecer
Me echaron á la frontera,
¿Y qué iba á hallar al volver?
Tan solo hallé la tapera.

. . . .
. . . .

¡Aparcero! si usté viera
Lo que se llama canton...
Ni envidia tengo al raton
En aquella ratonera—

De los pobres que allí había
A ninguno lo largaron,
Los mas viejos resongaron
Pero á uno que se quejó,
En seguida lo estaquiaron
Y la cosa se acabó.

En la lista de la tarde
El Gefe nos cantó el punto,
Diciendo: «quinientos juntos
«Llevará el que se resierte,
«Lo haremos pitar del juerte
«Mas bien dése por dijunto».

. . . .
. . . .

Y qué Indios—ni qué servicio,
Allí no había ni Cuartel—
Nos mandaba el Coronel
A trabajar en sus chacras
Y dejábamos las vacas
Que las llevara el Infiel.

Yo primero sembré trigo
Y despues hice un corral,
Corté adobe pa un tapial,
Hice un quincho, corté paja...
La pucha que se trabaja
Sin que le larguen ni un rial.

Y es lo pior de aquel enriedo
Que si uno anda hinchando el lomo
Se le apean como un plomo...
¡Quién aguanta aquel infierno!

. . . .
. . . .

Y andábamos de mugrientos
Que el mirarnos horror;
Les juro que era un dolor.

Ver esos hombres, por Cristo!
En mi perra vida he visto
Una miseria mayor.

Yo no tenía camisa
Ni cosa que se parezca;
Mis trapos solo pa yesca
Me podían servir al fin...
No hay plaga como un fortin
Para que el hombre padezca;

Poncho, jergas, el apero,
Las prenditas, los botones,
Todo, amigo, en los cantones
Jué quedando poco á poco,
Ya me tenían medio loco
La pobreza y los ratones.

Solo una manta peluda
Era cuanto me quedaba,
La había agenciao á la taba
Y ella me tapaba el bulto—
Yaguané que allí ganaba
No salía... ni con indulto

Y pa mejor hasta el moro
Se me jué de entre las manos—
No soy lerdo... pero hermano
Vino el comendante un dia
Diciendo que lo quería
«Pa enseñarle á comer granos».

Afigúrese cualquiera
La suerte de este su amigo,
A pié y mostrando el umbligo,
Estropiao, pobre y desnudo,
Ni por castigo se pudo
Hacerse mal mas conmigo.

Ansi pasaron los meses
Y vino el año siguiente,
Y las cosas igualmente
Siguieron del mesmo modo—

. . . .

. . . .

Entre cuatro bayonetas
Me tendieron en el suelo—
Vino el mayor medio en pedo
Y allí se puso a gritar,
«Picaro, te he de enseñar
«A andar reclamando sueldos».

De las manos y las patas
Me ataron cuatro cinchones—
Les aguanté los tirones
Sin que ni un ay! se me oyera.

. . . .

. . . .

Martin Fierro nos cuenta en estos versos con un candor, con una verdad admirables, el orígen y desarrollo de sus desdichas, la causa primera y única de su vagancia y sus delitos.

Tenía rancho, hacienda, mujer hijos, y era feliz.—La autoridad lo arranca de su hogar, lo arrebata á sus afecciones, lo lleva á la frontera, al desierto, al frio, á los tormentos, á los peligros, para que con su valor y su sangre defienda la sociedad, siempre agredida ó amenazada por los indios.

Lo llevan prometiéndole alimentos, ropa, paga, y libertad á los seis meses de servicio.—En vez de alimento, encuentra hambre, en vez de ropa, desnudez y frío, en vez de paga, palos y estaqueadas; y en vez de seis meses, se pasan mas de seis años sin que se piense devolverlo á su familia.

Desesperado con su esclavitud y su miseria, huye de una tiranía insoportable, de un servicio que había ultrapasado los límites del deber y de la justicia, y vuela á su rancho, á los brazos de su mujer y de sus hijos. Parte el corazón el relato de lo que encuentra.

Volvía el cabo de tres años
De tanto sufrir al ñudo,
Resertor, pobre y desnudo—
A procurar suerte nueva—
Y lo mesmo que el peludo
Enderecé pa mi cueva.

No hallé ni rastro del rancho—
Solo estaba la tapera!
Por Cristo, si aquello era
Pa enlutar el corazón—
Yo juré en esa ocasión
Ser mas malo que una fiera!

¡Quién no sentirá lo mesmo
Cuando ansi padece tanto!
Puedo asigurar que el llanto
Como una mujer largué—

Ay! mi Dios—si me quedé
Mas triste que Jueves Santo.

Solo se oiban los aullidos
De un gato que se salvó,
El pobre se guareció
Cerca, en una viscachera—
Venía como si supiera
Que estaba de güelta yo.

Al dirme dejé la hacienda
Que era todito mi haber—
Pronto debíamos volver
Sigun el Juez prometía,
Y hasta entonces cuidaría
De los bienes, la mujer.

. . . .
. . . .

Despues me contó un vecino
Que el campo se lo pidieron—
La hacienda se la vendieron
En pago de arrendamientos
Y qué sé yo, cuantos cuentos,
Pero todo lo fundieron.

Los pobrecitos muchachos
Entre tantas afliciones
Se conchavaron de piones
¡Mas qué iban á trabajar,
Si eran como los pichones
Sin acabar de emplumar!

Por ahi andarán sufriendo
De nuestra suerte el rigor:
Me han contado que el mayor
Nunca dejaba á su hermano—
Puede ser que algun cristiano
Los recoja por favor.

Y la pobre mi mujer
Dios sabe cuanto sufrió!
Me dicen que se voló
Con no sé qué ga vilan—
Sin duda á buscar el pan
Que no podía darle yo.

No es raro que á uno le falte
Lo que á algun otro le sobre—
Sino le quedó ni un cobre
Sino de hijos un enjambre,
Qué mas iba á hacer la pobre
Para no morirse de hambre!

¡Tal vez no te vuelva á ver,
Prenda de mi corazón!
Dios te dé su proteción
Ya que no me la dió á mí—
Y á mis hijos dende aqui
Les echo mi bendición.

Como hijitos de la cuna
Andarán por ahi sin madre—
Ya se quedaron sin padre
Y ansi la suerte los deja,
Sin naides que los proteja
Y sin perro que les ladre.

Los pobrecitos tal vez
No tengan ande abrigarse,
Ni ramada ande ganarse,
Ni rincón ande meterse,
Ni camisa qué ponerse,
Ni poncho con qué taparse.

Tal vez los verán sufrir
Sin tenerles compasión —
Puéde que alguna ocasión
Aunque los vean tiritando,
Los echen de algun jogón
Pa que no estén estorbando.

Esto versos tan naturales, tan sentidos, que parecen escritos con lágrimas, estas quejas tan tiernas, tan patéticas, y que harían llorar á las piedras, si las tuvieran: ¿no dicen nada al corazón, ni á la inteligencia de las gentes que se llaman ilustradas, de los hombres que gobiernan y hacen las leyes? ¿No conmoverán á los que tienen el poder y el deber de poner término á tales atrocidades, á tales sufrimientos? Probablemente nó, porque *Martin Fierro* es un bárbaro, un gaucho que se vá.

—¿Que importa entonces que haya nacido en el pais, que haya derramado su sangre defendiéndolo contra los extranjeros ó los indios, que la haya derramado en las contiendas civiles en defensa de gobierno, de libertades y leyes, de que gozárán otros, pero de que él jamás gozará? ¿quién es él, para interrumpir con sus penas los placeres y el sosiego de un hombre ilustrado, de un hombre del poder? ¿qué importa su llanto, sus desgracias, si la sociedad, si los gobiernos están á demasiada altura para fijarse en los

dolores, en los infortunios que yacen á sus piés?

Martin Fierro busca á su mujer, á sus hijos y no los encuentra. Durante su ausencia, la hacienda que había dejado fué disipada por los acreedores y la autoridad; la mujer y los hijos, desnudos y hambrientos, se dispersaron, y el lugar donde tres años antes existía una familia feliz, solo tiene por recuerdos una tapera arruinada, y los maullidos de un gato!

¡Cuánto sentimiento, cuánto color, cuánta poesia!

Pero la medida de sus infortunios no estaba aún colmada, era desertor se vé perseguido como vago y tiene que huir.

De carta de mas me via
Sin saber á dónde dirme;
Mas dijeron que era vago
Y entraron á perseguirme.

Nunca se achican los males
Van poco á poco creciendo,
Y ansina me vide pronto
Obligado á andar juyendo.

Sin familia, sin bienes, sin hogar, y perseguido como vago, halla refugio en la pulpería y el pajonal; se hace nómade y camorrista, frecuenta las *milongas*, y pelea y mata, porque destruidos los lazos que lo unían á la sociedad, su miseria, la persecución que se le hace y el continuo peligro en que se encuentra, han borrado de su mente toda idea de sociabilidad, y despertado en él los instintos del desierto, la soledad, la independencia y el desprecio de la vida propia, como de la agena.

Tales son las consecuencias que un detestable sistema de Gobierno y de administración produce en las provincias argentinas del Oeste del Plata, y por eso dijimos, que *Martin Fierro* era antes que todo «una lección moral de Gobierno administrativo.» Póngase término á ese insufrible desórden, cámbiese se cruel y vergonzoso sistema, y centenares de infelices dejaran de ir á engrosar las hordas salvajes llevándoles el contingente de su valor y desesperación.

Pero ¿*Martin Fierro* es solo un pensamiento humanitario, una lección moral de Gobierno administrativo, bellamente dada bajo las quejas del dolor, bajo los acentos del infortunio? ¡Nó! *Martin Fierro* es tambien la personificación de su raza, la mas perfecta que hasta ahora se ha conocido, y que probablemente no tendrá superior, y en este concepto es un monumento, típico, que honra la literatura argentina.

Martin Fierro no es un gaucho sabio, un gaucho apócrifo, de esos que nos marean con sus gracejos vulgares y con la crítica que hacen de una sociedad que no conocen—*Martin Fierro* es un gaucho legítimo, que solo habla, pero bien, de lo que entiende, y que contándonos su historia, nos hace ver y comprender esos hombres tan numerosos, tan esparcidos en la base de la sociedad argentina, de quienes todo el mundo habla, pero que muy pocos conocen.

Hijo legítimo de las llanuras, nacido sobre el caballo, criado al aire libre, tiene en alto grado todas las calidades y todos los instintos del hombre de la naturaleza; es ginete, pastor, soldado, poeta y nómade; así sus cuadros son animados y tienen el colorido y la expresión de la verdad.

Jinete, recuerda con fuego y con brio las escenas del domador.

Y allí el gaucho inteligente
En cuanto el potro enriendó,
Los cueros le acomodó
Y se le sentó en seguida,
Que el hombre muestra en la vida
La astucia que Dios le dió.

Y en las playas corcobiando
Pedazos se hacía el sotreta
Miéntras él por las paletas
Le jugaba las lloronas,
Y al ruido de las caronas
Salía haciéndole gambetas.

Ah! tiempos!... si era un orgullo
Ver ginetear un paisano—
Cuando era gaucho baquiano

Aunque el potro se boliase
No había uno que no parase
Con el cabresto en la mano.

Pastor, pinta con igual animación la vida á la vez sosegada y activa de la estancia, sus trabajos y sus goces.

Ya apénas la madrugada
Empezaba á coloriar,
Los pájaros á cantar,
Y las gallinas á apiarse,
Era cosa de largarse
Cada cual á trabajar.

Este se ata las espuelas,
Se sale el otro cantando,
Uno busca un pellon blando,
Este un lazo, otro un rebenque,
Y los pingos relinchando
Los llaman dende el palenque.

. . . .
. . . .

Y miéntras domaban unos;
Otros al campo salían,
Y la hacienda recogían,
Las manadas repuntaban,
Y ansí sin sentir pasaban,
Entretenidos el dia.

Y verlos al cair la noche
En la cocina riunidos,
Con el juego bien prendido
Y mil cosas qué contar,
Platicar muy divertidos
Hasta despues de cenar.

Y con el buche bien lleno
Era cosa superior
Irse en brazos del amor
A dormir como la gente,
Pa empezar al dia siguiente
Las fainas del dia anterior.

Ricuerdo: ¡Qué maravilla!!
Como andaba la gauchada
Siempre alegre y bien montada
Y dispuesta pa el trabajo...
Pero hoy en el día... barajo!
No se le vé de aporriada.

El gaucho mas infeliz
Tenía tropilla de un pelo,
No le faltaba un consuelo
Y andaba la gente lista...
Teniendo al campo la vista
Solo vía hacienda y cielo,

Cuando llegaban las yerras,
¡Cosa que daba calor!
Tanto gaucho pialador
Y tironiador sin yel—
¡Ah! tiempo!... pero si en él,
Se ha visto tanto primor.

Aquello no era trabajo,
Más bien era una junción,
Y después de un güen tirón
En que uno se daba maña,
Solía llamarlo el patrón.

Soldado, describe al natural los ataques y entreveros con los indios, con una verdad y colorido sin rival.

Se vinieron en tropel
Haciendo temblar la tierra
No soy manco pa la guerra
Pero tuve mi jabón
Pues iba en un redomón
Que había boliado en la sierra.

¡Qué vocerío! ¡qué barullo!
Qué apurar esa carrera!
La indiada todita entera
Dando alaridos cargó—
Jué pucha... y ya nos sacó
Como yeguada matrera.

Qué fletes traiban los bárbaros!
Como una luz de lijeros—
Hicieron el entrevero
Y en aquella mescolanza,
Este quiero, este no quiero,
Nos escojían con la lanza.

Al que le dan un chuzazo,
Dificultoso es que sane,
En fin, para no echar panes,
Salimos por esas lomas,
Lo mesmo que las palomas,
Al juir de los gavilanes.

Es de almirar la destreza
Con que la lanza manejan!
De perseguir nunca dejan—
Y nos traiban apretaos,
Si queríamos de apuraos
Salirnos por las orejas.

Y pa mejor de la fiesta
En esta aflición tan suma,
Vino un Indio echando espuma,
Y con la lanza en la mano
Gritando «Acabau cristiano
Metan el lanza hasta el pluma».

Tendido en el costillar
Cimbrando por sobre el brazo
Una lanza como un lazo
Me atropelló dando gritos—
Si me descuido... el maldito
Me levanta de un lanzazo.

Si me atribulo, ó me encojo
Siguro que no me escapo:
Siempre he sido medio guapo
Pero en aquella ocasión,
Me hacía buya el corazón
Como la garganta al sapo.

Dios le perdone al salvaje
Las ganas que me tenía...
Desaté las tres marías
Y lo engatusé á cabriolas...
¡Pucha! si no traigo bolas,
Me achura el Indio ese dia.

Poeta es incorrecto y verboso, pero claro, verdadero y expresivo—Su narración esmaltada y embellecida por las metáforas é imajénes que emplea, és unas veces indolente y perezosa, animada y rápida otras; pero siempre sencilla, siempre verdadera, siempre melancólica.

Su vena, abundante, fácil y grata, es inagotable; como él mismo lo dice,—«las coplas le brotan como agua de manantial.»

Aquí me pongo á cantar
Al compás de la vigüela,
Que el hombre que lo desvela
Una pena estraordinaria,
Como la ave solitaria
Con el cantar se consuela

Pido á los Santos del Cielo
Que ayuden mi pensamiento,
Les pido en este momento
Que voy á cantar mi historia
Me refresquen la memoria
Y aclaren mi entendimiento.

Vengan Santos milagrosos
Vengan todos en mi ayuda,
Que la lengua se me añuda
Y se me turba la vista;
Pido á mi Dios que me asista
En una ocasión tan ruda.

. . . .

. . . .

Cantando me he morir,
Cantando me han de enterrar,
Y cantando he de llegar
Al pié del Eterno Padre—
Dende el vientre de mi madre
Vine á este mundo á cantar.

Que no se trabe mi lengua
Ni me falte la palabra—
El cantar mi gloria labra
Y poniéndome á cantar,
Cantando me han de encontrar
Aunque la tierra se abra.

Me siento en el plan de un bajo
A cantar un argumento —
Como si soplara un viento
Hago tiritar los pastos—
Con oros, copas y bastos
Juega allí mi pensamiento.

Yo no soy cantor letrao,
Mas si me pongo á cantar
No tengo cuando acabar
Y me envejezco cantando,
Las coplas me van brotando
Como agua de manantial.

Con la guitarra en la mano
Ni las moscas se me arriman,
Naides me pone el pié encima.
Y cuando el pecho se entona,
Hago gemir á la prima
Y llorar á la bordona.

No puede darse nada más acabado como prueba de abundancia y de facilidad.

Cuando describe, pinta, y sus cuadros son vivos y animados como la naturaleza misma.

Yo he conocido esta tierra
En que el paisano vivía
Y su ranchito tenía
Y sus hijos y mujer.....
Era una delicia el ver
Cómo pasaba sus dias.

Entonces.... cuando el lucero
Brillaba en el cielo santo,
Y los gallos con su cantos
Nos decían que el día llegaba,
'A la cocina rumbiaba
El gaucho que era un encanto.

Y sentao junto al jogón
A esperar que venga el día,
Al cimarrón le prendía
Hasta ponerse rechoncho,
Mientras su china dormía
Tapadita con su poncho.

. . . .
. . . .

Venía la carne con cuero,
La sabrosa carbonada,
Mazamorra bien pisada
Los pasteles y el güen vino....
Pero ha querido el destino,
Que todo aquello acabara.

. . . .
. . . .

No me faltaba un guasca
Esa ocasión eché el resto:
Bozal, maniador, cabresto,
Lazo, bolas y maneas...
¡El que hoy tan pobre me vea
Talvez no crerá todo esto!!

Todo esto es bellísimo; pensamiento, descripción, versificación. El recuerdo del tiempo pasado, la madrugada, la comilona, y el candoroso recuerdo de las guascas que constituían sus riquezas, son preciosidades que enternecen, que encantan y trasportan al lector á la estancia, al rancho, á la yerra, á todas esas escenas sencillas y tocantes que hacen la felicidad del paisano y su familia—felicidad real porque está en la naturaleza, y que solo *Martin Fierro* ha sabido pintar con sus verdaderos colores.

Por lo que á mí hace, puedo decir que no he visto en las mejores descripciones de Walter Scott y de Fenimore Coopper, nada que iguale á la sencillez, naturalidad y belleza de éstas.

Tiene todavía en este género, y entre un cúmulo de bellezas en que es dificil elegir, un cuadro sin rival, en que competen la grandeza del terror, en que todo es bello, todo es tremendo; tremendo el espanto, tremendo el pavor que inspira. Este cuadro es el malón del Indio.

Allí, si, se ven desgracias
Y lágrimas, y afliciones,
Naides le pida perdones
Al Indio—pues donde entra
Roba y mata cuanto encuentra
Y quema las poblaciones.

No salvan de su juror
Ni los pobres angelitos;
Viejos, mozos y chiquitos;
Los mata del mesmo modo—
Que el Indio lo arregla todo
Con la lanza y con los gritos.

Tiemblan las carnes al verlo
Volando al viento la cerda—
La rienda en la mano izquierda
Y la lanza en la derecha—
'Ande enderieza abre brecha
Pues no hay lanzazo que pierda.

¿Y qué decir de la última estrofa?

¿Quién no vé con espanto ante sus ojos al indio feroz y bárbaro, sediento de sangre, ávido de destrucción y carnicería; desnudo, desmelenado y terrible, lanza en ristre hiriendo y matando con furor cuanto encuentra, viejos, mujeres y niños?

Tiemblan las carnes al verlo
Volando al viento la cerda—
La rienda en la mano izquierda
Y la lanza en la derecha—
Ande enderieza abre brecha,
Pues no hay lanzazo que pierda.

Esto es soberbio, magnífico, y hasta la versificación por su vigor, su rapidez, y su pavorosa eufonía, es grande y digna de la pintura que traza. En ningun idioma puede hacerse nada mejor.

El sentimiento que en todo el canto rebosa, es dulce hasta lo tierno; penetrante hasta el dolor.

De este último hemos dado ya una muestra al describir su llegada á su rancho.

Puedo asigurar que el llanto
Como una mujer largué
'Ay mi Dios! si me quedé
Mas triste que Juéves Santo.

Hé aquí ahora algunos del primero, de ese sentimiento dulce, preñado de tierna melancolía que brota del alma, y cuyos acentos quejumbrosos y resignados, salen lentos y pesarosos como pulsaciones de un corazón dolorido.

Y atiendan la relación,
Que hace un gaucho perseguido,
Que padre y marido ha sido
Empeñoso y deligente,
Y sin embargo la gente
Lo tiene por un bandido.

. . . .
. . . .

Junta esperiencia en la vida
Hasta para dar y prestar,
Quien la tiene que pasar
Entre sufrimiento y llanto;
Porque nada enseña tanto
Como el sufrir y llorar,

. . . .
. . . .

Tuve en mi pago en un tiempo
Hijos, hacienda y mujer,
Pero empezé á padecer,
Me echaron á la frontera,
¡Y qué iba á hallar al volver!
Tan solo hallé la tapera.

Sosegado vivía en mi rancho
Como el pájaro en su nido—
'Allí mis hijos queridos
Iban creciendo á mi lao...

Solo queda al desgraciao
Lamentar el bien perdido.

. . . .
. . . .

No tiene hijos, ni mujer,
Ni amigos, ni protectores,
Pues todos son sus señores
Sin que ninguno lo ampare.

Su casa es el pajonal,
Su guarida es el desierto;
Y si de hambre medio muerto
Le echa el lazo á algun mamón,
Lo persiguen como á plaito
Porque es un gaucho ladrón.

Y si de un golpe por ay
Lo dan güelta panza arriba,
No hay un alma compasiva
Que le rece una oración—
Tal vez como cimarrón
En una cueva lo tiran.

. . . .
. . . .

Para él son los calabozos
Para él las duras prisiones—
En su boca no hay razones
Aunque la razón le sobre,
Que son campanas de palo
Las razones de los pobres
Si uno aguanta, es gaucho bruto—
Si no aguanta es gaucho malo—
Déle azote! déle palo!
Porque es lo que él necesita!!
De todo el que nació gaucho—
Esta es la suerte maldita.

. . . .
. . . .

Y en esa hora de la tarde
En que tuito se adormece
Que el mundo dentrar parece
A vivir en pura calma
Con las tristezas del alma
Al pajonal enderieze.

Bala el tierno corderito
Al lao de la blanca oveja;
Y á la vaca que se aleja
Llama el ternero amarrao—
Pero el gaucho desgraciao
No tiene á quien dar su queja.

Esta es la verdadera poesía, la poesía del dolor y del alma. ¡Cuántos volúmenes de necedades brillantes contienen las Bibliotecas, cuyo jugo esprimido, no vale el pensamiento y la ternura de estos pocos versos!

—

La vida nómade que emprende, respira la poesía animosa, elevada y melancólica del desierto. El aislamiento, el espacio y el silencio lo inspiran, y canta la Noche, la Soledad y el Peligro:

Y al campo me iba solito
Mas matrero que el venao—
Como perro abandonao
A buscar una tapera,
O en alguna viscachera
Pasar la noche tirao.

Sin punto ni rumbo fijo
En aquella inmensidá
Entre tanta oscuridá
Anda el gaucho como duende,
Allí jamás lo sorprende
Dormido, la autoridá.

Su esperanza es el coraje,
Su guardia es la precaución
Su pingo es la salvación,
Y pasa uno en su desvelo,
Sin mas amparo que el cielo
Ni otro amigo que el facón.

. . . .
. . . .

Ansi me hallaba una noche
Contemplando las estrellas
Que le parecen mas bellas
Y que Dios las háiga criao
Cuanto uno es mas desgraciao,
Para consolarse en ellas.

Les tiene el hombre cariño
Y siempre con alegría
Ve salir las tres marias
Que si llueve, cuanto escampa,
Las estrellas son la guía
Que el gaucho tiene en la pampa.

. . . .
. . . .

Me encontraba como digo,
En aquella soledá
Entre tanta oscuridá
Echando al viento mis quejas
Cuando el grito del chajá
Me hizo parar los orejas.

Como lumbriz me pegué
Al suelo para escuchar,
Pronto sentí retumbar
Las pisadas de los fletes,
Y que eran muchos ginetes
Conocí sin vacilar.

. . . .
. . . .

Me refalé las espuelas
Para no peliar con grillos,
Me arremangué el calzoncillo,
Y me ajusté bien la faja.
Y en una mata de paja,
Probé el filo del cuchillo,

Para tenerlo á la mano
El flete en el pasto até,
La cincha le acomodé,
Y en un trance como aquel,
Haciendo espaldas en él
Quietito los aguardé:

Cuando cerca los sentí
Y que ay no mas se pararon
Los pelos se me herizaron;
Y aunque nada vian mis ojos,
«No se han de morir de antojo»
Les dije cuando llegaron.

En la refriega que tuvo con la Policía, fué socorrido por *Cruz*, otro gaucho desgraciado y perseguido como él, y como él valiente y poeta. Se hacen amigos; *Cruz* le cuenta su historia que es la misma de *Fierro* y de todos los gauchos; y al hablarle de su querida lo hace con una pasión y un sentimiento que honrándolo á él, honra y ennoblece á la mujer de campaña.

Yo tambien tuve una pilcha
Que me enllenó el corazón
Y si en aquella ocasión
Alguien me hubiera buscao—
Siguro que me había hallao
Más prendido que un botón.

. . . .
. . . .

Quién es de una alma tan dura
Que no quiera una mujer!
Lo alivia en su padecer:
Si no sale calavera,
Es la mejor compañera
Que el hombre puede tener.

Si es güena, no lo abandona
Cuando lo vé desgraciao,
Lo asiste con su cuidao,
Y con afan cariñoso
Y usté tal vez ni un rebozo
Ni una pollera le ha dao.

¡Cuán noble y hermoso es este retrato de la mujer americana, única que sin interés adhiere y sacrifica por el hombre que ama!

Y usté tal vez ni un rebozo
Ni una pollera le ha dao.

Hé aquí la mujer tal como la hizo la naturaleza, y tal como es todavía en nuestros campos. ¡Lástima que no pueda decirse otro tanto de todas las de las ciudades, donde estos ejemplos son ya bastante raros!

Cruz y *Fierro* unidos por la amistad y recíproco interés, abandonan sus pagos, y se van á los indios. — Nada mas natural que este pensamiento y el modo de ejecutarlo — Los proyectos, el raciocinio, y el lenguaje se sostienen hasta el fin con el mismo interés con que empezó la historia.

Véase la conclusión que queda estereotipada en la mente del lector.

. . . .
. . . .

Si hemos de salvar ó nó—
De esto naide nos responde,
Derecho ande el sol se esconde
Tierra adentro hay que tirar,
Algun día hemos de llegar...
Despues sabremos á donde.

No hemos de perder el rumbo
Los dos somos güena yunta—
El que es gaucho va ande apunta,
Aunque inore ande se encuentra;
Pa el lao en que el sol se dentra
Dueblan los pasos la punta.

. . . .
. . . .

Allá habrá seguridá
Ya que aquí no la tenemos,
Ménos males pasaremos,
Y ha de haber grande alegría,
El día que nos descolguemos
En alguna toldería.

Fabricaremos un toldo
Como lo hacen tantos otros,
Con unos cueros de potro
Que sea sala y sea cocina,
¡Tal vez no falte una china
Que se apiade de nosotros!

. . . .
. . . .

El que maneja las bolas,
El que sabe echar un pial,
Y sentársele á un bagual
Sin miedo de que lo baje,
Entre los mesmos salvajes
No puede pasarlo mal.

. . . .
. . . .

Cruz y Fierro de una estancia
Una tropilla se arriaron—
Por delante se la echaron
Como criollos entendidos,
Y pronto sin ser sentidos
Por la frontera cruzaron.

Y cuando la habían pasao,
Una madrugada clara
Le dijo Cruz que mirara
Las últimas poblaciones
Y á Fierro dos lagrimones
Le rodaron por la cara.

. . . .
. . . .

Las citas casi igualarían al texto, si hubieran de citarse todas sus bellezas; pero sobra con lo hecho para formarse una idea de la obra.

Habrá gente, sin embargo, para quienes las bellezas del pensamiento y de poesía de que está profusamente sembrada, no serán tales bellezas, por la razón soberanamente estúpida de que el estilo y el lenguaje, sean gauchescos; como si bajo todas las lenguas y estilos no pudieran

manifestarse con propiedad y elevación los sentimientos del alma, los quejidos del dolor, los encantos de la poesía!

Para tales gentes valdrá mas un millar de embustes, de sandeces y absurdos, referentes á pueblos y costumbres que no conocen ni les interesan, pero que estén penosamente bruñidos con el limado y violento estilo de Victor Hugo, con el esmerado y florido de Lamartine; ó el festivo de Dumas, que la verdad animada de estos cuadros, en que todo es real, vivo, interesante y bello. A tales gentes es preciso comprenderlas.

Concluiremos repitiendo, que como pensamiento poético, y como ejecución, es lo mejor que hemos visto en su género; y créemos muy difícil, por no decir imposible que pueda superarse.

Tengo pues la satisfacción íntima de felicitarlo por una creación que hace tanto honor á su corazón como á su talento; que honra altamente á la literatura de su país; que conservará para siempre ese tipo característico, cuyo original está próximo á desaparecer, pero que no morirá mientras haya imprentas para reproducirlo, y que puede gloriarse con razón de haber eternizado.

Esperando que nuevas obras de su pluma me proporcionen solaces agradables como los que esta me ha dado, quedo—
Suyo Servidor y amigo.

Juan Maria Torres.

Montevideo, su casa, Febrero 18 de 1874.

Vamos á publicar en seguida una carta del mismo Sr. Torres rehusando su aprobación al título de JUCIO CRITICO con que encabezamos su trabajo, y que él encuentra desmasiado pretensioso, limitándose á darle modestamente el de APRECIACIONES.

Nos permitiremos antes de hacerlo, decir dos palabras muy breves al respecto.

Como observa con muchísima propiedad el Sr. Torres, no siendo *Martin Fierro* una obra de arte, no pueden aplicársele sus reglas, y hacer á su respecto un juicio crítico literario.

Pero sus *Apreciaciones* han seguido otro rumbo, y han ido por consiguiente mas allá, penetrando profundamente en la índole y la intención del libro que examinaba; ha descubierto en él, con espíritu sagaz y fina observación, el sentimiento que comunica vida y movimiento á cada uno de los cuadros, que él mismo acaba de poner en relieve con tan exquisito pulso, y con observaciones de tal carácter y de tanto alcance; que lo que él llama modestamente APRECIACIONES, no es nada ménos sino un JUICIO FILOSOFICO SOCIAL, en que se ven mezcladas á cada paso, observaciones de un orden grave y elevado con reflexiones sugeridas por una serena cuanto profunda moralidad y animado todo él por un sentimiento vivo y delicado de la belleza y de la poesía.

El Sr. Torres le ha abierto á *Martin Fierro*, puertas donde sus formas incultas, no le daban el derecho de solicitar entrada.

El, en efecto, se sustrae á la crítica literaria.—Es el tipo de una raza.

Es el hijo de la naturaleza, como el Sr. Torres lo ha llamado; es el cantor del Desierto.

No tiene maestro, ni otra escuela que la de sus desgracias.

No tiene otra inspiración que la de sus propio afectos, y los écos que brotan de su alma, son los trasportes de su alegría ó los ayes de su dolor, naturales, fáciles y espontáneos, no modelados por el arte, no empalidecidos por la ficción, ni avivados por el esfuerzo de su inteligencia

Es inculto, es agreste, pero es real y verdadero.

Canta, porque nació cantor. — Es gaucho, y se ha entrado al Parnaso en potro.

Sin que estas líneas sirvan de respuesta al Sr. Torres, ni tengan mas objeto que emitir las breves observaciones que hemos consignado en ellas, nos complacemos en

publicar su carta, á la cual hemos hecho referencia.

Es la siguiente:,

Señor D. José Hernandez.

Su casa, Febrero 23 de 1873.

Estimado señor y amigo:

He visto en *La Patria* que se dá el título de JUICIO CRITICO á las APRECIACIONES que hice de su bella obra, *Martin Fierro*.

Permítame mi amigo, que rehuse mi aprobación á un título tan pretensioso pues no tiene base desde que esa obra por la especialidad de su carácter, no está ni puede estar sujéta á la crítica literaria.

Para que *Martin Fierro* pudiera ser objeto de crítica, era preciso que fuera una obra de arte, sujeta á sus reglas y por consiguiente á su aplicación—no siéndolo—no pueden aplicársele, luego no puede hacerse un juicio crítico sobre ella.

Martin Fierro es un gaucho verdadero, lejítimo, hijo puro de la naturaleza, que no sabe lo que es arte y ni aun conoce los elementos del idioma que habla; es el cantor inspirado del desierto que arroja al aire torrentes de poesía inculta, pero hermosa como la calandria ó el gilguero, sus trinos y gorgeos.

No pueden, pues, aplicársele los preceptos de un arte que no conoce, ni de una gramática que no ha estudiado. Lo mas que puede hacerse con él, es lo que yo hice, saborear sus bellezas: ir mas allá sería una pretension absurda. Y es esto precisamente lo que constituye su mérito pues acaso tiene mas valor real, y mas bellezas poéticas, bajo el tosco lenguaje que emplea, que muchas obras que se dan por modelo de corrección y de arte.

Le agradeceré tenga á bien publicar ésta, á continuación del último trozo de mis *Apreciaciones sobre Martin Fierro*, como un correctivo al título de JUICIO CRITICO, con que aparecieron.

Juan Maria Torres.

BIBLIOGRAFIA

MARTIN FIERRO

Señor D. José Hernandez.

Tratándose de juzgar un libro, ni Vd. ni yo gustamos de hacer floreos literarios, yendo siempre derechos al bulto, al punto objetivo ó como quien dice, al eje ó muelle espiral sobre que describe su rotación el argumento. Aplicando tan económico sistema para darle mi opinión sobre *Martin Fierro*, no me detendré en decir donde faltó á las leyes de la rima, ni cual ripio debiera desaparecer y si hay éste ó aquel concepto contrario á la buena prosodia.

Solo juzgando ensayos juveniles es pertinente detenerse en la parte elemental de la composición; pero como Vd., á lo que entiendo, no está en el caso de aprender el mejor empleo de las sinalefas y otras figuras didácticas del divino arte, voy sin rodeos á manifestarle mis impresiones.

Repetidas veces he saboreado las bellezas contenidas en las bien descritas aventuras de su héroe, creación bellísima por la doble faz, riente y sombría, con que se dibuja en gigantesco relieve, esto sin contar con lo sabroso de la crítica con que Vd. decora su admirable cuadro.

Su trabajo, escrito sin duda por mero pasatiempo, responde á tendencias dominantes en su espíritu, preocupado desde larga fecha por la mala suerte del gaucho: y es la manifestación cumplida de sus simpatías en favor de esos pobres parías, condenados por los abusos del poder á vivir constantemente armados del sable, creando y destruyendo situaciones que siempre concluyen por serles adversas. En las luchas civiles, la peor parte ha sido para ellos; y durante la paz armada en que los caudillos han mantenido la República, el campamento y los fortines los han alejado de la vida laboriosa y de los sagrados vínculos del hogar, relajando la constitución de la familia y bastardeando las generaciones: convirtiéndolos en nómades habi-

tantes de nuestras inmensas praderas, cuando no están sujetos al yugo del servicio, que es un lote en el repartimiento de los bienes de la libertad por cuya conquista tantos años han pugnado.

Martin Fierro és la encarnación de la multitud: órgano reproductor del lamento de los gauchos sujetos al bárbaro servicio de fronteras que, como una onda poderosa, viene á estrellarse ante la indiferencia granítica de los gobiernos.

Si aquí tuviéramos un público capaz de reivindicar los derechos del hombre y del ciudadano, agredidos en el habitante nativo del campo, su libro habría producido el efecto maravilloso alcanzado en la América del Norte por « La Cabaña del TIO TOM », porque uno y otro son producto de la mas sublime filantropía. Levantar una raza abatida, devolviéndole las condiciones civiles y políticas que el abuso arrebató atrevidamente, es la tendencia de ambos libros: allá se atacaba una institución legal y sin embargo triunfó el grito de la naturaleza, en tanto que aquí el pobre gaucho es flagelado sin derecho y por un simple abuso de fuerza.

Lo dicho, relativamente al objeto, y por lo que respecta á su tipo, no vacilo en decirlo que, sin pretenderlo, ha dejado Vd. muy atrás á nuestros payadores en cuanto al fondo y oportuna elección de la estrofa. La décima no, la usa el gaucho sino en composiciones breves de amor ó en felicitaciones, y el romance asonantado nunca: evitando estos escollos y haciendo uso del sexteto octosílabo, la imitación de los trobos campesinos es perfecta.

Los que han manejado este género entre nosotros, poseyendo el medio literario, desconocían las peculiaridades de moral, de filosofía, de religión y aun de política que hacen del gaucho un sér excepcional, difícil de medirlo en el cartabón de los compadritos dicheros.

El *compadre* en la campaña, es la depuración incorrecta de la sencillez rústica que perdiendo todo su sabor original, se aproxima y entremezcla con el *compadre* de la ciudad, degeneración correcta del habitante culto; y en esa zona que deslinda la civilización de la barbárie, los predios rústicos de los urbanos; término medio del estado social argentino, se desenvuelve la existencia bullanguera del tipo estudiado para representar al gaucho, y que en su eterna manía de espectabilizarse, hace grotesco lo que es bello.

En este concepto, Vd. se hallaba en condiciones ventajosas para desarrollar su tésis, porque habiendo vivido por mucho tiempo en contacto con el gauchaje de las cuatro provincias litorales, y siendo como es, un observador fino y de criterio, tenía que ofrecernos en sus cuadros la verdad, eterna fuente de la belleza; y si á esto se agrega un fácil manejo de la lengua y gran respeto á los preceptos literarios, terminaré dinciendo: que mi como aspiración noble á favor de los habitantes del campo, ni como crítica de los abusos cometidos en el servicio de fronteras, ni como interpretación del gaucho moralmente juzgado, he tenido, hasta hoy, la ocasión de leer algo que le aventaje.

Queda de Vd. S. S. S. y amigo

Mariano A. Pelliza.

Marzo 27 de 1873.

BIBLIOGRAFIA

MARTIN FIERRO

Acaba de darse á la publicidad un pequeño libro con el título con que encabezamos estas líneas.

El brillante éxito que ha obtenido en la Campaña, nos ha llamado la atención y sea dicho de paso, empezamos su lectura con cierta desconfianza que se explica en los numeros chaxos de que es víctima nuestro público en materia de composiciones literarias.

Sin embargo, debemos confesar que el libro en cuestión, está muy léjos de ser lo

que generalmente se llama *un fiambre;* su argumento no puede ser mas verosímil, ni sus personajes mas verídicos. Su autor, el Sr. Hernandez, antiguo redactor del «Rio de la Plata», nos demuestra que conoce profundamente las costumbres del campamento y los secretos del fogón, nos enseña el aduar del hombre semi-salvaje con toda la desnudez vergonzosa de su realidad.

Pero hay escenas que indudablemente no las comprenderá sino la persona que haya vivido algun tiempo en el campamento, imájenes que solo el que haya cruzado errante nuestras dilatadas pampas podrá valorar.

Con el grosero lenguaje de los habitantes del campo, hace apreciaciones pintorescas y de un colorido magnífico—exibiéndonos tipos que solo Ascasubi y Del Campo han descrito con éxito en nuestros días.

A pesar de que no somos partidarios de este género de literatura, porque creemos que para herir la imaginación de las masas no se necesita escribir en el lenguaje liberal con que ellas manifiestan sus pensamientos, porque como ha dicho un notable literato oriental—*se puede sentir en gaucho y expresare en lenguaje culto y castizo*, enseñando á las generaciones del porvenir como se sentía en nuestra época, preocupándose poco de como se expresa el sentimiento lo que á la verdad poco importará á nuestros sucesores; sin embargo la composición del Sr. Hernandez tiene tan hermosos pensamientos, ideas de poesía natural tan elevadas y exquisitas, que se puede perdonar la forma en que se presentan á la imaginación impresionable del pueblo de nuestras campañas, seguro que el mas ignorante paisano comprenderá el fondo de verdad y aun la moral del argumento.

El mas extraño á nuestras costumbres populares, verá brillar en medio á las tinieblas que se proyectan del cuadro de salvaje ignorancia que el autor describe, brillantes luces, que el mismo fondo oscuro hace notables, aumentando su magnitud.

En medio de la ceguedad del fanatismo supersticioso, y de los mas groseros vicios, se destacan hermosas flores que se revelan por su exquisito per fume á pesar del estilo y de la forma.

Martin Fierro no es el tipo del gaucho patriota, que allá en la alborada de nuestra independencia, nos describía Hidalgo: entusiasta, indomable y cristiano.

No es, tampoco, el gaucho que nos exhibe Ascasubi luchando por las libertades de su Patria en los ejércitos de Paz ó de Lavalle—ni menos el paisano semi-educado que nos pinta Del Campo en su popular «Fausto»—*Martin Fierro*, es una creación de otro género—es el hijo desheredado de una raza de centauros, envilecido perseguido y menospreciado por la sociedad en que vive, engendro miserable de la guerra civil y la ignorancia, con todo el caudal de pasiones que puede abrigar en su corazón un sér humano, y sin siquiera el derecho de manifestarlas libremente—verdadero pária de nuestros días, pero indomable; ignorante, pero con arranques de nobleza; resistiéndose á ser arrastrado al ignominioso servicio de frontera y batiéndose como un león con la partida del pago—Ginete como un tártaro, fuerte como un atleta, práctico en las inmensurables sendas del desierto como un árabe, sufrido, sobrio, como nadie en el mundo—esto es algo de lo que el autor nos hace conocer en su tipo, y á la verdad que la creación no ha podido ser más feliz.

Aquí, en los grandes centros de población, nadie se cuidará del tipo; todo el mundo ignora que á esa raza de hombres que va desapareciendo empujada por las brisas de la civilización se le deben nuestra indipendencia y nuestras libertades!!

Felicitamos ardientemente al señor Hernandez por su hermoso trabajo, y desearíamos que siguiera en esa senda, haciéndonos escuchar en ese género la lira casi abandonada de Ascasubi y de Del Campo.

Lautaro.

(El Mercantil, Febrero 6 de 1873).

BIBLIOGRAFIA

El gusto por la lectura está formado y generalizado gratamente en todo el territorio de la República Argentina.

La escuela y la Biblioteca Popular están desparramadas hasta las mismas faldas de los Andes. En la Rioja, el lugar mas apartado y que se consideraba la provincia menos culta de la Confederación Argentina, se siente el movimiento expansivo de la civilización, sacudiendo á todos sus habitantes del marasmo intelectual que los dominaba, comunicándoles por medio del libro nueva vida y presentándoles rientes perspectivas.

El lector de la ciudad, no tiene naturalmente exijencias especiales y privilegiadas por determinados libros. Lee todo lo útil, todo lo bueno y malo que nos envian las prensas europeas, y todo lo que arrojan á la publicidad las casas editoras que tenemos.

Pero, conseguir que el habitante de las campañas lea sin fastidiarse, lea con provecho y queden en su imaginación impresiones nobles y permanentes, es algo mas sério de lo que á primera vista parece. En el espíritu del labriego es menester que el libro ó la anécdota moral dejen huellas; es nesesario que la enseñanza que su rústica inteligencia adquiere, no se pierda ni se extinga, combatidas por las costumbres incultas y las faenas rudas del campesino.

¿Cómo, pues, conseguir pasto intelectual aparente y fructuoso para el gaucho de nuestras llanuras? Ni el señor Sarmiento que estudiaba interesadamente el problema, pudo descubrir la incógnita de di, escurenciéndola mas bien con las reducciones inconvenientes que aconsejaba.

No tiene punto alguno de contacto el *saguatter* de las selvas norte-americanas, con el semi-salvaje gaucho del desierto. Son dos naturalezas totalmente distintas, sin afinidades que las aproximen, pues las obras de Dickens que recrean al labrador americano, prepararían la siesta de los que viven en el *rancho*.

En el campamento del ejército que luchaba por la causa hermosa de la civilización cisalpina, tiene origen una escuela literaria que de tarde en tarde hace prosélitos entre nosotros.

Aniceto el Gallo es tambien un tipo á lo Byron, á lo Quintana, á lo Bello, etc. Es gefe de escuela, autor de una literatura destinada á quitarle al desierto y á la ignorancia, sus mas preciosas preseas.

Coetáneo con el insigne Figueroa, iniciaron en buena hora un género de publicación, que era como la primer semilla arrojada en terrenos feraces y propicios para cosechas compensadoras.

El ejemplo que ellos daban, encontró, como dijimos ya, de cuando en cuando imitadores.

El estilo gaucho poético despertaba en la imaginación precoz de nuestros poetas, deseos loables de seguir la estela de Aniceto, pero no lo conseguían siempre, porque no se penetraban íntimamente de la perfecta originalidad que distingue al gefe, y se iban á estrellar, sin quererlo, en el género que cultivaba Moore ó en las canciones inimitables de Beranger.

Por mucho tiempo pues, el cetro lo ha tenido Ascasubi, aunque *Anastasio el Pollo* hubiera hecho conatos para arrancárselo.

Hoy se ha retirado Ascasubi de la arena en que se lanzó ardoroso y espléndido; se refugia en el hogar con la misma grandeza y majestad con que se asilaban en los *Inválidos*, los restos que quedaban de los heróicos tercios del viejo Imperio.

Pero así como á esa generación homérica del valor y el patriotismo francés, le sucedió otra nueva digna de recojer la herencia; así ha encontrado Ascasubi con el autor de *Martin Fierro*, un sucesor que, hará mas todavía que conservarla intacta, que la enriquecerá, pues tiene dotes privilegiados para conseguirlo.

En todas las librerías de esta ciudad está modestamente hospedado un folleto de humile apariencia, pero que ejercerá en los palacios de las capitales, en los ranchos de la campaña ó en los toldos del desierto, la influencia bienhechora y sola-

zante que nos producían en otro tiempo los poemas de Aniceto.

D. José Hernandez (su autor) ha pintado con la misma inspiración y destreza que Ruguendas y Monvoisin ese cuadro de la naturaleza americana, de este lado del continente, que exije en el artista potencia de genio y conocimiento acaudalado de detalles.

Martin Fierro es el héroe del poema del Sr. Hernandez; *Martin Fierro* es un gaucho completo, sin rival, sin padres conocidos, sin amigos de infancia, sin nada que lo ligue á la rutina que ha caracterizado á otras creaciones idénticas á la del Sr. Hernandez.

A Montero, cuando concluyó su cuadro *Los funerales de Atahualpa*, le dijeron en Florencia, y por labios muy autorizados, que no pintara mas. Nosotros sin ser mas que admiradores, diríamos á Hernandez que se perpetúe solo con *Martin Fierro*.

Al leer las páginas interesantes de *Martin Fierro*, nos hemos reconciliado con el infeliz *gaucho*. Francamente, lo queriamos mal. El chiripá, la bota de potro y el inseparable pañuelo al cuello, nos prevenían siempre desfavorablemente; lo creíamos feroz cuando tal vez pudo ofrecernos techo y alimento en el *rancho* en que pasa su vida.

Uno de esos dramas que se producen alguna vez en las llanuras argentinas, mezcla de sentimientos generosos y costumbres bárbaras, es lo que pinta el Sr. Hernandez. Las boleadoras, la maneja, el redomón, las caronas, etc., todo ese vocabulario originalísimo de la vida gauchesca, campea en *Martin Fierro*. Es un paseo que se hace á la pampa. Es algo más: leyéndolo, se hace la ilusión de haber vivido cinco, diez, quince años en compañía de *Martin*: es decir, en pleno desierto, en el mismo aduar. Es imperecedera la impresión que deja en el ánimo; mas poderosa aun para el lector del Rio de la Plata, que la que produce Cooper leyendo su *Trampero*.

Desconfiamos de haber escrito con acierto.

Estas líneas las trazamos inmediatamente que concluimos la sabrosa lectura que nos ha proporcionado la inteligencia chispeante y original de Hernandez.

La *Biblioteca Popular* de las campañas argentina ú oriental, está obligada á tener en sus estantes á *Martin Fierro*.

Cuando el local de la biblioteca sea visitado por algun gaucho, de esos arrogantes y esbeltos, de *pingo* arábigo y *recado* de plata, y reviste la publicación de que nos hemos ocupado, exclamará, estamos seguros: *¡Martin Fierro es otro yo!*

La Tribuna de Montevideo, editorial de 23 de Marzo de 1873.

Este articulo fué reproducido por la _La Patria_ de Lima con algunos fragmentos del libro.

BIBLIOGRAFIA

JOSÉ HERNANDEZ

(Autor del Gaucho Martin Fierro)

Si nosotros fuéramos susceptibles de sentir orgullo, ó almenos de confesarlo conociéndolo, nunca tendríamos mejor oportunidad para manifestarlo, que en estos momentos, al haber escrito el nombre del distinguido escritor que encabeza este artículo.

Pero nuestro orgullo, sería orgullo nacional.

Hijo de una nación, que bien pudiera decirse que recien empieza á la vida del progreso y de la civilización, nos sentimos enaltecidos en cada uno de nuestros compatriotas que avanzan un paso en el engrandecimiento nacional.

José Hernandez pertenece á la carrera de las letras.

Entre los muy pocos obreros que trabajan para darnos una literatura propia, hoy ocupa un lugar distinguido este valiente publicista, cuya fecunda imaginación nos ha dado las bien concluidas pájinas de *Martin Fierro*.

En esta obra, se hace la mas viva y acabada pintura de la drámatica existencia de nuestros gauchos, cuyo tipo caballeresco se va perdiendo, ó se ha bastardeado

con el contacto de la civilización que empieza á extenderse en la campaña. *Martin Fierro*, es una leyenda de coloridos tan naturales y patéticos, tan rica de novedad, tan filosóficamente historiada la vida errante del gaucho, tan llena de fuego y de pasión como de ternura y sentimiento, que viene á colocar á su autor entre los primeros poetas argentinos.

Porque el *Martin Fierro* es, á nuestro entender, una joya literaria que está destinada á embellecer nuestras bibliotecas.

Pero no siendo nuestro ánimo hacer la crítica del precioso libro de Hernandez, vamos á volver al punto de partida.

Con todo lo que se relaciona con nuestra naciente literatura, somos como el avaro ante su tesoro, le damos la importancia de nuestra codicia nacional, de nuestro amor á lo bello, de nuestra fé en los triunfos futuros de la inteligencia argentina.

Por esto hablamos con entusiasmo de *Martin Fierro*.

Y este legítimo entusiasmo se exalta mas cuando vemos lo bien que ha sido recibida esta obra en el extrangero.

El autor de *Martin Fierro* se le distingue en Nueva-York, dándole un lugar preferente en una Asociación Literaria.

En un periódico español se reproduce su obra haciéndole los más justicieros encomios.

En París están publicando en el popular «Correo de Ultramar» el *Martin Fierro*, honor que pocos trabajos literarios de la República Argentina han alcanzado.

De Norte-América han solicitado la adquiescencia del autor para hacer una edición de lujo, cuyo tiraje será de muchos miles.

Tambien se ha pedido el retrato de Hernandez y algunos apuntes biográficos, para que precedan á la obra; reservándose allí hacer el juicio crítico de esa producción del Rio de la Plata.

Con tal motivo, véase lo que dice una correspondencia de Nueva-York, dirigida en Agosto á *La Tribuna* de Montevideo.

« En algun periódico español, no re-
« cordamos bien si de las Antillas ó de
« la Península, hemos leído por décima
« vez á Magariños Cervantes en su *Celiar*
« A continuación y con un pequeño pre-
« ámbulo del editor, hemos regalado
« nuestra imaginación con la lectura de
« *Martin Fierro*, por el Sr. D. José Her-
« nandez. Piezas de ese genero, que carac-
« terizan tipos nacionales que han de
« llevar á la posteridad el retrato fiel é
« imperecedero de un pueblo, no debe-
« rían quedar, segun nos informa el pre-
« ámbulo aludido, archivadas en poder
« de un círculo de amigos.

« *Martin Fierro*, primo hermano de *Ce-
« liar*, como la ha bautizado el editor
« citado, ha despertado el deseo de im-
« primir seis mil ejemplares en tipo her-
« moso y papel de lujo, siendo este nú-
« mero el calculado fácil de colocar en
« los países de lengua española mas in-
« mediatos á este. Para el objeto es nece-
« sario la autorización del señor Hernan-
« dez ó del poseedor del derecho de pu-
« blicación.

« Al intercalar esto, que es ageno al
« argumento de la presente corresponden-
« cia, lo hacemos para que sirva de aviso
« á quienes pudiera interesar. Si se qui-
« siera favorecer nuestro proyecto, esti-
« maremos se nos remita propuesta ce-
« rrada y rotulada « Equis-New-York »
« remitiendo el paquete á la oficina de
« *La Tribuna* de Montevideo, el cual, no
« lo dudamos, nos será remitido por esos
« amables editores.

« Rogamos tambien, en caso que fuese
« aceptada nuestra idea, se nos remita
« una copia fotográfica del autor Sr. Her-
« nandez, y algunos apuntes biográficos
« de él. Estos dos objetos, contribuirán
« en mucho al embellecimiento de la
« obra.

« Hacemos votos por la felicidad del
« Sr. Hernandez, á quien hemos cedido
« ya un lugar de preferencia en nuestra
« asociación Literaria. ¡Que la patria al
« bendecir su nombre, le entone un him-
« no de admiración! » (*).

(*) La extensa correspondencia de que han sido copiados los anteriores párrafos, es de Nueva York Junio 30 de 1873, y publicada en *La Tribuna* de Montevideo, el 24 de Agosto del mismo año

La obra de Hernandez, pues, ya es popular en el extranjero y ha dado á su autor una justa celebridad.

En tanto ¿qué ha hecho la prensa Argentina?

¿Se ha ocupado acaso de recorrer sus páginas, de formular su juicio, de saludar siquiera á su autor.

No; ha callado con el abandono que le es peculiar, cuando se trata de las figuras distinguidas que se levantan entre nosotros.

¡Mezcla de egoismo y de indiferencia, donde no brota una chispa de ese fuego santo, que en el lenguaje patriótico, llámase orgullo nacional!!

Nosotros no creamos reputaciones, antes bien, devoramos nuestros hijos, á semejanza del dios de la fábula.

Ese egoísmo en lo que se relaciona á los hombres que han de dar una literatura á nuestro país, nos lleva hasta cometer actos de grandes injusticias.

Hace algun tiempo que hemos pedido, por la prensa, se nos remitan apuntes biográficos de hombres que se hayan distinguido en la literatura, en el foro, en el clero, en las armas, en la política, en algo, en fin, ya como próceres de la pátria, como mártires, como amigos de la humanidad. Este pedido lo hicimos por habérnoslo encomendado el bibliógrafo Sr. Cortés, que está para emprender la publicación de un Diccionario Biográfico Americano, y que quería que en él figurase dignamente la República Argentina.

Sin embargo que hemos hecho este llamado varias veces, hasta hoy ni por amor al país, ni como recuerdos de familia, se nos ha enviado un solo apunte para poder mandar al Diccionario.

En este mismo mes hemos anunciado la publicación del *Parnaso Argentino*, trabajo del mismo literato señor Cortés, permitiéndonos rogar á nuestros colegas presten su valioso apoyo á esa obra nacional, y nadie nos ha honrado contestando á nuestra invitación.

Esto ¿qué significa?

¿Así es posible tengamos literatura, si se mira con tanto menosprecio los primeros trabajos que han de formar la base de su monumento?

Triste es decirlo, pero al paso que vamos, tarde ó nunca llegaremos al Helicon, donde no sería tan difícil trepar en alas de esa inteligencia, que como un don del cielo, chispea con tanta superabundancia desde las orillas del Plata hasta las nevadas cumbres de los Andes.

Cárlos Calvo es una reputación europea, y en la República Argentina no se conocen sus obras.

Alberdi es mas respetado en el extranjero por sus grandes talentos, que en nuestro país, donde es raro encontrar uno de sus libros.

Y así muchos prohombres en las letras como en el foro, á quienes su pátria olvida.

¿Quién conoce la obra de Hernandez, sin embargo de haberse anunciado en las librerías?

Sus compatriotas los argentinos, muy pocos; pero en cambio ya es aplaudida en la Banda Oriental, en Norte-América, en España y en Paris. Muy pronto será conocida en todas partes del mundo, donde haya quien hable el idioma de Cervantes.

¿Y eso, á quién lo debemos? — á los extranjeros que nos honran.

Al cerrar este artículo, solo sentimos que nuestra pobre pluma haya tenido que ocuparse de la literatura nacional, cuando hay tantos escritores que si hubieran emprendido esta digna tarea, hubieran podido estimular, entusiasmando á la noble juventud que se levanta en la arena literaria.

Nosotros hemos creído cumplir con un deber, al rendir este pobre homenaje al inspirado autor de *Martin Fierro*.

(*El Mercurio* del Rosario).

Este articulo fué transcripto en *La Tribuna* de Montevideo de 13 de Diciembre de 1873.

MARTIN FIERRO *

Bello poema, que hábil pinta
Nuestra raza primitiva,
No ya salvaje, cautiva
De la clase superior,
Que entre la casa y la tolda,
Entre la ciudad, la pampa,
Vive libre, en ranchos campa,
Sin Cacique ni Señor.

El hombre civilizado
La oprime de aquí y estrecha,
Hambrienta, de allí, la acecha,
Del salvaje, la crueldad,
Ni tan culta ni tan fiera,
Que á uno ú otro le haga amigos,
Sónle á la vez enemigos,
El desierto y la ciudad.

Y si el espíritu eleva,
En sus horas sin consuelo,
Halla apénas viendo al cielo,
Su Dios y su religión.
Mas queda al gaucho sin patria,
En su horfandad y pobreza,
La madre Naturaleza,
Sus fuerzas, su corazón.

Entonces busca en su pecho
La dulce paz, la alegría,
Y halla fuente de poesia
Inagotable en su amor.
Este endulza sus dolores
En él templa sus pasiones,
Díctale coplas, canciones,
Tiernas, de suave color.

Y entre trabajos y penas,
Sin cuidarse del mañana,
No vé que tiene cercana
Su noche—¡raza infeliz!...
Que en un crepúsculo vive;
Y las luces, la cultura
Disipándolo, á otra altura,
La encaminan mas feliz.

Y, cuando al fin, desaparezca
De nuestro suelo Argentino,
Siguiendo el ancho camino
De la civilización;
No lo lloren el progreso,
Ni la ciencia, ni la gloria;
No conserven su memoria
La moral, la religión.

Pero en el pecho Argentino,
Habrá siempre dulce afecto,
Por ese tipo perfecto
De nuestra raza en embrión.
El gaucho cuidó el ganado,
El gaucho sembró la tierra,
Dulce en la paz, fiero en la guerra,
Héroe, bardo y dócil peon.

Es colono primitivo,
Rudo, osado y solitario,
Valiente y hospitalario,
Sin amaños, sin doblez,
Como la pampa, sombrío,
Como el Plata, caprichoso,
Y cual pampero, animoso,
Toma al ombú su altivez.

A nadie pidió la idea,
Ni la espresión, ni el sentido,
Costumbre, idioma, vestido
Original se dará.
Con su traje pintoresco,
Su cribado calzoncillo,
En el cinto su cuchillo,
Su poncho, su chiripá.

Junto al fuego de su rancho,
Mira al campo, su cosecha....
Y en la guitarra, su endecha,
En vez de canto, es gemir...
Ultimos écos del vate,
Que contempla decadente
Su raza, y al fin presiente,
Que vá á dejar de existir...

No perecerán con ella
Su historia, su fiel retrato;
De *Martin Fierro* el relato,
Su recuerdo hará inmortal;
Que es el poema de la vida,
Le vida de un pueblo entero,
En su génio verdadero,
En su tipo virginal,

En sus usos y costumbres,
Virtudes, vicios, pasiones,

* Esta composición la estractamos del bello tomo de poesias que con el titulo «El Peregrino del Plata», acaba de dar á la publicidad el distinguido argentino Dr. José Maria Zubiria.

Sentimiento, inspiraciones,
Alma, lengua, corazón;
Y con tal verdad descrito,
Que aunque haya desaparecido,
Ha de escapar al olvido
El *gaucho* en ese Pantheon.

1875.

Cartas poéticas al poeta colombiano Jorge Isaac, por Salvador Mario.

CARTA ÚLTIMA

Jorge: Vuelvo á tomar mi humilde péñola
Para escribirte la tercera carta,
Sobre un recuerdo que tus dulces versos,
Trajeron á mi alma.

Recordé, al suspirar tus bellos cantos,
Las *décimas* que al son de la guitarra
Entona, tristemente *Martin Fierro*
Al borde de la Pampa.

Ese agreste cantor, que simboliza
La miserable vida de una raza
Que espera, como él dice, que algun criollo
Gobierne en esta patria!

¡Raza infeliz que, con la fé sublime
Del que lleva en el alma una esperanza,
Espera que algun Cristo la redima
De su culpa soñada!

¡Cuántos, amigo Jorge, de sus hijos
Merecen que en el centro de una plaza
Se les eleve un monumento eterno
Por sus grandes hazañas!

¡Cuántos, porque nacieron en América
No tienen ni un recuerdo ni una lágrima,
Habiendo muerto como grandes héroes,
Luchando por la patria!

¡Cuántos hay que merecen la aureola
Del genio de las musas agraciadas,
Y que no se les dá, porque se inspiran
Muy lejos de la Francia!

Martin Fierro, el poeta sin laureles,
En el silencio de la noche canta,
Con voz de doloroso sentimiento,
Sus ímprobas desgracias.

Y no advierte que canta las de todos
Los que nacen al borde de la Pampa,
Los que saben luchar como leones
En las grandes batallas!

No advierte que en sus *décimas* monótonas
Hay destellos rosados de alborada
Iluminando un mágico paisáje,
De tierra americana.

No advierte que hay relámpagos de tarde
Clareando la llanura solitaria,
Donde palpita la mirada eterna
Del Dios de las borrascas!

No advierte que la vida de los campos
Con colores espléndidos retrata:
¡Con los colores que le presta el Iris
Del cielo de la patria!

En la verdad él busca la poesia,
Y en la verdad de sus colores la halla,
Como una fresca y cándida violeta
En medio de unas zarzas.

Del *payador* humilde, *Martin Fierro*,
Te envío, Jorge, las hermosas páginas,
Léelas á orillas del modesto *Nima*.
En tu valle del Cáuca.

Sin más, amigo, te saluda atento,
Desde una *tosca* del inmenso Plata,
El que, á pesar de Avellaneda, admira
Los versos que tú cantas!

Salvador Mario.

Buenos Aires, Diciembre 17 de 1877.

« Desde 1862 hasta la fecha se han in« vertido 23 millones de fuertes, solo en « las fronteras, y si á esto se agrega el « aumento de las propriedades particulares « perdidas, el decaimiento de la indu« stria, la depreciacion de la tierra, el « trastorno que causa el servicio forzado, « el cautiverio de centenares de personas « y la muerte de mayor número, tenemos « que retroceder espantados ante este « cuadro de desolación y ruína, cuya exac« titud parecería sospechosa, si no estu« viese confirmada por hechos que todos « conocen, de una incontestable eviden« cia. »

. . . .

« Parece que el despotismo y la cruel« dad con que tratamos á los pobres pai« sanos, estuviese en la sangre y en la « educacion que hemos recibido. Cuando « ven al hombre de nuestros campo, al « modesto agricultor, envuelto en su man« ta de lana, con su poncho á la espalda, « les parece que ven al indio de nuestras « Pampas, á quien se creen autorizados

« para tratar con la misma dureza é injusticia, que los conquistadores empleaban con los primitivos habitantes de la America. »

. . . .

« Cuando se quiere mandar un contingente á la frontera, ó se quiere organizar un batallon, se toma por sorpresa ó con sorpresa al labrador y al artesano, y mal de su grado, se le conduce trincando á las filas. »

Oreno—Discurso en el Senado, Sesion del 18 de Octubre de 1869.

« Cuando la gritería ha llegado á su ultimo punto, cuando ha venido á comprobarse que las guarniciones de los fortines eran insuficientes, que estaban desnudas, desarmadas, desmontadas y hambrientas, solo entónces se ha visto que, por una especie de pudor y á pesar de sus denegaciones, el Ministerio trataba de enviarles siquiera lo indispensable para mitigar el hambre y cubrir la desnudez de los soldados. »

La Nación, Noviembre 14 de 1872

EL PAYADOR

En un espacioso rancho
De amarillentas totóras,
En derredor asentadas
De una llama serpeadora,
Que ilumina los semblantes
Como funeraria antorcha,
Hirviendo el agua en el fuego,
Y de una mano tras otra
Pasando el sabroso mate
Que todos con gusto toman,
Se pueden contar muy bien
Como unas doce personas,
Pero están con tal silencio,
Con tanta calma reposan,
Que solo se escucha el éco
De guitarra gemidora,
Mezclado con los acentos
De una voz que melancólica,
Murmura tan dulcemente
Como el viento entre las hojas.
Es un payador, que tierno
Alza allí sentida trova,
Y al compás de su guitarra
Versos á raudales brota;
Pero versos expresivos,
De cadencia voluptuosa,
Y que expresan tiernamente
De su pecho las congojas.
Es verdad que muchas veces
La ingrata rima cohorta
Pensamientos que grandiosos
Se traslucen mas no asoman,
Y como nocturnas luces
Al irradiar se evaporan.
La fantasía sujeta
En las redes del idioma,
No permite que se eleve
La inspiración creadora,
Ni que sus altivas alas
Del arte los grillos rompan,
Ni que el instinto del génio
Les trace una senda propia,
Mostrándole allá en los cielos
Aquella ansiada corona,
Que iluminando el espacio
Con su luz esplendorosa
Vibra un rayo diamantino
Que el númen del vate esponja
Para embeber fácilmente
De su corazón las gotas,
Y destilarlas despues
Con el llanto de la aurora
Convertidas en cantares
Que vuelan de zona en zona.
¡Y cuántas veces no obstante
Sus desaliñadas coplas
Sin esfuerzo ni trabajo
Como las tranquilas ondas,
Una á una, dulcemente,
Van saliendo de su boca!
O derrepente veloces,
Penetrantes, ardorosas,
Se escapan como centellas
Y el fondo del alma tocan!
Porque su maestro es
La naturaleza sola,
A quien ellos sin saber
A oscuras y á tientas copian.
Así el cantor sin curarse
De reglas que no le importan,
Sigue raudo y caprichoso
Su bien comenzada trova.

CELIAR *Alejandro Maga-Cervantes*

CARTA DEL Sr. HERNANDEZ

(á los editores de la octava edicion)

Señores Editores:

Sin ningun interés egoista, ni aun de amor proprio siquiera, deseo á Vds. un éxito feliz en su pequeña empresa.

¡Ojalá que el público compense con generosa protección, no el mérito de la obra que Vds. van á ofrecerle, que es bien escaso ciertamente, sino sus esfuerzos y los sacrificios empleados para hacerse de ella una edición abundante y esmerada.

Permítanme Vds. manifestarles ahora la confianza con que espero de su fina atención, que reserven á esta carta un pequeño espacio entre las páginas del folleto, porque anhelo satisfacer en ella una deuda de gratitud que tengo para con el público, para con la prensa Argentina y mucha parte de la Oriental; para con algunas publicaciones no americanas, y para con los escritores que dignándose ocuparse de mi humilde trabajo, lo han ennoblecido con sus juicios ofreciéndome á la vez, sin ellos procurarlo, la recompensa mas completa y la satisfacción mas íntima.

Hace apenas dos años que se hizo la primera edición de *Martin Fierro* en un pequeño número de ejemplares.

Su aparición fué humilde como el tipo puesto en escena, y como las pretensiones del autor.

Algunos diaros de Buenos Aires y de la Campaña, como « La República, » « La Pampa, » « La Voz del Saladillo » y otros, dieron cuenta al público de la aparición de aquel *gaucho*, que se exhibía cantando en su guitarra las desgracias y los dolores de su raza.

Las recomendaciones eran hechas en conceptos lisongeros y honrosos y los resultados fueron completamente favorables.

Antes de dos meses estaba agotada la edición, tras de la que han venido otra y otras, hasta la 8° ó 9° que Vds. preparan ahora.

Y ven Vds. cuán difícil me será satisfacer la deuda de agradecimiento que me impone la acogida dispensada á ese harapiento cantor del desierto.

La prensa Argentina en general, ha honrado tambien con una benevolencia obligante las trovas del desgraciado payador, y en una misma época, ó sucesivamente, los cantos de *Martin Fierro* han sido reproducidos íntegros ó en extensos fragmentos por « La Prensa, » « La República » de Buenos Aires, « La Prensa de Belgrano, » « La Epoca » y « El Mercurio » del Rosario, « El Noticiero » de Corrientes, « La Libertad » de Concordia, y otros periódicos cuyos nombres no recuerdo, ó cuyos ejemplares no he logrado obtener.

Así al consignar aquí los nombres de esos obreros del pensamiento, en que se

encuentran representados todos los matices de la opinión, deseo significar con este recuerdo un legítimo agradecimiento, haciéndolo extensivo á muchos órganos de la prensa Oriental, como «La Tribuna» y «La Democracia» de Montevideo, «La Constitución» y «La Tribuna Oriental» de Paysandú, que, ó lo han reproducido integro ó en parte, ó lo han favorecido con sus juicios, popularizando la obra, y honrando al autor.

La publicación ilustrada «El Correo de Ultramar» le brindó en sus columnas acojida que no podía ambicionar jamás esa creación humilde, nacida para respirar las brisas de la Pampa, y cuyos écos solo pueden escucharse, sentirse y comprenderse en las llanuras que se extienden á las márgenes del Plata.

Por lo que respecta á los escritores cuyos fallos honrosos colocan Vds. al frente de la nueva edición, ellos comprenderán los sentimientos que me animan, con solo manifestarles mi persuación íntima de que, el éxito que pueda alcanzar en lo sucesivo, lo deberá casi en su totalidad á esos protectores, que han venido galante y generosamente á abrirle al pobre *gaucho* las puertas de la opinión ilustrada.

Ellos son autores, y de producciones ciertamente de mayor mérito que la mía, aunque de diverso género, y ellos saben por experiencia propia, cuán íntima satisfaccion derrama en el espíritu de quien ve su pensamiento en forma de libro, el ver ese mismo libro hojeado por los hombres de letras, honrado, con su aprobación y prestigiado con su aplauso.

Aquí podría, y hasta quizá debería poner término á esta carta, puesto que he cumplido los principales objetos que he tenido en vista; pero sea el hábito que se forma todo el que se pone en frecuentes confidencia con el público, ó sea cualquiera otra razón, lo cierto es, que siento la necesidad de dar expansión á mis ideas, y de dejar correr libremente el pensamiento siquiera por algunos instantes.

Quizá tiene razón el Sr. Pelliza al suponer que mi trabajo responde á una tendencia dominante de mi espíritu, preocupado por la mala suerte del gaucho.

Mas las ideas que tengo al respecto, las he formado en la meditación, y despues de una observación constante y detenida.

Para mí, la cuestión de mejorar la condición social de nuestros gauchos, no es solo una cuestión de detalles de buena administración, sino que penetra algo mas profundamente en la organización definitiva y en los destinos futuros de la sociedad, y con ella se enlazan íntimamente, estableciéndose entre sí una dependencia mútua, cuestiones de política, de moralidad administrativa, de régimen gubernamental, de economía, de progreso y civilización.

Mientras que la ganadería constituya las fuentes principales de nuestra riqueza pública, el hijo de los campos, designado por la sociedad con el nombre de *gaucho*, será un elemento, un agente indispensable para la industria rural, un motor sin el cual se entorpecería sensiblemente la marcha y el desarrollo de esa misma industria, que es la base de un bienestar permanente y en que se cifran todas las esperanzas de riqueza para el porvenir.

Pero ese *gaucho* debe ser ciudadano y no paria; debe tener deberes y tambien derechos, y su cultura debe mejorar su condición.

Las garantías de la ley deben alcanzar hasta él; debe hacérsele partícipe de las ventajas que el progreso conquista diariamente; su rancho no debe hallarse situado mas allá del dominio y del límite de la Escuela.

Esto es lo que aconseja el patriotismo, lo que exije la justicia, lo que reclama el progreso y la prosperidad del país.

No se cambia en un año, ni en un siglo á veces, la planta de la riqueza pública de una Nación.

Muchas falsas teorías, muchos principios erróneos, y que eran aceptados hasta hace pocos años como axiomas á los cuales estaban obligadas á ajustarse todos los ideas, han venido á ser destruídos por los adelantos de la ciencia, y por los fantásticos progresos que el genio del hombre realiza á cada instante.

Así ha sucedido en todas las ciencias, así sucede por lo tanto en las ciencias sociales.

Sus verdaderos principios, como todos los que forman el mas sólido fundamento del progreso humano, son contemporáneos de la América, unos, de la libertad de América, lòs mas.

Antes no se admitía la idea de un pueblo civilizado, sino cuando había recorrido los tres grandes períodos de pastor, agricultor y fabril.

La intransigente severidad de tales principios, exigía el tránsito de un pueblo por esas tres evoluciones de la economía industrial, para discernirle el título de cultura, que de otra manera no lograba alcanzar jamás.

Un pueblo pastor, significaba una sociedad embrionaria, colocada en el primer periodo de su formación, y elaborando lentamente en su seno los elementos que debían elevarlo en la escala de la civilación, que el error y el atraso habían graduado.

Pero tales errores no son de la época, y el progreso moderno en todas sus manifestaciones, se ha encargado de disiparlos totalmente.

El vapor, dando seguridad y facilidades á la navegación, los ferro-carriles suprimiendo las distancias, el telégrafo ligando entre sí á todas las sociedades civilizadas, han convertido al mundo en un vasto taller de producción y de consumo.

La actividad de los cambios circula en las inmensas arterias de ese cuerpo formado por un planeta, con facilidad y rapidez, y sus efectos se extienden en cada grupo social hasta el mas lejano de los miembros que lo componen.

Los pueblos no viven ya en el aislamiento, que los condenaba á marchar paso á paso, realizando lentamente las conquistas destinadas á asegurar su progreso y su perfeccionamiento.

Hoy, sus evoluciones son menos tardías, llevan impreso otro sello, y obedecen á otra tendencia.

En nuestra época, un país cuya riqueza tenga por base la ganadería, como la Provincia de Buenos Aires y las demás del litoral Argentino y Oriental, puede no obstante ser tan respetable y tan civilizado, como el que es rico por la agricultura, ó el que lo es por sus abundantes minas, ó por la perfección de sus fábricas.

La naturaleza de la industria, no determina por sí sola los grados de riqueza de un país, ni es el barómetro de su civilización.

La ganadería puede constituir la principal y mas abundante fuente de riqueza de una nación, y esa sociedad, sin embargo, puede hallarse dotada de instituciones libres como las mas adelantadas del mundo; puede tener un sistema rentístico debidamente organizado, y establecido sólida y ventajosamente su crédito exterior; puede poseer Universidades, Colegios, un periodismo abundante é ilustrado; una legislación propia, círculos literarios y científicos; pueden marchar formando parte de la inmensa falange de los civilizadores de la humanidad, sus publicistas, sus oradores, sus juriconsultos, sus estadistas, sus médicos, sus poetas; y seguir de cerca las huellas de las escuelas mas adelantadas sus ingenieros, arquitectos, pintores y músicos; cultivar finalmente, con igual éxito y con honroso afan, todos los demás ramos de utilidad ú ornato, que forma la esfera recorrida por la actividad de la inteligencia humana en su giro infatigable y luminoso.

De estas ideas, á darle á un libro la tendencia que se ha observado en el que nos ocupa, no hay distancia que recorrer.

Sus límites se tocan visiblemente.

Terminaré en pocas palabras mas.

Para abogar por el alivio de los males que pesan sobre esa clase de la sociedad, que la agobian y la abaten por consecuencia de un régimen defectuoso, existe la tribuna parlamentaria, la prensa periódica, los clubs, el libro, y por último el folleto, que no es una degeneración del libro, sino mas bien uno de sus auxiliares, y no el menos importante.

Me he servido de este último elemento, y en cuanto á la forma empleada, el juicio solo podría pertenecer á los dominios de la literatura.

Pero en este terreno, *Martin Fierro* no sigue, ni podía seguir otra escuela, que la que es tradicional al inculto payador.

Sus desgracias, que son las de toda la clase social á que pertenece, despiertan

en los que participan de su destino, un interés fácil de explicar; pues si la felicidad aleja, el infortunio aproxima.

¡Ojalá que *Martin Fierro* haga sentir á los que escuchen al calor del hogar la relación de sus padecimientos, *el deseo de poderlo leer!*

A muchos les haría caer entonces la baraja de las manos.

A punto de terminar esta carta, recibo un periódico en que se registra una correspondencia del Dr. Ricardo Gutierrez, datada en Paris, en 12 de Julio último.

Interrumpí mi trabajo para leerla, aunque rápidamente, pero con el interés que me inspira cuanto sale de la pluma de ese distinguido compatriota, que parece pertenecer á aquella civilización antigua que nos admira todavía, y de la que se dijo: que todos los poetas eran sabios, y todos los sabios eran poetas.

Me permito trascribir algunos párrafos de esa correspondencia, y juzgue el lector de la oportunidad y motivo de la reproducción.

Habla el Dr. Gutierrez:

«Por todas partes donde caminamos en las capitales del mundo, nos seduce un espectáculo grandioso; cada hombre del pueblo vive de un arte, de un oficio, de una profesion; la Francia es hecha por franceses y el Brasil por los brasileros, y así cada nación culminante con todo lo que encierra y vale, desde el fondo de la alcantarilla hasta la cruz de la torre.

«Educar el pueblo, quiere decir aqui darle medios de vida por la enseñanza de el trabajo, que es el título de su significacion social, el radio por el cual converge al circulo de las naciones civilizadas y su base de órden, de progreso, de aspiracion y de paz; y así los europeos creen sociedades primitivas á las naciones sud americanas, porque las ven ausentes en los concursos de Exposicion. El que mira sin pasion este criterio, lo encuentra ajustado á la verdad, porque los arcos y flechas del Chaco y los trozos de materia bruta que hemos dado por muestra de nuestra existencia en los certámenes de las artes y la industria universales, retrogradan lealmente hasta los tiempos de la conquista nuestra significacion social. Allí es donde á veces ha oprimido el corazon esta bárbara pregunta:

«—Y los gauchos de allá ¿son antropófagos?

—No señor, he respondido,—son cristianos, pastores, son agricultores y jornaleros; los famosos ginetes de la tierra; son criaturas de un corazon noble y bravo, de una inteligencia sorprendente; son hospitalarios, sobrios y generosos y habituados á tan enormes trabajos rurales, que son los únicos que no les sean disputados por el incesante concurso de la inmigración.»

Bien, pues, creo que las figuras colocadas en escena en el *Martin Fierro*, no desmienten ni contradicen esos rasgos de la fisonomía moral y del carácter distintivo de nuestros gauchos, trazados con rapidez, pero con exactitud, por el autor de los párrafos que acaban de leerse.

Termino esta, con la satisfacción de hallar de este modo robustecida y confirmada mi opinión, con la de un observador prudente, á quien el espectáculo de la civilización Europea, no ha debilitado sus simpatías y su admiración por la naturaleza Americana, con todas sus grandezas y con todos sus defectos.

Pido á Vds. humildemente disculpa por la demasiada extensión que he dado á esta carta, y me ofrezco.

A. S. S.

José Hernandez.

Montevideo, Agosto 1874.

AL PÚBLICO

Al decidirnos á dar á luz una nueva edicion de *Martin Fierro*, es en vista de la gran aceptacion con que ha sido recibido, desde los mas adelantados centros literarios hasta las cocinas de nuestras estancias fronterizas.

Los numerosos pedidos que se han hecho constantemente de la campaña, en donde, así como en la ciudad, hace mas de ocho meses que no se encuentra un solo ejemplar en venta, constituyen una demostracion práctica de la gran popularidad de este libro, que uno de sus críticos ha llamado con justicia *El Tio Tom*, de la República Argentina.

En el Estado Oriental no ha sido menos aplaudido, agotándose por completo, en poco dias, la edicion repartida allí.

Martin Fierro es incuestionablemente el libro mas popular de cuantos han producido los ingenios de nuestro país; es el primero que sale de nuestras prensas y obtiene los honores de la reproduccion y comentarios de las prensas europeas.

En menos de un año, ha dado la vuelta al mundo, sin que hubiera tenido el apoyo de los anuncios bombásticos, ni el patrocinio de la prensa periódica.

Aunque nos sea penoso, fuerza es confesarlo: solo cuando se ha visto la gran aceptacion que esto libro tenía en los paises extranjeros, la prensa de nuestro país se apercibió de su mérito, lo estudió y lo hizo conocer como el verdadero *drama de la Pampa*, que no solamente viene á poner de relieve las desgracias que sufren nuestros paisanos sino que trasmitirá á las generaciones venideras una fotografía fiel de la índole, costumbres, hábitos y lenguaje de ese sér tan calumniado como digno de encomio, que se llama el «Gaucho Porteño.»

El primer periódico extranjero que lo reprodujo fué el «Correo de Ultramar»; lo siguió un periódico Español y otros de las Antillas, lo que hizo que una sociedad literaria establecida en Nueva-York, acordase á su autor el titulo de miembro honorario de ella.

Lo han reproducido tambien en Montevideo, en la «Tribuna Oriental» de Paysandú, en «La Epoca» del Rosario, en «El Noticioso» de Corrientes, en «La Prensa de Belgrano,» en «El Pueblo» de San Nicolás y en otros que no recordamos.

En la Capital ha sido reproducido casi íntegro por «La Pampa,» «La Prensa,» «La República,» y «La Libertad.»

A contar de ese momento, *Martin Fierro* ha adquirido una popularidad que ningun libro ha alcanzado en nuestro país, y nosotros creémos prestar un verdadero servicio al hacer de él una nueva edicion.

LOS EDITORES DE LA 8 EDICION.

No hace todavia un año que se efectuaba un tiraje de 4,000 ejemplares y era esa la octava edicion de *Martin Fierro*. Posteriormente se hizo la novena reimpresion en la ciudad del Rosario, estando ya agotadas todas, á punto de faltar ejemplares para los numerosos pedidos que sin cesar llegan de las Provincias, Banda Oriental y Campaña de Buenos Aires.

Esto nos ha decidido á procurarnos el derecho de darle á la stampa una décima edicion depurando el texto de errores tipográficos de que no ha sido posible expurgar por completo as precedentes.

El tiraje actual es de cinco mil cópias, y con él podremos servir durante algunos meses la demanda constante y siempre creciente que de todos los pueblos Sud-Americanos se hace buscando este libro orijinal, que en medio del choque de tantos intereses ha conseguido labrarse una posicion envidiable en las letras argentinas.

Su autor, el señor Hernandez, no ha querido hacer las mejoras que en su concepto reclama el plán orgánico de su produccion. El ha caído en cuenta que se expodnria á desvirtuar una de sus principales condiciones de popularidad, la sencillez, la incorreccion misma con que se aproxima muchas veces al sentimiento estético del gaucho. El, como muchos de sus amigos y críticos, opina que cuanto mas se acerque literariamente su poema á las artesonadas academias, tanto mas se desviará de la senda que conduce al rancho; y sin hacer desaire á los lectores ilustrados, el *Martin Fierro* tiene su liceo en la Pampa; y es despues de las fatigas de la yerra, en las tardes serenas de la esquila ó cuando el labrador ha entregado la dorada simiente al surco donde germina la mies, que los cantos de su héroe endulzan la veada en la modesta vida del campo.

Donde hay un lector y un cuaderno de *Martin Fierro*, la baraja y la taba están ociosos y los gauchos sentados é inmóviles á la incierta luz de un mal candil, pasan horas enteras entregados al canto de esa pintura vivaz é ingeniosa de los dramas animados y palpitantes del desierto.

Este libro lleva en sus páginas los gérmenes fecundos de una reaccion moral en las costumbres argentinas. El despierta sentimientos nobles y dulces en los habitantes del campo, modifica sus hábitos y llegará á rehabilitarlos en el concepto público.

Hacer que el gaucho lea ó escuche lo que comprende, aquello que es capaz de analizar formando juicio sin necesidad de intérprete, es ir desarrollando gradualmente su inteligencia. El choque de ideas humildes, si bien varoniles, rebotando en su cerebro, le enseñará á diseñarse un progreso tanjible en su sér moral.

Al gaucho es preciso hablarle de lo que le rodea: el círculo de su pensamiento es estrecho y no abarca lo que no es sensible á los sentidos.

Ensayar su mejora sin buscar el apropiado elemento, es gastar tiempo y dinero sin resultado. Poner á su alcance un libro como el presente, es dar principio á la hermosa tarea de levantar su espíritu al nivel de su valor, haciendo de él un verdadero ciudadano, un auxiliar ilustrado de la democracia.

Buenos Aires, Enero de 1876.

Los Editores de la 10. edicion.

Cuando hace dos años se anunció un tiraje de cinco mil ejemplares del *Martin Fierro*, los que no saben apreciar la boga y popularidad de este poema, vaticinaron que con este número habria para medio siglo. Empero, semejante cálculo ha resultado tan erróneo que es ya necesario precipitar una reimpresion porque no se encuentra un solo ejemplar en las librerias.

Al tomar á nuestro cargo esta edicion XI, creemos llenar una exijencia vivamente sentida por el público de la campaña y provincias, de donde afluyen numerosos y constantes pedidos.

El *Martin Fierro* es hoy considerado como la produccion mas insinuante y de trascendental influencia en las costumbres y civilizacion de las masas campesinas.

Libro de alta crítica y de profunda filosofía, encubierta bajo la forma galana del verso, atrae y seduce los lectores; educa y moraliza el sentimiento del paisano agreste, y despierta el afan de leerlo en la inteligencia adormecida del mas ignorante de nuestros gauchos.

Tan singular produccion, que causa maravilla cuando se estudia el progreso de su carrera, no vive y ensancha su crédito por una belleza literaria, que no le falta, sino porque destinada especialmente á defender una clase abatida por los abusos del poderoso, cada uno de esos habitantes de la campaña necesita buscar en la lectura la razon de su derecho, casi siempre desconocido, y tener á la vista el drama palpitante del sufrimiento y de la desolacion, que una política errada presenta cada dia en las vastas soledades del desierto.

Su autor, el señor Hernandez, persiste en no hacer alteraciones á su brillante trabajo, fundándose en los motivos que adujo en el prólogo de la edición precedente. Por nuestra parte encontramos atinada esta resolución, creyendo que si el *Martin Fierro* se ha popularizado con algunos lunares, es porque esos lunares contribuyen al favor público que le rodea en la vasta extensión de la República Argentina, por cuyos apartados ranchos van distribuidos hasta la fecha mas de cuarenta mil ejemplares; circunstancia que lo constituye el único libro de autor argentino que haya merecido tan constante como decidida proteccion.

Buenos Aires, Julio de 1878.

Los Editores de la 11. edicion.

IMPORTANTE CARTA DEL EDITOR DE LA 11.ª EDICION

Buenos Aires, Julio 15 de 1882

Señor D. José Hernandez.

Mi estimado señor.

Cumplo gustoso el deber de comunicar á Vd. que acabo de vender el último número de la edicion de *ocho mil* ejemplares de su popular *Martin Fierro*, segun el contrato que celebramos en Agosto 8 de 1878, y cuya numerosa edicion se puso á circulacion el 1 de Diciembre del mismo año. Al dar á Vd. este aviso, no solo me guia el propósito de cumplir un deber de mi parte, sino tambien comunicarle un hecho nuévo y sin precedentes en el comercio de libros de esta ciudad.

Cualquier persona, por alejada que viva del movimiento literario, sabe perfectamente cuan difícil es entre nosotros dar circulacion en breve tiempo á una obra nacional no importa cual sea el tema, el autor, el precio ó la oportunidad de su aparicion.

Mi experiencia de largos años en el ramo de libreria, me aconsejaba tomar siempre con prudente reserva las ediciones que se me ofrecían de obras originales del país, ó de traducciones hechas en el mismo, porque la venta morosa, el escaso gusto por la buena lectura, la competencia que hasta hace poco suscitaba la falta de una ley de propiedad literaria, hacian ruinosas, ó por lo menos sumamente peligrosas para un editor las especulaciones que emprendiera.

Pero *Martin Fierro* me ha sorprendido. He colocado sin esfuerzo, sin dificultad, y sin ejercitar medios extraordinarios de publicidad, los *ocho mil* ejemplares de mi contrato con Vd.

Sabía por algunos colegas á quienes Vd. cedió anteriormente el derecho de edición, los buenos resultados que obtuvieron, mas no meconstaba del todo, como me consta hoy por la prueba personal que he ejecutado.

La bibliografía argentina debería recojer y cimentar este verdadero acontecimiento pues tiene notoria significacion, porque se trata nada menos que de una publicacion nacional, cuyo tirage llega ya á la asombrosa suma de cincuenta mil ejemplares, desde el dia que vió por primera vez la luz pública.

No me toca á mí, editor de su obra, entrar en apreciaciones sobre su importancia moral y literaria, acerca de la cual se han pronunciado tan ventajosamente los mas distinguidos críticos de esta República, de otras del Continente y aun de la misma Europa, pero sí me corresponderia ser el eco principal, el testimonio fehaciente de los miles de lectores que han comprado la numerosa edicion hecha en mi casa.

Felicitando al señor Hernandez por el expléndido y merecido éxito que ha alcanzado *Martín Fierro* entre sus compatriotas, y aun entre los que desde el extranjero se interesan por nuestro adelanto intelectual, y literario, solo me resta pedirle me envie una cantidad de la nueva edicion que haga, para responder á los frecuentes pedidos que recibo costantemente, aceptanto la seguridad de mi mayor cosideración y estima.

De V., affmo amigo

José Puig y Clavera.

Casa de V. -- Calle Victoria num. 287.

MARTIN FIERRO

CRITICAS INJUSTAS

ESTÉTICA Y FILOSOFIA

Si la poesia es el espejo mas fiel del alma íntima de un pueblo y el acabado retrato de los caractéres y costumbres del mismo, puede decirse que, la nuestra ha tenido muy pocos representantes.

Hidalgo, Ascasubi, Del Campo y Hernandez, han sido tal vez los únicos poetas argentinos, que sin necesidad de buscar inspiraciones y modelos en los autores extrangeros, han sabido arrancar de sus liras, verdaderos acentos nacionales que reflejan de un modelo tan admirable como gráfico, la fisonomía moral de nuestro pueblo, y el carácter peculiar y distintivo de nuestros antiguos gauchos, pintando, al propio tiempo, con inimitable y opulento colorido, la intensa magestad de nuestra Pampa y de nuestro cielo con todos sus esplendores y delicados perfumes.

Los demas vates, Andrade y Echevarría, Mármol y los Gutierrez, fueron, á pesar de sus relevantes dotes de pensadores profundos y de su inagotable inspiracion, pocas veces desmentida, representantes genuinos, si bien mucho menos directos, del romanticismo avasallador, del neo-clasicismo soberano, ó del naturalismo ó verismo convencionales, por mas de que se diga, por autoridades en materias literarias, que todas estas palabras están desprovistas de sentido, si se desciende al fondo mismo de las cosas.

No me compete á mí—por mas qué pudiera hacerlo—juzgar si Hidalgo, fundador de esta escuela y relegado al olvido por los propios, cumplió ó no con la mision que se impuso; ni si el único móvil de las obras de Ascasubi fué el de hacer que el hombre culto se riera del lenguaje del gaucho, y mucho menos examinar si es ó no cierto que Estanislao del Campo se propuso criticar las obras artísticas por boca de los gauchos. Me guian otras intenciones, figurando en primer término, la de hacer resaltar la injusticia con ques ha ido tratado el autor de Martin Fierro por algunos críticos, eminentemente argentinos y por algunos profesores de literatura, quienes han tenido la avilantez de decir, que, Hernandez era, en union de Ascasubi, *insoportable y prosaico.*

Hace ya mucho tiempo que, llamado á desempeñar la cátedra de literatura en uno de nuestros primeros establecimientos de enseñanza, tuve ocasion de advertir que en los programas correspondientes al curso de 5° año del Colegio Nacional, nada se hablaba de Hernandez, ni en la parte que se refiere á la poesia nacional ni en otra alguna.

Mis dudas y mis vacilaciones, á este respecto fueron grandes, llegando al estremo de leer cuatro ó cinco veces seguidas, tanto la ida como la vuelta de Martin Fierro. Estas dudas solo se disiparon, cuando al aparecer la obra titulada «América Literaria», (coleccion de trozos escogidos de los primeros poetas y prosistas americanos) vi en el prólogo escrito por el doctor Juan Antonio Argerich con referencia á la seccion argentina las siguientes palabras, en que despues de haber juzgado con demasiada parcialidad, por cierto, á Olegario V. Andrade y á Estanislao del Campo, exclama «Qué diferencia con Ascasubi y con Hernandez, lisa y llanamente insoportables y prosaicos!»

Habiendo sido catedrático de literatura en el Colegio Nacional, la persona que esas frases estampaba en un libro que debia tener—como ha tenido—gran circulacion, no podía extrañarme ya, cual era la causa de haber eliminado de los estudios de literatura, el nombre del poeta eminentemente nacional, de que voy á ocuparme, no con la erudicion y detenimiento necesarios, pero sí con la buena fé del que vá á exponer juicios propios que en forma alguna se separan le las reglas del arte, como trataré de demostrarlo.

Para los que así opinan, imperan, desde luego. el charlatanismo, la ingenuidad, el espíritu de sistema y la seca retórica de los pedantes sin facultades creadoras, á quienes tanto critican, siendo por otra parte, letra muerta para ellos, los justos, bien pensados y mejor escritos juicios críticos que habrán de preceder al mío.

No era el señor Hernandez—en mi concepto—el poeta, irresoluto y tímido, ni estaba ajeno de antiguos resabios, aun cuando muchas veces le veamos fluctuar, entre un pasado de que no quisiera apartarse, un presente lleno de corrupcion y de personalismos, y un futuro que le causaba espanto y le llenaba el alma de la melancolía y amargura de que están impregnados algunos de sus magníficos versos.

El autor de Martin Fierro, no es un caso aislado, no obstante el género que dultivó. Mármol, Echevarría y Andrade tambien sufrieron las mismas angustias e ver cómo desaparecian los tiempos casi patriarcales, á impulsos de la civiliza aion y del progreso; progreso que traía consigo refinamientos y costumbres hasta cntonces ignoradas y que al propio tiempo que gustaban de aquellos y de éstas los séres humanos perdian, como per encanto, su adorable sencillez y la ingenuidad que tanto los caracterizaba, en los primeros albóres y aun casi á mediados del siglo de las luces.

El gaucho, en este concepto, era retardatario; costábale gran trabajo desprenderse de sus costumbres; por eso era mirado con recelo; por eso se le trataba injustamente y hasta se le despreciaba. ¿Qué estraño es, pues, que el señor Hernandez haya tronado contra estas injusticias y esos absurdos, tratando al propio tiempo de perpetuar una raza noble, hospitalaria, generosa, varonil, sóbria y trabajadora....?

Martin Fierro, tan enérgico tan arrogante, tan varonil, compendia en sí,—por incomprensible é inexplicable paradoja,— el máximum del valor personal y la suma de la debilidad humana.

Extraño contraste: tiene valor paracuclhar, cuerpo á cuerpo, con diez, con veinte hombres, no importaba con cuantos y no lo tiene para romper con el pasado y seguir la corriente de los demás séres. No quiere matar y mata, ó lo que es lo mismo, tiene valor para hacerlo, pero es débil para resistir los impulsos que le incitan á ello, ó para acatar con resignacion el fallo de la suerte.

Y, sin embargo, Martin Fierro, en los momentos de vacilacion y de desesperacion, cuando vacila ó cuando llora, cuando canta ó cuando rie, es varonil, es fuerte y en esto no se parece ciertamente, ni á Anastasio el Pollo, ni á Santos Vega, ni á Juan Sin Ropa.

Hay algo mas todavía en la obra del señor Hernandez, que no puede pasar desapercibido para ninguna persona inteligente y de mediana instruccion.

Se moteja y se tacha al señor Hernandez de prosaico y de insoportable, y sin embargo—salvo rarísimos períodos—la obra que nos ocupa está completamente encadenada y sujeta, no solamente á los invariables principios de la estética, sino tambien á los de la mas sana filosofía, si bien puestos al alcance de los críticos mas obtusos.

Está encadenada á los principios de la estética, porque no habiendo paleta cuyos colores compitan con la palabra humana, ésta se amolda admirablemente al lenguaje del gaucho, á fin de que no palidezcan en nuestra imaginacion las imágenes de MARTIN FIERRO, de Cruz y del viejo Vizcacha; pinturas todas que pueden competir, á pesar de la diferencia de género, con las de algunos clásicos europeos. La verdad y el colorido de ellas, nos hacen sentir y pensar, obligándonos á terminar la lectura del libro una vez abierto, y hasta, si se nos permite la frase, llorar cuando ellos lloran y reir cuando ellos rien. Si la estética, es la ciencia de la sensibilidad debo confesar que MARTIN FIERRO está sujeta á los principios que ella establece, por cuanto su lectura me ha causado diversas emociones é impresiones.

Considerada la obra que me ocupa, bajo el punto de vista filosófico, debo confesar tambien que su filosofía es tanto mas valiosa cuanto es mas original.

No se verán en ella máximas tomadas de Kant, de Spencer, de Ribot, de Aristóteles ó de otros filósofos, pero en cambio, las que Hernandez pone en boca del viejo Vizcacha, de MARTIN FIERRO y del payador moreno, son además de ser concisas y claras, tan originales como los refranes que Cervantes pone en la de Sancho, ó las máximas que oportunamente coloca el mismo autor en la de *Don Quijote*.

Los *dichos*, pues, refranes, ó máximas de que está sembrada, tanto la ida como la vuelta de MARTIN FIERRO, constituyen la filosofía popular, expresada en lenguaje gauchesco, con expresiones y modismos puramente locales, pero cuyo fondo de verdad no puede negar ninguna persona instruida.

Voy á terminar; MARTIN FIERRO es una obra que descansa en sólidas bases: es el producto de la observacion y de la experimentacion, por cuanto refleja en unas cuantas individualidades, identificándose con ellas, toda una raza entera, que el progreso moderno, en sus multiples manifestaciones, se ha encargado de hacer que desaparezca.

DR. MOORNE

MARTIN FIERRO

MARTIN FIERRO

I

Aquí me pongo á cantar
Al compás de la vigüela,
Que el hombre que lo desvela
Una pena estraordinaria,
Como la ave solitaria
Con el cantar se consuela.

Pido á los Santos del Cielo
Que ayuden mi pensamiento,
Les pido en este momento
Que voy á cantar mi historia
Me refresquen la memoria
Y aclaren mi entendimiento.

Vengan Santos milagrosos,
Vengan todos en mi ayuda,
Que la lengua se me añuda
Y se me turba la vista;
Pido á mi Dios que me asista
En una ocasión tan ruda.

Yo he visto muchos cantores,
Con famas bien otenidas,
Y que despues de adquiridas
No las quieren sustentar:—
Parece que sin largar
Se cansaron en partidas.

Mas ande otro criollo pasa
Martin Fierro ha de pasar,
Nada lo hace recular
Ni las fantasmas lo espantan;
Y dende que todos cantan
Yo tambien quiero cantar.

Cantando me he de morir,
Cantando me han de enterrar,
Y cantando he de llegar
Al pié del Eterno Padre—
Dende el vientre de mi madre
Vine á este mundo á cantar.

Que no se trabe mi lengua
Ni me falte la palabra—
El cantar mi gloria labra
Y poniéndome á cantar,
Cantando me han de encontrar
Aunque la tierra se abra.

Me siento en el plan de un bajo
A cantar un argumento—
Como si soplára un viento
Hago tiritar los pastos—
Con oros, copas y bastos
Juega allí mi pensamiento.

Yo no soy cantor letrao,
Mas si me pongo á cantar
No tengo cuando acabar
Y me envejezco cantando,
Las coplas me van brotando
Como agua de manantial.

Con la guitarra en la mano
Ni las moscas se me arriman,
Naides me pone el pié encima.
Y cuando el pecho se entona,
Hago gemir á la prima
Y llorar á la bordona.

Yo soy toro en mi rodeo
Y torazo en rodeo ageno,
Siempre me tuve por güeno
Y si me quieren probar,
Salgan otros á cantar
Y veremos quien es ménos.

No me hago al lao de la güeya
Aunque vengan degollando,
Con los blandos yo soy blando
Y soy duro con los duros,
Y ninguno en un apuro,
Me ha visto andar tutubiando.

En el peligro, qué Cristos?
El corazón se me ensancha
Pues toda la tierra es cancha,
Y de esto naides se asombre,
El que se tiene por hombre
Ande quiera hace pata ancha.

Soy gaucho, y entiendaló
Como mi lengua lo esplica,
Para mí la tierra es chica
Y pudiera ser mayor
Ni la víbora me pica
Ni quema mi frente el Sol.

Nací como nace el peje
En el fondo de la mar;
Naides me puede quitar
Aquello que Dios me dió—
Lo que al mundo truge yo
Del mundo lo he de llevar.

Mi gloria es vivir tan libre
Como el pájaro del Cielo,
No hago nido en este suelo
Ande hay tanto que sufrir;
Y naides me ha de seguir
Cuando yo remonto el vuelo.

«Yo no tengo en el amor
Quien me venga con querellas;
Como esas aves tan bellas
Que saltan de rama en rama—
Yo hago en el trébol mi cama,
Y me cubren las estrellas.

Y sepan cuantos escuchan
De mis penas el relato
Que nunca peléo ni mato
Sino por necesidá;
Y que á tanta alversidá
Solo me arrojó el mal trato.

Y atiendan la relación
Que hace un gaucho perseguido,
Que padre y marido ha sido
Empeñoso y diligente,
Y sin embargo la gente
Lo tiene por un bandido.

II.

Ninguno me hable de penas
Porque yo penando vivo
Y naides se muestre altivo
Aunque en el estribo esté
Que suele quedarse á pié
El gaucho mas alvertido.

Junta esperiencia en la vida
Hasta pa dar y prestar,
Quien la tiene que pasar
Entre sufrimiento y llanto;
Porque nada enseña tanto
Como el sufrir y el llorar.

Viene el hombre ciego al mundo
Cuartiándolo la esperanza,
Y á poco andar ya lo alcanzan
Las desgracias á empujones;
¡Jué pucha! que trae liciones
El tiempo con sus mudanzas!

Yo he conocido esta tierra
En que el paisano vivía
Y su ranchito tenía
Y sus hijos y mujer . . . . . .
Era una delicia el ver
Cómo pasaba sus dias.

Entonces . . . . . cuando el lucero
Brillaba en el cielo santo,
Y los gallos con su canto
Nos decían que el dia llegaba,
A la cocina rumbiaba
El gaucho que era un encanto.

Y sentao junto al jogón
A esperar que venga el día;
Al cimarrón le prendía
Hasta ponerse rechoncho,
Miéntras su china dormía
Tapatida con su poncho.

Y apénas el horizonte
Empezaba á coloriar,
Los pájaros á cantar,
Y las gallinas á apiarse,
Era cosa de largarse
Cada cual á trabajar.

Este se ata las espuelas,
Se sale el otro cantando,
Uno busca un pellón blando,
Este un lazo, otro un rebenque,
Y los pingos relinchando
Los llaman dende el palenque.

El que era pion domador
Enderezaba al corral,
Ande estaba el animal
Bufidos que se las pela.....
Y mas malo que su agüela
Se hacía astillas el bagual.

Y allí el gaucho inteligente
En cuanto el potro enriendó,
Los cueros le acomodó
Y se le sentó en seguida,
Que el hombre muestra en la vida
La astucia que Dios le dió.

Y en las playas corcobiando
Pedazos se hacía el sotreta
Miéntras él por las paletas
Le jugaba las lloronas,
Y al ruido de las caronas
Salía haciéndose gambetas.

¡Ah! tiempos!... si era un orgullo
Ver ginetiar un paisano—
Cuando era gaucho baquiano
Aunque el potro se boliase,
No había uno que no parase
Con el cabresto en la mano.

Y mientras domaban unos,
Otros al campo salían,
Y la hacienda recogían,
Las manadas repuntaban,
Y ansí sin sentir pasaban,
Entretenidos el día.

Y verlos al cair la tarde
En la cocina riunidos,
Con el juego bien prendido
Y mil cosas que contar,
Platicar muy divertidos
Hasta despues de cenar.

Y con el buche bien lleno
Era cosa superior
Irse en brazos del amor
A dormir como la gente,
Pa empezar al día siguiente
La fainas del día anterior.

¡Recuerdo! ¡Qué maravilla!!
Como andaba la gauchada,
Siempre alegre y bien montada
Y dispuesta pa el trabajo...
Pero al presente... barajo!
No se le vé de aporriada.

El gaucho mas infeliz
Tenía tropilla de un pelo,
No le faltaba un consuelo
Y andaba la gente lista...
Teniendo al campo la vista,
Solo vía hacienda y cielo

Cuando llegaban las yerras,
¡Cosa que daba calor!
Tanto gaucho pialador
Y tironiador sin yel—
¡Ah! tiempos!... pero si en él,
Se ha visto tanto primor.

Aquello no era trabajo,
Mas bien era una junción,
Y despues de un güen tirón
En que uno se daba maña,
Pa darle un trago de caña
Solía llamarlo el patrón.

Pues vivía la mamajuana
Siempre bajo la carreta,
Y aquel que no era chancleta
En cuanto el goyete vía,
Sin miedo se le prendía
Como güéfano á la teta.

Y qué jugadas se armaban
Cuanto estábamos riunidos!
Siempre íbamos prevenidos!
Pues en tales ocasiones,
A ayudarles á los piones
Caiban muchos comedidos.

Eran los días del apuro
Y alboroto pa el hembraje,
Pa preparar los potajes
Y osequiar bien á la gente,
Y ansí, pues, muy grandemente,
Pasaba siempre el gauchaje.

Venía la carne con cuero,
La sabrosa carbonada,
Mazamorra bien pisada
Los pasteles y el güen vino...
Pero ha querido el destino,
Que todo aquello acabára.

Estaba el gaucho en su pago
Con toda seguridá!
Pero aura.... barbaridá!
La cosa anda tan fruncida,
Que gasta el pobre la vida
En juir de la autoridá.

Pues si usté pisa en su rancho
Y si el alcalde lo sabe
Lo caza lo mesmo que ave
Aunque su mujer aborte...
No hay tiempo que no se acabe
Ni tiento que no se corte!

Y al punto dése por muerto
Si el alcalde lo bolea,
Pues hay no más se le apea
Con una felpa de palos,—
Y despues dicen que es malo
El gaucho si los peléa.

Y el lomo le hinchan á golpes,
Y le rompen la cabeza,
Y luego con lijereza
Ansí lastimao y todo,
Lo amarran codo con codo
Y pa el cepo lo endeniezan.

Ay comienzan sus desgracias,
Ay principia el pericón;
Porque ya no hay salvación,
Y que usté quiera ó no quiera,
Lo mandan á la frontera
O lo echan á un batallón,

Ansí empezaron mis males
Si gustan... en otros cantos
Les diré lo que he sufrido—
Lo mesmo que los de tantos,
Despues que uno está... perdido
No lo salvan ni los santos.

III

Tuve en mi pago en un tiempo
Hijos, hacienda y mujer,
Pero empecé á padecer,
Me echaron á la frontera,
¡Y qué iba á hallar al volver!
Tan solo hallé la tapera.

Sosegao vivía en mi rancho
Como el pájaro en su nido—
Allí mis hijos queridos,
Iban creciendo á mi lao...
Solo queda al desgraciao
Lamentar el bien perdido.

Mi gala en las pulperías
Era en habiendo más gente,
Ponerme medio caliente,
Pues cuando puntiao me encuentro,
Me salen coplas de adentro
Como agua de la virtiente.

Cantando estaba una vez
En una gran diversión;
Y aprovechó la ocasión
Como quiso el Juez de Paz...
Se presentó, y hay no más
Hizo una arriada en montón.

Juyeron los más matreros
Y lograron escapar—
Yo no quise disparar—
Soy manso y no había porqué—
Muy tranquilo me quedé
Y ansí me deje agarrar.

Allí un gringo con un órgano
Y una mona que bailaba,
Haciéndonos rair estaba
Cuanto le tocó el arreo—
¡Tan grande el gringo y tan feo!
Lo viera cómo lloraba.

Hasta un inglés zangiador
Que decía en la última guerra,
Que él era de Inca-la-perra
Y que no quería servir.
Tuvo tambien que juir
A guarecerse en la sierra.

Ni los mirones salvaron
De esa arriada de mi flor—
Fué acoyarao el cantor
Con otros nos mesturaron—
A uno solo, por favor,
Logró salvar la patrona.

Formaron un contingente
Con los que del baile arriaron—
Con otros nos mesturaron—
Que habian agarrao tambien—
Las cosas que aquí se ven
Ni los diablos las pensaron.

A mi el Juez me tomó entre ojos
En la última votación—
Me le había hecho el remolón
Y no me arrimé ese día,
Y él dijo que yo servia
A los de la esposicion.

Y ansi sufrí ese castigo
Tal vez por culpas agenas—
Que sean malas ó sean güenas
Las listas, siempre me escondo—
Yo soy un gaucho redondo
Y esas cosas no me enllenan.

Al mandarnos nos hicieron
Más promesas que á un altar—
El Juez nos jué á proclamar
Y nos dijo muchas veces:
« Muchachos, á los seis meses
« Los van á ir á revelar. »

Yo llevé un moro de número,
Sobresaliente el matucho!
Con él gané en Ayacucho
Más plata que agua bendita—
Siempre el gaucho necesita
Un pingo pa fiarle un pucho.

Y cargué sin dar mas güeltas
Con las prendas que tenía,
Gergas, poncho, cuanto había
En casa, tuito lo alcé—
A mi china la dejé
Media desnuda ese día.

No me faltaba una guasca,
Esa ocasión eché el resto:
Bozal, maniador, cabresto,
Lazo, bolas y manea....
¡ El que hoy tan pobre me vea
Tal vez no crerá todo esto!!

Ansi en mi moro escarciando
Enderesé á la frontera;
Aparcero! si usté viera
Lo que se llama Cantón...
Ni envidia tengo al raton
En aquella ratonera.

De los pobres que allí había
A ninguno lo largaron,
Los más viejos resongaron,
Pero á uno que se quejó
En seguida lo estaquiaron
Y la cosa se acabó.

En la lista de la tarde
El Jefe nos cantó el punto,
Diciendo: « quinientos juntos
« Llevará el que se resierte,
« Lo haremos pitar del juerte
« Más bien dése por dijunto. »

A naides le dieron armas,
Pues toditas las que había
El Coronel las tenia,
Sigun dijo esa ocasión,
Pa repartirlas el día
En que hubiera una invasión.

Al principio nos dejaron
De haraganes criando sebo,
Pero despues... no me atrevo,
A decir lo que pasaba—
Barajo..... si nos trataban
Como se trata á malevos.

Porque todo era jugarle
Por los lomos, con la espada,
Y aunque usté no hiciera nada,
Lo mesmito que en Palermo,
Le daban cada cepiada
Que lo dejaban enfermo.

Y qué Indios—ni qué servicio,
No teníamos ni cuartel—
Nos mandaba el Coronel
A trabajar en sus chacras,
Y dejábamos las vacas
Que las llevára el infiel.

Yo primero sembré trigo
Y despues hice un corral,
Corté adobe pa un tapial,
Hice un quincho, corté paja...
La pucha que se trabaja
Sin que le larguen ni un rial.

Y es lo pior de aquel enriedo
Que si uno anda hinchando el lomo
Se le apéan como un plomo...
¡Quién aguanta aquel infierno!
Si eso es servir al Gobierno,
A mi no me gusta el cómo.

Más de un año nos tuvieron
En esos trabajos duros,—
Y los indios, le asiguro,
Dentraban cuando querían:
Como no los perseguían
Siempre andaban sin apuro.

A veces decía al volver
Del campo la descubierta
Que estuviéramos alerta
Que andaba adentro la indiada;
Porque había una rastrillada
O estaba una yegua muerta.

Recien entonces salía
La órden de hacer la riunión—
Y cáibamos al cantón.
En pelos y hasta enancaos,
Sin armas, cuatro pelaos
Que íbamos á hacer jabón.

Ay empezaba el afán
Se entiende, de puro vicio,
De enseñarle el ejercicio
A tanto gaucho recluta,
Con un estrutor... que... bruto!
Que nunca sabía su oficio.

Daban entónces las armas
Pa defender los cantones,
Que eran lanzas y latones
Con ataduras de tiento . . . . .
Las de juego no las cuento
Porque no había municiones.

Y un sargento chamuscao
Me contó que las tenían,
Pero que ellas las vendían
Para cazar avestruces;
Y ansi andaban noche y día
Déle bala á los ñanduces.

Y cuando se iban los Indios
Con lo que habían manotiao,
Salíamos muy apuraos
A perseguirlos de atrás;
Si no se llevaban más
Es porque no habían hallao.

Allí, si, se ven desgracias
Y lágrimas, y afliciones,
Naides le pida perdones
Al Indio—pues donde entra
Roba y mata cuanto encuentra
Y quema las poblaciones.

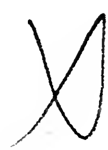
No salvan de su juror
Ni los pobres angelitos:
Viejos, mozos y chiquitos
Los mata del mesmo modo—
Que el Indio lo arregla todo
Con la lanza y con lo gritos.

Tiemblan las carnes al verlo
Volando al viento la cerda—
La rienda en la mano izquierda
Y la lanza en la derecha—
Ande endereza abre brecha
Pues no hay lanzazo que pierda.

Hace trotiadas tremendas
Dende el fondo del desierto—
Ansi llega medio muerto
De hambre, de sé y de fatiga,
Pero el Indio es una hormiga
Que día y noche está dispierto.

Sabe manejar las bolas
Como naides las maneja,
Cuanto el contrario se aleja
Manda una bola perdida,
Y si lo alcanza, sin vida,
Es siguro que lo deja.

Y el Indio es como tortuga
De duro para espichar;
Si lo llega á destripar
Ni siquiera se le encoge,
Luego sus tripas recoge,
Y se agacha á disparar.



Hacian el robo á su gusto
Y despues se iban de arriba,
Se llevaban las cautivas
Y nos contaban que á veces
Les descarnaban los pieses,
A las pobrecitas, vivas.

¡Ah! ¡si partia el corazón
Ver tantos males, canejo!
Los perseguiamos de lejos
Sim poder ni galopiar;
¿Y qué habíamos de alcanzar
En unos bichocos viejos?

Nos volvíamos al canton
A las dos ó tres jornadas,
Sembrando las caballadas;
Y pa que alguno la venda,
Rejuntábamos la hacienda
Que habían dejao resagada.

Una vez entre otras muchas,
Tanto salir al boton,
Nos pegaron un malon
Los indios, y una lanciada,
Que la gente acobardada
Quedó dende esa ocasión.

Habían estao escondidos
Aguaitando atrás de un cerro...
¡Lo viera á su amigo Fierro
Aflojar como un blandito!
Salieron como maiz frito
En cuanto sonó un cencerro.

Al punto nos dispusimos
Aunque ellos eran bastantes,
La formamos al istante
Nuestra gente que era poca,
Y golpiándose en la boca
Hicieron fila adelante.

Se vinieron en tropel
Haciendo temblar la tierra
No soy manco pa la guerra
Pero tuve mi jabon.
Pues iba en un redomon
Que había boliao en la sierra.

¡Qué vocerío! ¡qué barullo!
¡Qué apurar esa carrera!
La indiada todita entera
Dando alaridos cargó—
Jué pucha... y ya nos sacó
Como yeguada matrera.

¡Que fletes traiban los bábaros!
Como una luz de lijeros —
Hicieron el entrevero
Y en aquela mescolanza,
Este quiero, este no quiero,
Nos escojían con la lanza,

Al que le dan un chuzazo,
Dificultoso es que sane,
En fin, para no echar panes,
Salimos por esas lomas,
Lo mesmo que las palomas,
Al juir de los gavilanes.

Es de almirar la destreza
Con que la lanza manejan!
De perseguir nunca dejan—
Y nos traiban apretaos,
Si queríamos de apuraos
Salirnos por las orejas.

Y pa mejor de la fiesta
En esa afición tan suma,
Vino un indio echando espuma,
Y con la lanza en la mano
Gritando «Acabau cristiano
Metau el lanza hasta el pluma.»

Tendido en el costillar
Cimbrando por sobre el brazo
Una lanza como un lazo
Me atropelló dando gritos—
Si me descuido.... el maldito
Me levanta de un lanzazo.

Si me atribulo, ó me encojo
Siguro que no me escapo:
Siempre he sido medio guapo
Pero en aquella ocasión,
Me hacía buya el corazón
Como la garganta al sapo.

Dios le perdone al salvaje
Las ganas que me tenía...
Desaté las tres marías
Y lo engatusé á cabriolas...
Pucha... si no traigo bolas
Me achura el indio ese dia.

Era el hijo de un cacique
Sigun yo lo avirigüé—
La verda del caso jué
Que me tuvo apuradazo
Hasta que al fin de un bolazo
Del caballo lo bajé.

Ay no más me tiré al suelo
Y lo pisé en las paletas—
Empezó á hacer morisquetas
Y á mesquinar la garganta...
Pero yo hice la obra santa
De hacerlo estirar la geta.

Allí quedó de mojón
Y en su caballo salté
De la indiada disparé,
Pues si me alcanza me mata,
Y al fin me les escapé
Con el hilo de una pata.

IV

Seguiré esta relación
Aunque pa chorizo es largo :
El que pueda hágase cargo
Cómo andaria de matrero,
Despues de salvar el cuero
De aquel trance tan amargo.

Del sueldo nada les cuento
Porque andaba disparando,
Nosotros de cuando en cuando
Solíamos ladrar de pobres—
Nunca llegaban los cobres
Que se estaban aguardando.

Y andábamos de mugrientos
Que el mirarnos daba horror;
Les juro que era un dolor
Ver esos hombres, por Cristo!
En mi perra vida he visto
Una miseria mayor.

Yo no tenía ni camisa
Ni cosa que se parezca;
Mis trapos solo pa yezca
Me podían servir al fin...
No hay plaga como un fortin
Para que el hombre padezca

Poncho, jergas, el apero,
Las prenditas, los botones,
Todo, amigo en los cantones
Jué quedando poco á poco,
Ya me tenían medio loco
La pobreza y los ratones.

Solo una manta peluda
Era cuanto me quedaba—
La había agenciao á la taba
Y ella me tapaba el bulto—
Yaguané que allí ganaba
No salía... ni con indulto.

Y pa mejor hasta el moro
Se me jué de entre las manos—
No soy lerdo.... pero hermano,
Vino el comendante un día
Diciendo que lo quería
«Pa enseñarle á comer grano».

Afigúrese cualquiera
La suerte de este su amigo,
A pié y mostrando el umbligo,
Estropiao, pobre y desnudo,
Ni por castigo se pudo
Hacerse más mal conmigo.

Ansi pasaron los meses,
Y vino el año siguiente,
Y las cosas igualmente
Siguieron del mesmo modo—
Adrede parece todo
Pa atormentar á la gente.

No teníamos más permiso,
Ni otro alivio la gauchada,
Que salir de madrugada
Cuando no había Indio ninguno,
Campo ajuera á hacer boliadas
Desocando los reyunos.

Y cáibamos al cantón
Con los fletes aplastaos—
Pero á veces medio aviaos
Con plumas y algunos cueros—
Que pronto con el pulpero
Los teníamos negociaos.

Era un amigo del Jefe
Que con un boliche estaba,
Yerba y tabaco nos daba
Por la pluma de avestruz,
Y hasta le hacía ver la luz
Al que un cuero le llevaba.

Solo tenía cuatro frascos
Y unas barricas vacías,
Y á la gente le vendía
Todo cuanto precisaba
Algunos creíban que estaba
Allí la proveduría.

Ah! pulpero habilidoso,
Nada le solía faltar—
Ay juna—y para tragar
Tenía un buche de ñandú,
La gente le dió en llamar
«El boliche de virtú.»

Aunque es justo que quien vende
Algun poquito muerda,
Tiraban tanto la cuerda
Que con sus cuatro limetas,
El cargaba las carretas
De plumas, cueros y cerda.



Era el hijo de un cacique — sigun yo lo averigüé — la verdad del caso jué — que me tuve apuradazo — hasta que al fin de un balazo — del caballo lo bajé.

No tenía aputaos á todos
Con más cuentas que un rosario,
Cuando se anunció un salario
Que iban á dar, ó un socorro—
Pero sabe Dios qué zorro
Se lo comió al Comisario.

Pues nunca lo ví llegar
Y al cabo de muchos días—
En la mesma pulpería
Dieron una *buena cuenta*—
Que la gente muy contenta
De tan pobre recebía.

Sacaron unos sus prendas
Que las tenían empeñadas,
Por sus deudas atrasadas
Dieron otros el dinero;
Al fin de fiesta el pulpero,
Se quedó con la mascada.

Yo me arrecosté á un horcón
Dando tiempo á que pagaran,
Y poniendo güena cara
Estuve haciéndome el poyo,
A esperar que me llamaran
Para recibir mi boyo.

Pero ahi me pude quedar
Pegao pa siempre al horcón—
Ya era casi la oración
Y ninguno me llamaba—
La cosa se me ñublaba
Y me dentró comezón:

Pa sacarme el entripao
Vi al Mayor, y lo fí á hablar—
Yo me le empecé á atracar
Y como con poca gana
Le dije: «Tal vez mañana
«Acabarán de pagar.»

«—Que mañana ni otro día»
Al punto me contestó,
«La paga ya se acabó,
«Siempre has de ser animal»—
Me rai y le dije: «—Yo...
«No he recebido ni un rial.»

Se le pusieron los ojos
Que se le querían salir,
Y ay no más volvió á decir
Comiéndome con la vista:
«—¿Y qué querés recebir
«Si no has dentrao en la lista?»

«—Esto si que es amolar»
Dije yo pa mis adentros,
«Ván dos años que me encuentro
«Y hasta aura he visto ni un grullo,
«Dentro en todos los barullos
«Pero en las listas no dentro.»

Vide el plaito mal parao
Y no quise aguardar más....
Es güeno vivir en paz
Con quien nos ha de mandar—
Y reculando pa trás
Me le empezé á retirar.

Supo todo el Comendante
Y me llamó al otro día,
Diciéndome que quería
Averiguar bien las cosas—
Que no era el tiempo de Rosas,
Que aura á naides se debía.

Llamó al cabo y al sargento
Y empezó la indagación
Si había venido al cantón
En tal tiempo ó en tal otro...
Y si había venido en potro,
En reyuno ó rodomón.

Y todo era alborotar
Al ñudo, y hacer papel,
Conocí que era pastel
Pa engordar con mi guayaca,
Mas si voy al Coronel
Me hacen bramar en la estaca.

¡Ah! hijos de una... la codicia
Ojála les ruempa el saco;
Ni un pedazo de tabaco
Le dán al pobre soldao,
Y lo tienen de delgao
Más lijero que un guanaco.

Pero qué iba á hacerles yo,
Chavarón en el desierto;
Más bien me daba por muerto
Pa no verme más fundido—
Y me les hacía el dormido
Aunque soy medio despierto.

V

Yo andaba desesperao,
Aguardando una ocasión
Que los indios un malón
Nos dieran y entre el estrago
Hacérmeles cimarrón
Y volverme pa mi pago.

Aquello no era servicio
Ni defender la frontera—
Aquello era ratonera
En que solo gana el juerte—
Era jugar á la suerte
Con una taba culera.

Allí tuito va al revés:
Los milicos son los piones,
Y andan en las poblaciones
Emprestaos pa trabajar—
Los rejuntan pa peliar
Cuando entran indios ladrones.

Yo he visto en esa milonga
Muchos Jefes con estancia,
Y piones en abudancia,
Y majadas y rodeos;
He visto negocios feos
A pesar de mi inorancia.

Y colijo que no quieren
La barunda componer—
Para eso no ha de tener
El Jefe, que esté de estable,
Más que su poncho, y su sable,
Su caballo y su deber.

Ansina, pues, conociendo
Que aquel mal no tiene cura,
Que tal vez mi sepoltura
Si me quedo iba á encontrar,
Pensé en mandarme mudar
Como cosa más sigura.

Y pa mejor, una noche
Qué estaquiada me pegaron,
Casi me descoyuntaron
Por motivo de una gresca—
¡Ay juna, si me estiraron
Lo mesmo que guasca fresca!

Jamás me puedo olvidar
Lo que esa vez me pasó:—
Dentrando una noche yo
Al fortin, un enganchao,
Que estaba medio mamao,
Allí me desconoció.

Era un gringo tan bozal,
Que nada se le entendía—
¡Quién sabe de ánde sería!
Tal vez no juera cristiano;
Pues lo único que decía
Es que era *pa-po-litano*.

Estaba de centinela
Y por causa del peludo
Verme más claro no pudo
Y esa fué la culpa toda—
El bruto se asustó al ñudo
Y fí el pavo de la boda.

Cuando me vido acercar:
«¿*Quen vivore?*»... preguntó
«*Qué vivoras*»—dije yo—
«*Ha garto*»—me pegó el grito:
Y yo dije despacito
«*Más lagarto serás vos*».

Ay no más—Cristo me valga!
Rastrillar el jusil siento—
Me agaché, y en el momento
El bruto me largó un chumbo—
Mamao, me tiró sin rumbo
Que si nó, no cuento el cuento.

Por de contao, con el tiro
Se alborotó el avispero—
Los Oficiales salieron
Y se empezo la junción—
Quedó en su puesto el nación—
Y yo fí al estaquiadero.

Entre cuatro bayonetas
Me tendieron en el suelo—
Vino el mayor medio en pedo,
Y allí se puso á gritar,
«Pícaro te he de enseñar
Andar reclamando sueldos»

De las manos y las patas
Me ataron cuatro cinchones—
Les aguanté los tirones
Sin que ni un ¡ay! se me oyera,
Y al gringo la noche entera
Lo harté con mis maldiciones.

Yo no sé porqué el Gobierno
Nos manda aquí á la frontera,
Gringada que ni siquiera
Se sabe atracàr á un pingo—
Si creerá al mandar un gringo
Que nos manda alguna fiera!

No hacen más que dar trabajo
Pues no saben ni ensillar,
No sirven ni pa carniar;
Y yo he visto muchas veces,
Que ni voltiadas la reses
Se les querían arrimar.

Y lo pasan sus mercedes
Lengüetiando pico á pico
Hasta que viene un milico
A servirles el asao—
Y eso si, en lo delicaos,
Parecen hijos de rico.

Si hay calor, ya no son gente,
Si yela, todos tiritan—
Si usté no les dá, no pitan
Por no gastar en tabaco,—
Y cuando pescan un naco
Uno al otro se lo quitan.

Cuando llueve se acoquinan
Como perro que oye truenos—
Qué diablos—solo son güenos
Pa vivir entre maricas—
Y nunca se andan con chicas
Para alzar ponchos ajenos.

Pa vichar son como ciegos,
No hay ejemplo de que entiendan,
Ni hay uno solo que aprienda
Al ver un bulto que cruza,
A saber si es avestruza,
O si es ginete, ó hacienda.

Si salen á perseguir
Despues de mucho aparato,
Tuitos se pelan al rato
Y va quedando el tendal—
Esto es como en un nidal
Echarle güebos á un gato.

VI

Vamos dentrando recien
A la parte más sentida,
Aunque es todita mi vida
De males una cadena—
A cada alma dolorida
Le gusta cantar sus penas.

Se empezó en aquel entónces
A rejuntar caballada,
Y riunir la milicada
Teniéndola en el Cantón,
Para una despedición
A sorprender á la indiada.

Nos anunciaban que iríamos
Sin carretas ni bagajes
A golpiar á los salvajes
En sus mesmas tolderías—
Que á la güelta pagarían
Licenciándolo al gauchaje

Que en esta despedicion
Tuviéramos la esperanza,
Que iba á venir sin tardanza
Sigun el Jefe contó,
Un menistro ó qué sé yo—
Que le llamaban Don Ganza.

Que iba á riunir el Ejército
Y tuitos los batallones—
Y que traiba unos cañones
Con más rayas que un cotin—
Pucha. . . . las conversaciones
Por allá no tenían fin.

Pero esas trampas no enriedan
A los zorros de mi laya,
Que esa Ganza venga ó vaya,
Poco le importa á un matrero—
Yo tambien dejé las rayas . . .
En los libros del pulpero.

Nunca juí gaucho dormido
Siempre pronto, siempre listo—
Yo soy un hombre, ¡qué Cristo!
Que nada me ha acobardao,
Y siempre salí parao
En los trances que me he visto.

Dende chiquito gané
La vida con mi trabajo,
Y aunque siempre estuve abajo
Y no sé lo que es subir—
Tambien el mucho sufrir
Suele cansarnos—¡barajo!

En medio de mi inorancia
Conozco que nada valgo—
Soy la liebre ó soy el galgo
A sigun los tiempos andan,
Pero tambien los que mandan
Debieran cuidarnos algo.

Una noche que riunidos
Estaban en la carpeta
Empinando una limeta
El Jefe y el Juez de Paz—
Yo no quise aguardar más,
Y me hice humo en un sotreta.

Me parece el campo orégano
Dende que libre me veo —
Donde me lleva el deseo
Allí mis pasos dirijo—
Y hasta en las sombras, de fjo
Que donde quiera rumbeo.

Entro y salgo del peligro
Sin que me espante el estrago,
No aflojo al primer amago
Ni jamas fí gaucho lerdo:-
Soy pa rumbiar como el cerdo
Y pronto caí á mi pago.

Volvía al cabo de tres años
De tanto sufrir al ñudo,
Resertor, pobre y desnudo—
A procurar suerte nueva—
Y lo mesmo que el peludo
Enderecé pa mi cueva.

No hallé ni rastro del rancho—
Solo estaba la tapera!—
Por Cristo, si aquello era
Pa enlutar el corazón—
Yo juré en esa ocasión
Ser más malo que una fiera!

Qiuén no sentirá lo mesmo
Cuando ansi padece tanto!
Puedo asigurar que el llanto
Como una mujer largué—
Ay! mi Dios—si me quedé
Más triste que Jueves Santo!

Solo se oiban los aullidos
De un gato que se salvó,
El pobre se guareció
Cerca, en una viscachera—
Venía como si supiera
Que estaba de güelta yo.

Al dirme dejé la hacienda
Que era todito mi haber—
Pronto debíamos volver
Sigun el juez prometía,
Y hasta entonces cuidaría
De los bienes, la mujer.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Despues me contó un vecino
Que el campo se lo pidieron—
La hacienda se la vendieron
En pago de arrendamientos,
Y qué sé yo, cuántos cuentos;
Pero todo lo fundieron.

Los pobrecitos muchachos
Entre tantas afliciones
Se conchavaron de piones
¡Mas qué iban á trabajar,
Si eran como los pichones
Sin acabar de emplumar!

Por ahi andarán sufriendo
De nuestra suerte el rigor:
Me han contado que el mayor
Nunca dejaba á su hermano—
Puede ser que algun cristiano
Los recoja por favor.

¡Y la pobre mi mujer
Dios sabe cuánto sufrió!
Me dicen que se voló
Con no sé qué gavilan —
Sin duda á buscar el pan
Que no podía darle yo.

No es raro que á uno le falte
Lo que á algun otro le sobre—
Si no le quedó ni un cobre
Si no de hijos un enjambre,
¿Qué más iba á hacer la pobre
Para no morirse de hambre?

¡Tal vez no te vuelva á ver,
Prenda de mi corazón!
Dios te dé su proteción
Ya que no me la dió á mí—
Y á mis hijos dende aquí
Les echo mi bendición.

Como hijitos de la cuna
Andarán por ahi sin madre—
Ya se quedaron sin padre
Y ansi la suerte los deja,
Sin naides que los proteja
Y sin perro que les ladre.

Los pobrecitos tal vez
No tengan ande abrigarse,
Ni ramada ande ganarse,
Ni rincón ande meterse,
Ni camisa qué ponerse,
Ni poncho con qué taparse.

Tal vez los verán sufrir
Sin tenerles compasión—
Puede que alguna ocasión
Aunque los vean tiritando,
Los echen de algun jogón
Pa que no estén estorbando.

Y al verse ansina espantaos
Como se espanta á los perros,
Irán los hijos de Fierro
Con la cola entre las piernas,
A buscar almas más tiernas
O esconderse en algun cerro.

Mas tambien en este juego,
Voy á pedir mi bolada —
A naides le debo nada
Ni pido cuartel ni doy;—
Y ninguno dende hoy
Ha de llevarme en la armada.

Yo he sido manso primero,
Y seré gaucho matrero—
En mi triste circustancia
Aunque es mi mal tan projundo,
Nací, y me he criao en estancia,
Pero ya conozco el mundo.

Ya le conozco sus mañas,
Le conozco sus cucañas,
Sé cómo hacen la partida,
La enriedan y la manejan—
Deshaceré la madeja
Aunque me cueste la vida.

Y aguante el que no se anime
A meterse en tanto engorro,
O sino aprétese el gorro
O para otra tierra emigre—
Pero yo ando como el tigre
Que le roban los cachorros.

Aunque muchos cren que el gaucho
Tiene una alma de reyuno—
No se encontrará ninguno
Que no lo dueblen las penas—
Mas no debe aflojar uno
Mientras hay sangre en las venas.

VII

De carta de mas me via
Sin saber á dónde dirme;
Mas dijeron que era vago
Y entraron á perseguirme.

Nunca se achican los males,
Van poco á poco creciendo,
Y ansina me vide pronto
Obligado á andar juyendo

No tenia mujer ,ni rancho,
Y á mas, era resertor,
No tenia una prenda güena
Ni un peso en el tirador.

A mis hijos infelices,
Pensé volverlos á hallar—
Y andaba de un lao al otro
Sin tener ni qué pitar.

Supe una vez por desgracia
Que habia un baile por allí—
Y medio desesperao
A ver la milonga fuí.

Riunidos al pericon
Tantos amigos hallé,
Que alegre de verme entre ellos
Esa noche me apedé.

Como nunca, en la ocasion
Por peliar ne dió la tranca,
Y la emprendi con un negro
Que trujo una negra en ancas.

Al ver llegar la morena
Que no hacía caso de naides
Le dije con la mamúa
—«Va...ca...yendo gente al baile.»

La negra entendió la cosa
Y no tardó en contestarme
Mirándome como á perro:
«Mas *vaca* será su madre.»

Y dentró al baile muy tiesa
Con más cola que una zorra
Haciendo blanquiar los dientes
Lo mesmo que mazamorra.

—«Negra linda» . . . .dije yo—
«Me gusta . . . . pa la carona»—
Y me puse á champurriar
Esta coplita fregona:

«A los blancos hizo Dios,
«A los mulatos San Pedro,
«A los negros hizo el diablo
«Para tizón del infierno.»

Había estao juntando rabia
El moreno dende ajuera—
En lo escuro le brillaban
Los ojos como linterna.

Lo conocí retobao
Me acerqué y le dije presto;
«Po. . . .r. . . .rudo que un hombre sea
«Nunca se enoja por esto.»

Corcobió el de los tamangos
Y creyéndose muy fijo:
«—Mas *porrudo* serás vos,
«Gaucho rotoso» me dijo.

Y ya se me vino al humo
Como á buscarme la hebra—
Y un golpe le acomodé
Con el porrón de giñebra.

Ay no más pegó el de ollin
Más gruñidos que un chanchito,
Y pelando un envenao
Me atropelló dando gritos.

Pegué un brinco y abrí cancha
Diciéndoles:—«Caballeros
«Dejen venir ese toro»
«Solo nací . . . . solo muero.»

El negro, despues del golpe
Se había el poncho refalao
Y dijo:—«Vas á saber
«Si es solo ó acompañao.»

Y mientras se arremangó
Yo me saqué las espuelas,
Pues malicié que aquel tío
No era de arriar con las riendas.

No hay cosa como el peligro
Pa refrescar un mamao,
Hasta la vista se aclara
Por mucho que haiga chupao.

El negro me atropelló
Como á quererme comer—
Me hizo dos tiros seguidos
Y los dos le abarajé.

Yo tenía un facón con S
Que era de lima de acero,
Le hice un tiro, lo quitó
Y vino ciego el moreno.

Y en el medio de las aspas
Un planazo le asenté.
Que lo largué culebriando
Lo mesmo que buscapié.

Le coloriaron las motas
Con la sangre de la herida,
Y volvió á venir furioso
Como una tigra parida.

Y ya me hizo relumbrar
Por los ojos el cuchillo,
Alcanzando con la punta
A cortarme en un carrillo.

Me hirvió la sangre en las venas
Y me le afirmé al moreno,
Dándole de punta y hacha
Pa dejar un diablo menos.

Por fin en una topada
En el cuchillo lo alcé,
Y como un saco de güesos
Contra un cerco lo largué.

Tiró unas cuantas patadas
Y ya cantó pa el carnero—
Nunca me puedo olvidar
De la agonía de aquel negro.

En esto la negra vino,
Con los ojos como agí—
Y empezó la pobre allí
A bramar como una loba—
Yo quise darle una soba
A ver si la hacía callar
Mas, pude reflesionar
Que era malo en aquel punto,
Y por respeto al dijunto
No la quise castigar.

Limpié el facón en los pastos,
Desaté mi redomón.
Monté despacio, y salí
Al tranco pa el cañadón.

Despues supe que al finao
Ni siquiera lo velaron,
Y retobao en un cuero,
Sin resarle lo enterraron.

Y dicen que dende entónces
Cuando es la noche serena,
Suele verse una luz mala
Como de alma que anda en pena.

Yo tengo intención á veces
Para que no pene tanto.
De sacar de allí los güesos
Y echarlos al campo santo.

VIII.

Otra vez en un boliche
Estaba haciendo la tarde,
Cayó un gaucho que hacía a larde
De guapo y de peliador.

A la llegada metió
El pingo hasta la ramada—
Y yo sin decirle nada
Me quedé en el mostrador.

Era un terne de aquel pago
Que naides lo reprendía,
Que sus enriedos tenía
Con el señor Comendante:—

Y como era protegido,
Andaba muy entonao,
Y á cualquiera desgraciao
Lo llevaba por delante.

Ah! pobre! si el mismo creiba,
Que la vida le sobraba,
Ninguno diría que andaba
Aguaitándolo la muerte—

Pero ansi pasa en el mundo,
Es ansi la triste vida—
Pa todos está escondida,
La güena ó la mala suerte.

Se tiró al suelo, al dentrar
Le dió un empeyón á un vasco—
Y me alargó un medio frasco
Diciendo—«Beba cuñao»
—«Por su hermana» contesté,
«Que por la mia no hay cuidao.»

«—¡Ah! gaucho me respondió,
«¿De qué pago será crioyo?—
«Lo andará buscando el hoyo?—
«¿Deberá tener güen cuero?
«Pero ande bala este toro
«No bala ningun ternero.»

Y ya salimos trensaos
Porque el hombre no era lerdo,
Mas como el tino no pierdo,
Y soy medio lijerón,
Le dejé mostrando el sebo
De un revés con el facón.

Y como con la justicia
No andaba bien por allí,
Cuanto pataliar lo vi,
Y el pulpero pegó el grito,
Ya pa el palenque sali
Como haciéndome chiquito

Monté y me encomendé á Dios,
Rumbiando para otro pago—
Que el gaucho que llaman vago
No puede tener querencia,
Y ansi de estrago en estrago
Vive llorando la ausencia.

El anda siempre juyendo,
Siempre pobre y perseguido,
No tiene cueva ni nido
Como si juera maldito—
Porque el ser gaucho..... barajo,
El ser gaucho es un delito.

Es como el patrio de posta:
Lo larga este, aquel lo toma,—
Nunca se acaba la broma—
Dende chico se parece
Al arbolito que crece,
Desamparao en la loma.

Le echan la agua del bautismo
Aquel que nació en la selva,
«Buscá madre que te engüelva»
Le dice al flaire y lo larga,
Y dentra á cruzar el mundo
Como burro con la carga,

Y se cria viviendo al viento
Como oveja sin trasquila—
Mientras su padre en las filas
Anda sirviendo al Gobierno
Naide lo ampara ni asila.
Aunque tirite en invierno

Le llaman «gaucho mamao»
Si lo pillan divertido,
Y que es mal entretenido
Si en un baile lo sorprienden,
Hace mal si se defiende
Y si nó, se vé fundido.

No tiene hijos, ni mujer,
Ni amigos, ni protectores,
Pues todos son sus señores
Sin que ninguno lo ampare—
¿Tiene la suerte del güey—
Y donde irá el güey que no are?

Su casa es el pajonal,
Su guarida es el desierto;
Y si de hambre medio muerto
Le echa el lazo á algun mamón,
Lo persiguen como á plaito,
Porque es un gaucho ladrón,

Y si de un golpe por ay
Lo dan güelta panza arriba,
No hay un alma compasiva
Que le rece una oración—
Tal vez como cimarrón
En una cueva lo tiran.

«Él nada gana en la paz
Y es el primero en la guerra—
No le perdonan si yerra,
Que no saben perdonar,—
Porque el gaucho en esta tierra
Solo sirve pa votar.

Para él son los calabozos,
Para el las duras prisiones,
En su boca no hay razones
Aunque la razón le sobre;
Que son campanas de palo
Las razones de los pobres.

Si uno aguanta, es gaucho bruto—
Si no aguanta, es gaucho malo—
Déle azote, déle palo!
Porque es lo que él necesita!!—
De todo el que nació gaucho
Esta es la suerte maldita.

Vamos suerte—vamos juntos
Dende que juntos nacimos—
Y ya que juntos vivimos
Sin podernos dividir...
Yo abriré con mi cuchillo
El camino pa seguir.

IX.

Matreriando lo pasaba
Y á las casas no venía—
Solía arrimarme de día
Mas lo mesmo que el carancho,
Siempre estaba sobre el rancho
Espiando á la polecía.

Viva el gaucho que ande mal
Como zorro perseguido—
Hasta que al menor descuido
Se lo atarazquen los perros,
Pues nunca le falta un yerro
Al hombre mas alvertido.

Y en esa hora de la tarde
En que tuito se adormece
Que el mundo dentrar parece
A vivir en pura calma
Con las tristezas del alma
Al pajonal enderieze.

Bala el tierno corderito
Al lao de la blanca oveja
Y á la vaca que se aleja
Llama el ternero amarrao—
Pero el gaucho desgraciao
No tiene á quien dar su queja.

Ansi es que al venir la noche
Iba á buscar mi guarida—
Pues ande el tigre se anida
Tambien el hombre lo pasa
Y no quería que en las casas
Me rodiára la partida.

Pues aun cuando vengan ellos
Cumpliendo con sus deberes,
Yo tengo otros pareceres,
Y en esa conduta vivo—
Que no debe un gaucho altivo
Peliar entre las mujeres.

Y al campo me iba solito
Más matrero que el venao—
Como perro abandonao
A buscar una tapera,
O en alguna viscachera
Pasar la noche tirao.

Sin punto ni rumbo fijo
En aquella inmensidá
Entre tanta oscuridá
Anda el gaucho como duende,
Alí jamás lo sorpriende
Dormido, la autoridá.

Su esperanza es el coraje,
Su guardia es la precaución,
Su pingo es la salvacion,
Y pasa uno en su desvelo,
Sin más amparo que el cielo
Ni otro amigo que el facón.

. . . .
. . . .
. . . .

Ansi me hallaba una noche
Contemplando las estrellas
Que le parecen más bellas
Cuanto uno es más desgraciao,
Y que Dios las haiga críao
Para consolarse en ellas

Les tiene el hombre cariño
Y siempre con alegría
Ve salir las tres marías;
Que si llueve, cuanto escampa,
Las estrellas son la guía
Que el gaucho tiene en la pampa

Aqui no valen Dotores,
Solo vale la esperiencia,
Aquí verían su inociencia
Esos que todo lo saben;
Por que esto tiene otra llave
Y el gaucho tiene su ciencia,

Es triste en medio del campo
Pasarse noches enteras
Contemplando en sus carreras
Las estrellas que Dios cría,
Sin tener más compañía
Que su delito y las fieras.

Me encontraba como digo,
En aquella soledá,
Entre tanta oscuridá,
Echando al viento mis quejas
Cuando el grito del chajá
Me hizo parar las orejas.

Como lumbriz me pegué
Al suelo para escuchar;
Pronto sentí retumbar
Las pisadas de los fletes,
Y que eran muchos ginetes
Conocí sin vacilar.

Cuando el hombre está en peligro
No debe tener confianza,
Ansi tendido de panza
Puse toda mi atención,
Y ya escuché sin tardanza;
Como el ruído de un latón.

Se venían tan calladitos
Que yo me puse en cuidao,
Talvez me hubieran bombiao
Y me venían á buscar;
Mas no quise disparar
Que eso es de gaucho morao.

Al punto me santigüé
Y eché de giñebra un taco,
Lo mesmito que el mataco
Me arroyé con el porrón:
«Si han de darme pa tabaco,
Dije, esta es güena ocasión,»

Me refalé las espuelas,
Para no peliar con grillos,
Me arremangué el calzoncillo,
Y me ajusté bien la faja;
Y en una mata de paja,
Probé el filo del cuchillo.

Para tenerlo á la mano
El flete en el pasto até,

La cincha le acomodé,
Y en un trance como aquel,
Haciendo espaldas en él
Quietito los aguardé.

Cuando cerca los sentí,
Y que ay no mas se pararon,
Los pelos se me erizaron
Y aunque nada vían mis ojos,
«—No se han de morir de antojo»
—Les dije, cuanto llegaron.

Yo quise hacerles saber
Que allí se hallaba un varón;
Les conocí la intención
Y solamente por eso
Fué que les gané el tirón,
Sin aguardar voz de preso.

—«Vos sos un gaucho matrero»
Dijo uno, haciéndose el güeno,
«Vos matastes un moreno
«Y otro en una pulpería,
«Y aquí está la polecía
«Que viene á justar tus cuentas;
«Te va á alzar por las cuarenta
«Si te resistis hoy día.»

—«No me vengan, contesté,
«Con la relación de dijuntos;
«Esos son otros asuntos;
«Vean si me pueden llevar,
«Que yo no me he de entregar,
«Aunque vengan todos juntos.»

Pero no aguardaron más,
Y se apiaron en montón—
Como á perro cimarron,
Me rodiaron entre tantos,
Yo me encomendé á los Santos,
Y eché mano á mi facón.

Y ya vide el fogonazo
De un tiro de garabina,
Mas quiso la suerte indina
De aquel maula, que me errase,
Y ay no más lo levantase
Lo mesmo que una sardina

A otro que estaba apurao
Acomodando una bola,
Le hice una dentrada sola,
Y le hice sentir el fierro.
Y ya salió como el perro
Cuando le pisan la cola.

Era tanta la afición
Y la angurria que tenían,
Que tuitos se me venían
Donde yo los esperaba,
Uno al otro se estorbaba
Y con las ganas no vían.

Dos de ellos que traiban sables
Más garifos y resueltos
En las hilachas envueltos
Enfrente se me pararon,
Y á un tiempo me atropellaron
Lo mesmo que perros sueltos.

Me fuí reculando en falso
Y el poncho adelante eché,
Y cuanto le puso el pié
Uno medio chapetón,
De pronto le dí el tirón
Y de espaldas lo largué.

Al verse sin compañero
El otro se sofrenó,
Entónces le dentré yo,
Sin dejarlo resollar,
Pero ya empezó á aflojar
Y á la pu...n...ta disparó.

Uno que en una tacuara
Había atao una tijera,
Se vino como si juera
Palenque de atar terneros,
Pero en dos tiros certeros
Salió aullando campo ajuera.

Por suerte en aquel momento
Venía coloriando el alba
Y yo dije « si me salva
La virgen en este apuro,
« En adelante le juro
« Ser mas güeno que una malva.»

Pegué un brinco y entre todos
Sin miedo me entreveré—
Echo ovillo me quedé
Y ya me cargó una yunta,
Y por el suelo la punta
De mi facón les jugué.

El más engolosinao
Se me apió con un achazo,
Se lo quité con el brazo
De nó, me mata los piojos;
Y ante de que diera un paso
Le eché tierra en los dos ojos.

Y miéntras se sacudía
Refregándose la vista,
Yo me le fuí como lista
Y ay no más me le afirmé
Diciéndole: «Dios te asista.»
Y de un reves lo voltié.

Pero en ese punto mesmo
Sentí que por las costillas
Un sable me hacía cosquillas
Y la sangre se me heló—
Dende eso momento yo,
Me salí de mis casillas.

Dí para atrás unos pasos
Hasta que pude hacer pié,
Por delante me lo eché
De punta y tajos á un criollo;
Metió la pata en un oyo,
Y yo al oyo lo mandé.

Tal vez en el corazón
Lo tocó un Santo Bendito,
A un gaucho, que pegó el grito,
Y dijo:—«¡Cruz no consiente
«Que se cometa el delito
«De matar ansi un valiente!

Y ay no más se me aparió,
Dentrándole á la partida,
Yo les hice otra embestida
Pues entre dos era robo;
Y el Cruz era como lobo
Que defiende su guarida.

Uno despachó al infierno
De los que lo atropellaron,
Los demás remoliniaron,
Pues íbamos á la fija ,
Y á poco andar dispararon
Lo mesmo que sabandija.

Ay quedaban largo á largo
Los que estiraron la geta,
Otro iba como maleta,
Y Cruz de atrás les decía:
«Que venga otra polecía
«A llevarlos en carreta.»

Yo junté las osamentas
Me hinqué y les recé un bendito;
Hice una cruz de un palito
Y pedí á mi Dios clemente,
Me perdonára el delito
De haber muerto tanta gente.

Dejamos amontonaos
A los pobres que murieron,
No sé si los recojeron
Porque nos fuimos á un rancho,
O si tal vez los caranchos
Ay no más se los comieron.

Lo agarramos mano á mano
Entre los dos al porrón,
En semejante ocasión
Un trago á cualquiera encanta,
Y Cruz no era remolón
Ni pijotiaba garganta.

Calentamos los gargueros,
Y nos largamos muy tiesos,
Siguiendo siempre los besos
Al pichel, por más señas,
Ibamos como cigüeñas
Estirando los pescuesos.

—«Yo me voy, le dije, amigo,
«Donde la suerte me lleve,
«Y si es que alguno se atreve
«A ponerse en mi camino
«Yo seguiré mi destino
«Que el hombre hace lo que debe.»

«Soy un gaucho desgraciao,
«No tengo donde ampararme,
«Ni un palo donde rascarme,
«Ni un árbol que me cubije;
«Pero ni aun esto me aflige
«Porque yo sé manejarme.»

«Antes de cair al servicio,
«Tenia familia y hacienda,
«Cuando volví, ni la prenda,
«Me la habían dejao ya,—
«Dios sabe en lo que vendrá
«A parar esta contienda.»

X.

CRUZ

—Amigazo, pa sufrir
Han nacido los varones—
Estas son las ocasiones
De mostrarse un hombre juerte,
Hasta que venga la muerte
Y lo agarre á coscorrones.

El andar tan despilchao
Ningun mérito me quita,,
Sin ser un alma bendita
Me duelo del mal ageno:
Soy un pastel con relleno
Que parece torta frita.

Tampcco me faltan males
Y desgracias, le prevengo,
Tambien mis desdichas tengo,
Aunque esto poco me aflige—
Yo sé hacerme el chancho rengo
Cuando la cosa lo esige.

Y con algunos ardiles
Voy viviendo, aunque rotoso;
A veces me hago el sarnoso
Y no tengo ni un granito,
Pero al chifle voy ganoso
Como panzón al maiz frito.

A mí no me matan penas
Mientras tenga el cuero sano,
Venga el sol en el verano
Y la escarcha en el invierno—
Si este mundo es un infierno
¿Por qué afligirse el cristiano?

Hagámosle cara fiera
A los males, compañero,
Porque el zorro más matrero
Suele cair como un chorlito;
Viene por un corderito
Y en la estaca deja el cuero.

Hoy tenemos que sufrir
Males que no tienen nombre
Pero esto á naides lo asombre
Porque ansina es el pastel;
Y tiene que dar el hombre
Más vueltas que un carretel.

Yo nunca me he de entregar
A los brazos de la muerte—
Arrastro mi triste suerte
Paso á paso y como pueda—
Que donde el débil se queda
Se suele escapar el juerte.

Y ricuerde cada cual
Lo que cada cual sufrió
Que lo que es, amigo, yo,
Hago ansi la cuenta mía:
Ya la pasado pasó—
Mañana será otro día.

Yo tambien tuve una pilcha
Que me enllenó el corazón—
Y si en aquella ocasión
Alguien me hubiera buscao—
Siguro que me había hallao
Mas prendido que un boton.

En la güella del querer
No hay animal que se pierda...
Las mujeres no son lerdas—
Y todo gaucho es dotor
Si pa cantarle el amor
Tiene que templar las cuerdas.

¡Quién es de una alma tan dura
Que no quiera una mujer!
Lo alivia en su padecer:
Si no sale calavera
Es la mejor compañera
Que el hombre puede tener.

Si es güena, no lo abandona
Cuando lo vé desgraciao,
Lo asiste con su cuidao,
Y con afan cariñoso
Y usté tal vez ni un rebozo
Ni una pollera le ha dao.

Grandemente lo pasaba
Con aquella prenda mía—
Viviendo con alegria
Como la mosca en la miel!—
¡Amigo, qué tiempo aquel!
La pucha—que la quería!

Era la águila que á un árbol
Dende las nubes bajó
Era más linda que el alba
Cuando vá rayando el sol—
Era la flor deliciosa
Que entre el trebolar creció.

Pero, amigo, el Comendante
Que mandaba la milicia,
Como que no desperdicia
Se fué refalando á casa;—
Yo le conocí en la traza
Que el hombre traiba malicia.

El me daba voz de amigo,
Pero no le tenía fé—
Era el jefe, y ya se vé,
No podía competir yo—
En mi rancho se pegó
Lo mesmo que saguaipé.

A poco andar, conocí,
Que ya me había desbancao,
Y él siempre muy entonao,
Aunque sin darme ni un cobre
Me tenía de lao á lao
Como encomienda de pobre.

A cada rato, de chasque
Me hacía dir á gran distancia,
Ya me mandaba á una estancia,
Ya al pueblo, ya á la frontera—
Pero él en la comendancia
No ponía los piés siquiera.

Es triste á no poder más
El hombre en su padecer,
Si no tiene una mujer
Que lo ampare y lo consuele:
Mas pa que otro se la pele
Lo mejor es no tener.

No me gusta que otro gallo
Le cacarée á mi gallina—
Yo andaba ya con la espina,
Hasta que en una ocasión
Lo pillé junto al jogón
Abrazándome á la china.

Tenía el viejito una cara
De ternero mal lamido,
Y al verlo tan atrevido
Le dije:—«Que le aproveche;
«Que había sido pa el amor
«Como guacho pa la leche.»

Peló la espada y se vino
Como á quererme ensartar,
Pero yo sin tutubiar
Le volví al punto á decir:
—«Cuidao no te vas á pér...tigo
«Poné cuarta pa salir.»

Un puntazo me largó
Pero el cuerpo le saqué,
Y en cuanto se lo quité
Para no matar un viejo,
Con cuidao, medio de lejos
Un planazo le asenté.

Y como nunca al que manda
Le falta algun adulón
Uno que en esa ocasión,
Se encontraba allí presente,
Vino apretando los dientes
Como perrito mamón,

Me hizo un tiro de revuelver
Que el hombre creyó siguro,
Era confiao y le juro
Que cerquita se arrimaba—
Pero siempre en un apuro
Se desentumen mis tabas.

El me siguió menudiando
Mas sin poderme acertar,
Y yo, déle culebriar,
Hasta que al fin le dentré
Y ay no más lo despaché
Sin dejarlo resollar.

Dentré á campiar en seguida
Al viejito enamorao,
El pobre se había ganao
En un noque de lejía—
¡Quién sabe como estaría
Del susto que había llevao!

Es zonzo el cristiano macho
Cuando el amor lo domina!—
El la miraba á la indina,
Y una cosa tan jedionda
Sentí yo, que ni en la fonda
He visto tal jedentina.

Y le dije:—«Pa su agüela
«Han de ser esas perdices»,
Yo me tapé las narices,
Y me salí esternudando,
Y el viejo quedó olfatiando
Como chico con lumbrices.

Cuando la mula recula
Señal que quiere cosiar—
Ansi se suele portar
Aunque ella lo disimula,
Recula como la mula
La mujer, para olvidar.

Alcé mi poncho y mis prendas
Y me largué á padecer
Por culpa de una mujer
Que quiso engañar á dos—
Al rancho le dije *adios*
Para nunca más volver.

Las mujeres dende entonces,
Conocí á todas en una—
Ya no he de probar fortuna
Con carta tan conocida:
Mujer y perra parida,
No se me atraca ninguna!

XI

A otros les brotan las coplas
Como agua de manantial;
Pues á mí me pasa igual:
Aunque las mias nada valen,
De la boca se me salen
Como ovejas del corral.

Que en puertiando la primera,
Ya la siguen las demás,
Y en montones las de atrás
Contra los palos se estrellan,
Y saltan y se atropellan
Sin que se corten jamás.

Y aun que yo por mi inorancia
Con gran trabajo me esplico,
Cuando llego á abrir el pico
Ténganlo por cosa cierta,
Sale un verso y en la puerta
Ya asoma el otro el hocico.

Y emprésteme su atención
Me oirá relatar las penas
De que traigo la alma llena—
Porque en toda circustancia,
Paga el gaucho su inorancia
Con la sangre de sus venas.

Despues de aquella desgracia
Me refugié en los pajales,
Andube entre los cardales
Como vicho sin guarida—
Pero, amigo, es esa vida
Como vida de animales.

Y son tantas las miserias
En que me he sabido ver
Que con tanto padecer
Y sufrir tanta aflición
Malicio que he de tener
Un callo en el corazón.

Ansi andaba como guacho
Cuando pasa el temporal—
Supe una vez por mi mal
De una milonga que había,
Y ya pa la pulpería
Enderezé mi bagual.

Era la casa del baile
Un rancho de mala muerte,
Y se enllenó de tal suerte
Que andábamos á empujones—
Nunca faltan encontrones
Cuando un pobre se divierte.

Yo tenía unas medias botas
Con tamaños verdugones—
Me pusieron los talones
Con crestas como los gallos
Si viera mis afliciones
Pensando yo que eran callos.

Con gato y con fandanguilio
Había empezao el changango
Y para ver el fandango
Me colé haciéndome bola—
Más, metió el diablo la cola,
Y todo se volvió pango.

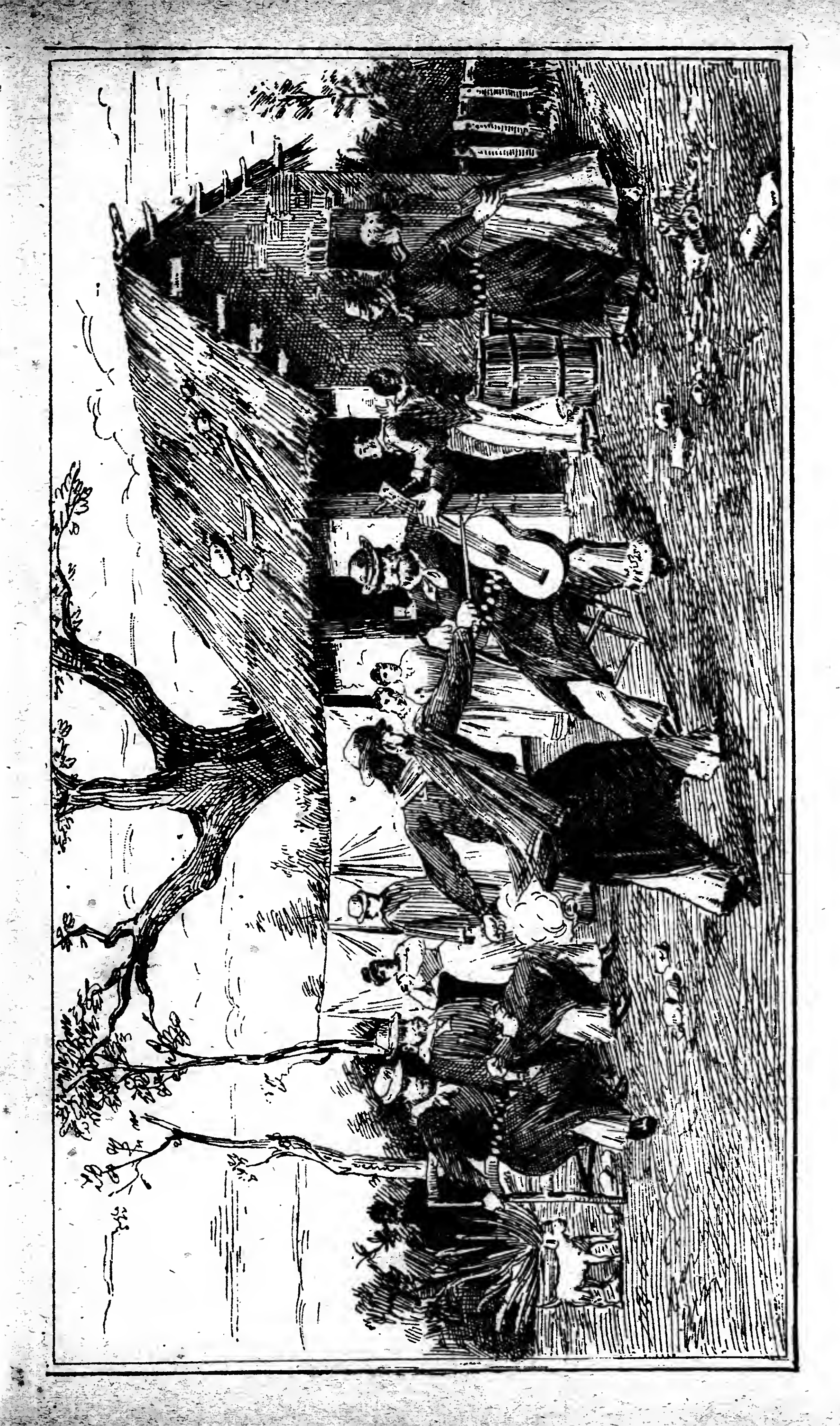
Había sido el guitarrero
Un gaucho duro de boca—
Yo tengo paciencia poca
Pa aguantar cuando no debo,
A ninguno me le atrevo
Pero me halla el que me toca.

A bailar un pericón
Con una moza salí,
Y cuanto me vido allí
Sin duda me conoció—
Y estas coplitas cantó
Como por rairse de mi:

«Las mujeres son todas
«Como las mulas—
«Yo no digo que todas
«Pero hay algunas
«Que á las aves que vuelan
«Les sacan plumas.»

«Hay gauchos que presumen
«De tener damas—
«No digo que presumen
«Pero se alaban
«Y á lo mejor los dejan
«Tocando tablas.»

Se secretiaron las hembras—
Y yo ya me encocoré—
Volié la anca y le grité
«Dejá de cantar. . . . . chicharra»
Y de un tajo á la guitarra
Tuitas las cuerdas corté.



Al punto salió de adentro
Un gringo con un jusil—
Pero nunca he sido vil,
Poco el peligro me espanta—
Yo me refalé la manta
Y la eché sobre candil.

Gané en seguida la puerta
Gritando:—«Naides me ataje»
Y alborotao el hembraje
Lo que todo quedó escuro,
Empezó á verse en apuro
Mesturao con el gauchage.

El primero que salió
Fué el cantor y se me vino—
Pero yo no pierdo el tino
Aunque haiga tomao un trago—
Y hay algunos por mi pago
Que me tienen por ladino.—

No ha de haber achocao otro—
Le salió cara la broma;
A su amigo cuando toma
Se le despeja el sentido,
Y el pobrecito había sido
Como carne de paloma.

Para prestar un socorro
Las mujeres no son lerdas—
Antes que la sangre pierda
Lo arrimaron á unas pipas—
Ay lo dejé con las tripas
Como pa que hiciera cuerdas.

Monté y me largué á los campos
Más libre que el pensamiento,
Como las nubes al viento
A vivir sin paradero,
Que no tiene el que es matrero
Nido, ni rancho, ni asiento.

No hay fuerza contra el destino
Que le ha señalao el cielo—
Y aunque no tenga consuelo
Aguante el que está en trabajo!
¡Naides se rasca pa abajo!
¡Ni se lonjea contra el pelo!

Con el gaucho desgraciao
No hay uno que no se entone—
La menor falta lo espone
A andar con los avestruces!
Faltan otros con mas luces
Y siempre hay quien los perdone.

XII.

Yo no sé que tantos meses
Esta vida me duró,
A veces nos obligó
La miseria á comer potro—
Me había acompañao con otros
Tan desgraciaos como yo.—

Más ¿para qué platicar
Sobre esos males,—canejo?
Nace el gaucho y se hace viejo,
Sin que mejore su suerte,
Hasta que por ay la muerte
Sale á cobrarle el pellejo.

Pero como no hay desgracia
Que no acabe alguna vez,
Me aconteció que despues
De sufrir tanto rigor
Un amigo por favor
Me compuso con el juez.

Le alvertiré que en mi pago
Ya no va quedando un criollo,
Se los ha tragao el oyo,
O juido ó muerto en la guerra
Porque, amigo, en esta tierra
Nunca se acaba el embrollo—

Colijo que jué por eso
Que me clamó el juez un día,
Y me dijo que quería
Hacerme á su lao venir,
Y que dentrase á servir
De soldao de Policía.

Y me largó una proclama
Tratándome de valiente,
Que yo era un hombre decente,
Y que dende aquel momento
Me nombraba de sargento
Pa que mandára la gente.

Ansi estuve en la partida
Pero, ¿qué había de mandar?
Anoche al irlo á tomar
Vide güena coyuntura—
Y á mi no me gusta andar
Con la lata á la cintura.

. . . .

Ya conoce, pues quien soy,
Tenga confianza conmigo,
Cruz le dió mano de amigo
Y no lo ha de abandonar—
Juntos podemos buscar
Pa los dos un mesmo abrigo.

Andaremos de matreros
Si es preciso pa salvar—
Nunca nos ha de faltar
Ni un güen pingo para juír,
Ni un pajal ande dormir,
Ni un matambre que ensartar.

Y cuando sin trapo alguno
Nos haiga el tiempo dejao—
Yo le pediré emprestao
El cuero á cualquier lobo
Y hago un poncho, si lo sobo,
Mejor que poncho engomao.

Para mi la cola es pecho
Y el espinazo cadera—
Hago mi nido ande quiera
Y de lo que encuentro como—
Me echo tierra sobre el lomo
Y me apeo en cualquier tranquera.

Y dejo rodar la bola
Que algun día se ha de parar—
Tiene el gaucho que aguantar
Hasta que lo trague el oyo—
O hasta que venga algun criollo
En esta tierra á mandar.

Lo miran al pobre gaucho
Como carne de cogote:
Lo tratan al estricote—
Y si ansi las cosas andan,
Porque quieren los que mandan
Aguantemos los azotes.

Pucha—si usté los oyera
Como yo en una ocasión,
Tuita la conversación
Que con otro tuvo el juez—
Le asiguro que esa vez
Se me achicó el corazon.

Hablaban de hacerse ricos
Con campos en las fronteras—
De sacarla mas ajuera
Donde había campos baldidos—
Y llevar de los partidos
Gente que la defendiera.

Todos se güelven proyetos
De colonias y carriles—
Y tirar la plata á miles
En los gringos enganchaos,
Miéntras al pobre soldao
Le pelan la chaucha—¡ ah ! viles !—

Pero si siguen las cosas
Como van hasta el presente
Puede ser que de repente
Veamos el campo disierto,
Y blanqueando solamente
Los güesos de los que han muerto.

Hace mucho que sufrimos
La suerte reculativa—
Trabaja el gaucho y no arriba,
Porque á lo mejor del caso,
Lo levantan de un sogazo
Sin dejarle ni saliva.

De los males que sufrimos
Hablan mucho los puebleros,
Pero hacen como los teros
Para esconder sus niditos:
En un lao pegan los gritos
Y en otro tienen los güevos.

Y se hacen los que no aciertan
A dar con la coyuntura—
Miéntras al gaucho lo apura
Con rigor la autoridá,
Ellos á la enfermedá
Le están errando la cura.

XIII

MARTIN FIERRO

Ya veo que somos los dos
Astillas del mesmo palo—
Yo paso por gaucho malo
Y usté anda del mesmo modo,
Y yo pa acabarlo todo
A los Indios me refalo.

Pido perdón á mi Dios
Que tantos bienes me hizo—
Pero dende que es preciso
Que viva entre los infieles—
Yo seré cruel con los crueles—
Ansi mi suerte lo quiso.



Por la frontera cruzaron — Y cuando la habian pasao, — una madrugada clara — le dijo Cruz que mirara — las últimas poblaciones . . .

Dios formó lindas las flores,
Delicadas como son—
Les dió toda perfeción
Y cuanto él era capaz—
Pero al hombre le dió mas
Cuando le dió el corazón.

Le dió claridá á la luz,
Juerza en su carrera al viento,
Le dió vida y movimiento
Dende el águila al gusano—
Pero más le dió al cristiano
Al darle el entendimiento

Y aunque á las aves les dió,
Con otras cosas que inoro,
Esos piquitos como oro
Y un plumaje como tabla—
Le dió al hombre mas tesoro
Al darle una lengua que habla.

Y dende que dió á las fieras
Esa juria tan inmensa.
Que no hay poder que las vensa
Ni nada que las asombre—
¿Que ménos le daría al hombre
Que el valor pa su defensa?

Pero tantos bienes juntos
Al darle, malicio yo
Que en sus adentros pensó
Que el hombre los precisaba,
Pues los bienes igualaba
Con las penas que les dió.

Y yo empujao por las mías
Quiero salir de este infierno:—
Ya no soy pichón muy tierno
Y sé manejar la lanza—
Y hasta los Indios no alcanza
La facultá del Gobierno.

Yo sé que allá los caciques
Amparan á los cristianos,
Y que los tratan de «Hermanos»
Cuando se van por su gusto—
A que andar pasando sustos...
Alcemos el poncho y vamos.

En la cruzada hay peligros
Pero ni aun esto me aterra—
Yo ruedo sobre la tierra
Arrastrao por mi destino
Y si erramos el camino....
No es el primero que lo erra.

Si hemos de salvar ó nó—
De esto naide nos responde,
Derecho ande el sol se esconde
Tierra adentro hay que tirar,
Algun día hemos de llegar...
Despues sabremos á donde.

No hemos de perder el rumbo
Los dos somos güena yunta—
El que es gaucho va ande apunta,
Aunque inore ande se encuentra;
Pa el lao en que el sol se dentra
Dueblan los pasos la punta.

De hambre no perecemos
Pues sigun otros me han dicho
En los campos se hallan vichos
De lo que uno necesita...
Gamas, matacos, mulitas,
Avestruces y quirquinchos.

Cuando se anda en el disierto
Se come uno hasta las colas—
Lo han cruzado mujeres solas
Llegando al fin con salú,
Y á de ser gaucho el ñandú
Que se escape de mis bolas.

Tampoco á la sé le temo,
Yo la aguanto muy contento,
Busco agua olfatiando al viento
Y dende que no soy manco, ,
Ande hay duraznillo blanco
Cabo, y la saco al momento.

Allá habrá seguridá
Ya que aquí no la tenemos,
Ménos males pasaremos
Y ha de haber grande alegría,
El día que nos descolguemos
En alguna toldería.

Fabricaremos un toldo
Como lo hacen tantos otros,
Con unos cueros de potro
Que sea sala y sea cocina,
¡Tal vez no falte una china
Que se apiade de nosotros!

Allá no hay que trabajar,
Vive uno como un señor—
De cuando en cuando un malón—
Y si de él sale con vida,
Lo pasa echao panza arriba
Mirando dar güelta el sol.

Y ya que á juerza de golpes
La suerte nos dejó aflus,
Puede que allá veamos luz
Y se acaben nuestras penas;
Todas las tierras son güenas
Vamosnos amigo Cruz.

El que maneja las bolas,
El que sabe echar un pial,
Y sentársele á un bagual
Sin miedo de que lo baje,
Entre los mesmos salvajes
No puede pasarlo mal.

El amor como la guerra
Lo hace el criollo con canciones—
A mas de eso en los malones
Podemos aviarnos de algo,
En fin, amigo, yo salgo,
De estas pelegrinaciones.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

En este punto, el cantor
Buscó un porrón pa consuelo,
Echó un trago como un cielo,
Dando fin á su argumento;
Y de un golpe el istrumento
Lo hizo astillas contra el suelo

«Ruempo, dijo, la guitarra,
Pa no volverme á tentar,
Ninguno la ha de tocar
Por siguro tenganló;
Pues naides ha de cantar
Cuando este gaucho cantó.

Y daré fin á mis coplas
Con aire de relación,
Nunca falta un preguntón
Mas curioso que mujer,
Y tal vez quiera saber
Como jué la conclusión:

Cruz y Fierro de una estancia
Una tropilla se arriaron—
Por delante se la echaron
Como criollos entendidos,
Y pronto sin ser sentidos
Por la frontera cruzaron.

Y cuando la habían pasao,
Una madrugada clara
Le dijo Cruz que mirára
Las últimas poblaciones
Y á Fierro dos lagrimones
Le rodaron por la cara.

Y siguiendo el fiel del rumbo
Se entraron en el desierto—
No sé si los habrán muerto
En alguna correría,
Pero espero que algun día
Sabré de ellos algo cierto.

Y ya con estas noticias
Mi relación acabé,
Por ser ciertas las conté,
Todas la desgracias dichas—
Es un telar de desdichas
Cada gaucho que usté vé.

Pero ponga su esperanza
En el Dios que los formó,
Y aquí me despido yo
Que he relatao á mi modo,
Males que conocen todos
Pero que naides cantó.

FIN

OTRAS COMPOSICIONES DEL Sr. HERNANDEZ

EL VIEJO Y LA NIÑA

Cruza un arroyo inocente
Sobre un campo de esmeralda,
Y á su orilla crece un sauce
Reflejándose en sus aguas.
En sus trasparentes ondas,
Serenas, limpias y mansas,
Varios descuidados cisnes
Su blanco plumaje, bañan.
Los pintados pajarillos,
Saltando de rama en rama,
Enamorados y alegres,
Con su dulces trinos cantan.
Y las flores caprichosas,
Que crecen entre la grama,
Aquel manto de verdura,
Entapizan y engalanan.
Y las perfumadas brisas,
Al cruzar en ténue calma,
Rozan leve y suavemente,
Agua, cisnes, flor y grama.
Pálido un rayo de sol,
Que se quiebra entre las ramas,
Va á reflejar moribundo
En las cristalinas aguas.
Del verde sauce á la sombra
Un pobre viejo descansa,
Pura la mirada y limpia,
Serena, aunque triste el alma.
A sus trémulas rodillas
Alegre una niña salta,
Y sus sonrosados dedos
Entre sus canas enlaza.
El las huellas de la vida
Muestra en su faz arrugada,
Y ella refleja en su frente
La pureza y la esperanza.
De la sien del viejo penden
Escasas hebras de plata,
Pues deja tan poco el mundo
Que hasta deja pocas canas.
Y ella los sedosos rizos,
Flotantes sobre la espalda,
Por la brisa acariciados
No suelta, sino derrama.
El es la verdad del fin,
Es la realidad ingrata;
Y ella es la ilusión risueña
Que dá vida á la esperanza.
El es el árido invierno
Con su nieve y sus escarchas,
Es desierto, soledad,
Repulsión, tinieblas, nada.
Y en la senda de la niña,
La primavera derrama
Todas sus galas floridas
Con generosa abundancia.
El es la noche sombría,
Ella la aurora galana,
Ella viene, y el se vá
Libre de congoja el alma.
Ella en su inquieta inocencia
Jugueteando con sus canas
—¿Por qué motivo, le dice,
Tienes la cabeza blanca?
Fija en la niña el anciano
Pura y serena mirada,
Sus secos labios contrae
Lijera sonrisa amarga,
—¿No sabes, niña inocente,
No sabes niña adorada,
Que la vida se parece
A la antorcha que se apaga?
Seductoras ilusiones,
Nuestra juventud engañan
Y al retirarse fugaces
El tinte del pelo cambian,
Vienen muchos desencantos
Muere ó se vá la esperanza;
Que la esperanza de ayer
Es desencanto mañana.
Y solo nos deja el mundo
Al terminar la jornada,
Al espíritu congojas
Pero no á los ojos lágrimas,
Solo deja el desengaño
Y tristezas en el alma,
Las arrugas en el rostro
Y en la cabeza las canas!!»
Oyó la niña el sermón
Sin entender ni palabra,
Pues la vida tiene aún
Arcanos que ella no alcanza.
Se fué á arrojar juguetona
Piedrecillas en el agua,
Los cisnes tienden el vuelo
Y el viejo vuelve á su casa.

Las flores siguen creciendo,
Las aguas siguen su marcha,
Sigue el sauce dando sombra,
Sigue el pájaro en sus ramas.
Sigue la brisa apacible
Y al verde follaje arranca
Esa tímida armonía
Que solo percibe el alma.
Mas yo he seguido hasta aquí,
Y es tiempo de decir basta,
Porque las penas son mías
Y soy dueño de ocultarlas.

Yo soy ese pobre viejo
Lleno de arrugas y canas
Y es la niña juguetona,
La lectora de esta fábula.
Guarde ella sus ilusiones,
Yo mis tristezas amargas,
Ella sus blondos cabellos
Y yo mis escasas canas.
Que ya fugaron veloces
Las ilusiones del alma;
Pues ayer compré un billete
Y no me he sacado nada.

Los dos Besos

Volaron aquellas horas
En que la mente delira:
Sin cuerdas está mi lira
Y sin fuego el corazón.
Y pues que cantar no puedo
Tus encantos y embelesos,
A una historia de dos besos
Presta, niña, tu atención.

En los inmensos espacios
Dos besos que iban errantes,
Vagos, perdidos, flotantes,
Se llegaron á encontrar.
Y al tocarse levemente,
Yerto el uno y maldecido,
Tembló el otro, como herido
Por aquel roce fatal.

Y entre el éter de las nubes,
Dó el trueno tiene su cuna,
Un tibio rayo de luna
Los ilumina á los dos.
Y el silencio interrumpiendo
Que en los espacios reinaba,
Un génio que allí pasaba
Oyó la siguiente voz:

—¿Quién eres?
—¿A donde vas
Por el espacio infinito?
—Tan fresco tú.
—Tú marchito
—¿De donde saliste, dí?
—Yo soy ternura.
—Yo rábia.
—Yo dulzura.
—Yo dolor.
—Yo soy hijo del amor.
—Yo del ódio y frenesí.
—Yo vierto una alma en otra alma
Divinizando las dos:
Soy el hábito de Dios,
Soy inocencia y virtud.
Y yo soy remordimiento,
Infamia, oprobrio, perfidia:
Soy maldición, soy envidia.
Y perversa ingratitud.

—Yo soy perfume suave,
Soy celestial armonía,
Soy placer, soy alegría,
Soy esperanza que brota.
—Yo soy maldición, blasfemia,
Soy rencor de furias lleno,
Soy para el alma, veneno
Que destila gota á gota.

—Yo soy pureza y esencia.
—Yo crímen y falsedad.
—Yo salvé á la humanidad.
—Yo á la humanidad perdí.
—Soy yo de orígen divino.
—A mí el infierno me hizo.
—Yo nací en el Paraiso.
—Yo en Jerusalen nací.

—Yo soy virtud
—Yo maldad.
—Yo inocencia
—Yo delito.
—Yo soy deléite infinito.
—Yo soy infinito horror.
—Digámosnos, pues, quién somos,
Y así saldremos de dudas.
—Yo soy el beso de Judas.
—Yo el primer beso de Amor.

Y los dos al separarse,
Para seguir su camino
Por un mandato Divino
Se miraron con horror.

—¡Adios! yo busco en el mundo
Odios, venganzas, agravios!.....
Y yo unos cándidos lábios
Que me den vida y calor.

EL CARPINTERO

Al compás de su herramienta
Mientras trabaja afanoso
Así sus desdichas cuenta,
Así canta y se lamenta
Un carpintero amoroso.

«Es mi vida su mirada,
Y cuando su voz escucho,
Siento mi alma arrebatada
De tierno gozo inundada......
—Muchacho, *trae el serrucho*,

«Brotan de sus ojos bellos
Penetrando el corazón
Esos fúlgidos destellos
Y absorto me quedo en ellos......
Muchacho, *trae el formón*.

«De sus labios de granada
Se escapa de amor el soplo,
Y es ondeante y perfumada
Su cabellera rizada...
Muchacho, *trae el escoplo*

«Y mi vida antes serena
Tornóse agitada y turbia
Cambióse el placer en frena,
De amor gimo en la cadena,
Muchacho, *traeme la gurbia*.

«Y cariñoso con ella
Inocente el cefirillo
Juega al mirarla tan bella
Fulgente como una estrella,
Muchacho, *trae el cepillo*.

«Por ella es este dolor
Por ella siento esta pena,
Y ella con su cruel rigor
Desdeña, ¡ingrata! mi amor:
Muchacho, *trae la barrena*.»

Y amante sigue sus llantos
Y sus eternas disputas
Aliviando sus quebrantos
Con sus amorosos cantos
Entre tablas y virutas

CANTARES

Yo tengo entre mis libros
Un libro viejo
Que una vieja lo mira
Con espejuelos.
Y tengo un libro
Que lo ve una muchacha
Con ojos lindos—

La viejita leyendo
Pasa el dia entero,
Y da vueltas las hojas
Con dedos secos;
Pero la otra
Tiene para las suyas
Dedos de rosa.

A las unas les gustan
Crónicas viejas
Y gustan á las niñas
Lindas novelas—
Mas no me asusto
De que tengan entre ellas
Distintos gustos.

Y para que no digan
Que es impolítico,
Despues de estas verdades
Haré un cumplido
Las viejas, vivan!
Que son madres ó abuelas
De lindas niñas.

